ALEJANDRO DOLINA

El libro del fantasma

Edición ilustrada por
Carlos Nine

COLIHUE

ALEJANDRO

DOLINA

El libro del fantasma

¿Qué es un fantasma?, preguntó Stephen. Un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres.

James Joyce

El fantasma I

En aquel verano, yo acostumbraba a pasar las tardecitas en la plaza de Devoto. Había descubierto que el lugar era triste, y me parecía conveniente para un hombre como yo. Me había dejado la Mujer Amada y mi dolor incomodaba a mis amigos y familiares. Un primero de marzo se me presentó el fantasma.

-Buenas tardes. No hace falta que me diga que usted detesta hablar con desconocidos. Seré brevísimo: soy una aparición y lo necesito.

El hombre parecía bastante concreto y hasta tenía un aire familiar, como si nos conociéramos del tren. Le ahorré cualquier manifestación de asombro o controversia.

-Hable.

—Como usted sabrá, un alma en pena es la consecuencia de un desperfecto jurídico de ultratumba. Algunas personas no llegan a merecer enteramente el cielo, el infierno y ni siquiera el purgatorio. Se establece entonces un régimen especial que mantiene al involucrado en situación de espectro por plazos que suelen prolongarse hasta el cumplimiento de unos sucesos determinados. Pues bien, yo era escritor. Un escritor bastante exitoso. Un editor ingenuo confió en mí y me pagó una fortuna por un libro que todavía no había escrito. Yo me gasté el dinero y me morí antes de completar ni siquiera una página. Ahora estoy condenado a penar hasta que fuerzas superiores vean terminado el libro que prometí.

—¿ Y por qué no lo escribe?

—No se me ocurre nada. Los seres eternos no pueden escribir. Pero usted puede ayudarme. Escriba para mí.

—Yo tampoco puedo escribir. Amaba a una mujer: yo la miraba y se me ocurrían ideas. Ella ya no está.

El fantasma señaló una flor que llevaba en el ojal.

-Yo tengo lo que usted necesita. Esta flor enamora a la mujer de nuestra vida. Escríbame el libro y se la daré. Doscientas páginas de cualquier cosa.

-Acepto.

—Vaya trayéndome lo que pueda: cuentos, ensayos, poesías, notas... Yo lo esperaré aquí el primero de cada mes.

Saludó apenas y se fue. Era un fantasma alto.

El extraño idioma de Kampung Sebula

A finales de la década de 1950, el profesor George Ferguson daba clases particulares de inglés en su modesto departamento de la calle Fray Cayetano. Tenía una reputación de excéntrico que descansaba menos en una conducta atípica que en su elevada estatura.

Los vecinos aseguraban que el hombre era capaz de conversar en veinticinco idiomas, y el mismo Ferguson se encargaba de fomentar esa idea mediante el uso de saludos y frases de cortesía, mayormente en italiano. Pero al margen del fácil asombro de las viejas del barrio, sus discípulos estaban convencidos de que era un genio.

El presente trabajo se basa en noticias que aportaron dos de sus alumnos, los hermanos Daniel y Humberto Giangrante. Estos jóvenes, cuya aguda inteligencia no tardaremos en ovacionar, notaron que el profesor los despedía siempre con unas palabras que no parecían pertenecer al idioma inglés: *reser fatino propisee.* Un día se atrevieron a preguntar el significado de la frase. Ferguson reveló que aquello no era otra cosa que un saludo bastante usual en idioma sebulés, una lengua que se hablaba en Kampung Sebula, una región al norte de la isla de Natuna Besar, en el mar de la China. La traducción literal era algo parecido a *sea el destino propicio a nuestro reencuentro.*

Mitad por curiosidad y mitad por eludir los rigores del estudio, los hermanos Giangrante tomaron por costumbre interrogar a Ferguson acerca de la extraña lengua de Kampung Sebula. El profesor no se negaba jamás *y* se entusiasmaba contando su juventud en aquellas regiones e ilustrando los episodios con explicaciones filológicas que se prolongaban muchas veces hasta el final de la clase.

Al cabo de algunos años, Daniel y Humberto Giangrante dominaban mejor el sebulés que el idioma que habían pensado estudiar. Llegaron a tomar someros apuntes que sirven hoy como soporte de esta monografía.

Al parecer, la lengua en cuestión registra influencias del neer-

landés, el indonesio bahasa, el chino, el javanés, el castellano y el inglés. Ferguson sostenía que era el idioma más complejo del mundo. La principal dificultad estaba en el pensamiento mismo de los lugareños, casi incapaces de concebir ideas abstractas. Sus mentes se resistían a desligar. Cada objeto era pensado sin separarlo de sus circunstancias.

En aquella región, palabras distintas designan a un mismo objeto en sus diferentes relaciones. La cama ocupada se menta con un vocablo *(letork);* la cama vacía, con otro *(kabrera) y* no comparten ambas palabras una raíz visible: el idioma sebulés no registra una vinculación lógica entre el concepto de cama y las situaciones adjetivas. Sin embargo, la concurrencia de dos o más partes de la oración en una misma palabra es bastante frecuente en las lenguas más toscas.

Otra dificultad: una misma cosa es aludida con sonidos que son diferentes según quien hable. Escuela es *laborek* para un niño, *tus* para un adulto, *lemb* -que es también recuerdo- para un viejo.

Conjugaciones, declinaciones y casos varían según la edad, el sexo, la posición social y el color del pelo del hablante. Nada cuesta pensar que el tiempo, el progreso y las tinturas implican ciertamente un cambio de lenguaje. Además, cabe imaginar que es indispensable conocer todos los idiomas para poder relacionarse adecuadamente en Kampung Sebula.

El más sencillo de los sublenguajes era el de las mujeres solteras, de vocablos escasísimos, según explicaba Ferguson, porque los lugareños consideraban la ignorancia como una casta virtud.

A principios de siglo, la lengua de los pelirrojos estaba casi extinguida, o mejor dicho, casi no había pelirrojos en la isla.

Sólo los maestros podían hablar idiomas ajenos a su condición. Fuera de estos casos la usurpación lingüística era castigada severamente. El profesor Ferguson reveló confidencialmente a los hermanos Giangrante que en ciertos cafetines de mala muerte existían hombres que hablaban el idioma de las mujeres. El nombre que se daba a estos sujetos variaba conforme al régimen ya expuesto.

Los pronombres personales usados para las conjugaciones significaban lo siguiente: *yo, tú, él, ella, nosotros, nosotras, vosotros, vosotras, pocos, casi nadie, ellos, ellas, la mitad de mí mismo, el señor gobernador.*

Curiosa es la función de la palabra *ué,* que sirve para indicar

que la siguiente frase consigna una falsedad. De la misma manera *ueué* convierte en falso todo lo que se dice a continuación, sin otro límite que la aparición de la palabra *nonset,* que anuncia la finalización de la mentira. Los hermanos Giangrante preguntaron qué sucedía cuando el vocablo *ué* se presentaba en medio de una frase ya declarada falsa por un *ué* anterior. Ferguson se tomó un día para responder. Después declaró que el segundo *ué* debía ser tomado como una promesa de veracidad, y el tercero como un retorno a la mentira, de suerte que un número impar de advertencias era garantía de falsedad y un número par lo era de exactitud.

Con el tiempo los dialectos de Kampung Sebula se fueron multiplicando, en virtud de la movilidad social y de la inevitable superposición de jerarquías: un soltero puede ser también viejo y morocho. Algunos espíritus nacionalistas intentaron imponer una lengua general, con el resultado de que se convirtiera ésta en una jerga más. Debe aclararse que la escritura sebulesa, como la china, posibilitaba por su carácter pictográfico el entendimiento entre personas de diferentes categorías: casa era *masong para,* el anciano, *kosmo* para el niño, *ué* para el vagabundo, pero siempre se escribía dibujando una casa. Ferguson sostenía que la ausencia de algunos vocablos en la lengua sebulesa obedecía a la dificultad existente para dibujarlos. Los hermanos Giangrante dudaron de esta afirmación.

Los gestos no sólo enfatizaban, sino que completaban el sentido de la lengua hablada. La mano derecha apoyada en el hombro izquierdo indicaba el pretérito. La mano en la frente, el subjuntivo. La mano extendida hacia adelante, el futuro. La palabra sebulesa *norm* significa al mismo tiempo manco y mudo.

El lenguaje poético estaba completamente separado del idioma cotidiano. Las palabras estaban destinadas a facilitar la rima: todas terminaban en *ero* o *ajo.* Por lo demás, las metáforas ya venían hechas. Ojo y lucero eran la misma palabra, como también lo eran piel y pétalo, estrella y diamante, frío y desdén, perla y diente, desgracia y orín de perros. Existía para cada frase un segundo sentido, perfectamente explícito, al que recurrían los poetas, o mejor dicho, los empleados que se encargaban de la poesía.

El profesor George Ferguson murió en 1963. Los hermanos Daniel y Humberto Giangrante prometieron al despedir sus restos seguir aprendiendo el sebulés y visitar la isla de Natuna Besar, en cuya región septentrional se hallaba la ciudad de Kampung Sebula. En lo primero no pudieron perseverar demasiado. Entre los

libros y papeles de Ferguson no hallaron ni siquiera uno que se relacionara con el lenguaje múltiple, a no ser una serie de aparentes pictografías que al fin vinieron a revelarse como obra de un sobrino del profesor. A pesar de esta frustración, los hermanos Giangrante consideraron que sus conocimientos y vocabulario les permitirían hacer pie en Kampung Sebula y empezaron a ahorrar para el viaje.

En enero de 1970, después de un viaje agotador, llegaron a la región. Al ver a un policía, se dirigieron a él en la lengua de los servidores públicos: -*¿Dove hotel loca?*

El vigilante no entendió absolutamente nada. Intentaron con otras personas utilizando todas las variantes que conocían. Pero no obtuvieron ni siquiera una respuesta. Encendieron la radio y lamentaron no haber prestado atención al curso de inglés de Ferguson, pues todas las canciones estaban en ese idioma. Buscaron algunos lugares que el profesor había evocado en las tardes de la calle Fray Cayetano: el salón *IF,* donde atendían prostitutas filosóficas; la calle *He-ling,* en la que era obligatorio besarse; el bar *Gambrinus,* donde los mozos se suicidaban si el cliente no estaba satisfecho.

Al ver que nadie comprendía el sebulés, los hermanos Giangrante dieron en pensar que tal vez la lengua se había ramificado hasta existir tantos idiomas como personas. Sin embargo, un marinero argentino les aseguró que allí se hablaba el indonesio o el inglés y que las palabras eran más o menos las mismas para todo el mundo.

Los Giangrante sintieron crecer en su interior una ominosa sospecha: ¿acaso el profesor Ferguson se había burlado de ellos? ¿Habían perdido su juventud estudiando un idioma inexistente, inventado por un borracho?(1).

Las noticias sobre los hermanos llegan apenas hasta aquí. Algunos dicen que fueron detenidos vaya a saber por qué delito y que están sepultados en un manicomio de Kampung Sebula tratando de congraciarse con los enfermeros hablándoles en el idioma de los trabajadores de la salud, que es el mismo de los locos.

[1] El profesor Ferguson en verdad no bebía.

Instrucciones para abrir el paquete de jabón Sunlight

(Trabajo realizado por Manuel Mandeb por encargo de la agencia de publicidad *Vivencia.)*

1) Busque la flecha indicadora.
2) Presione con el dedo pulgar hasta que el cartón del envase ceda.
3) Disimule. Soy un joven escritor que no tiene otra ocasión que ésta de conectarse con las muchedumbres. Usted finja que sigue abriendo este estúpido paquete y yo le diré algunas verdades.
4) Los vendedores de elixir nos convidan todos los días a olvidar las penas y mantener jubiloso el ánimo. El Pensamiento Oficial del Mundo ha decidido que una persona alegre es preferible a una triste.
5) La medicina aconseja cosmovisiones optimistas por creerlas más saludables. Al parecer, la verdad perjudica la función hepática.
6) Viene gente. Siga la línea de puntos en la dirección indicada por la flecha.
7) Escuche bien porque tenemos poco tiempo: la tristeza es la única actitud posible que los compradores de este jabón pueden adoptar ante un universo que no se les acomoda. Toda alegría no es más que un olvido momentáneo de la tragedia esencial de la vida. Puede uno reírse del cuento de los supositorios, pero éste es apenas un descanso en el camino. Uno juega, retoza y refiere historias picarescas, solamente para no recordar que ha de morirse. Ese es el sentido original de la palabra diversión: apartar, desviar, llamar la atención hacia una cosa que no es la principal.
8) Conversar acerca de estos asuntos es considerado de la peor educación. Los comerciantes se escandalizan, las personas opti mistas huyen despavoridas, los maximalistas declaran que la angustia ante la muerte es un entretenimiento burgués *y* los escritores comprometidos gritan que la preocupación metafísica es literatura de evasión. Al respecto, mientras le recomiendo que no deje el paquete de jabón al alcance de los niños, le juro que todo lo que se escribe es de evasión, menos la metafísica: las noticias políticas, los libros de

sociología, los horarios del ferrocarril, los estudios sobre las reservas de petróleo, no hacen más que apartarnos del tema central, que es la muerte.

9) Calcule 100 gr de jabón por cada kilo de ropa sucia.

10) Cuanto más inteligente, profunda y sensible es una persona, más probabilidades tiene de cruzarse con la tristeza. Por eso, las exhortaciones a la alegría suelen proponer la interrupción del pensamiento: "es mejor no pensar..." Casi todos los aparatos y artificios que el hombre ha inventado para producir alegría suspenden toda reflexión: la pirotecnia, la música bailable, las cantinas de la Boca, el metegol, los concursos de la televisión, las kermeses.

11) Separe la ropa blanca de la ropa de color. Y entienda que la tristeza tiene más fuerza que la alegría: un hombre recibe dos noticias, una buena y una mala. Supongamos que ha acertado en la quiniela y que ha muerto su hermana. Si el hombre no es un canalla, prevalecerá la tristeza. El premio no lo consolará de la desgracia. Byron decía que el recuerdo de una dicha pasada es triste, mientras que el recuerdo de un pesar sigue siendo pesaroso.

12) No mezcle este jabón con otros productos y no haga caso de los sofistas risueños. Tarde o temprano alguien le dirá: "Si un problema tiene solución, no vale la pena preocuparse. Y si no la tiene, ¿qué se gana con la preocupación?". Confunde esta gente las arduas cuestiones de la vida con las palabras cruzadas. La soledad, la angustia, el desencuentro y la injusticia no son problemas sino tragedias, y no es que uno se preocupe sino que se desespera.

Lloraba Solón la muerte de su hijo. Un amigo se acerca y le dice:

-¿Por qué lloras, si sabes que es inútil?

—Por eso —contestó Solón— porque sé que es inútil.

13) No está tan mal ser triste, señora. El que se entristece se humilla, se rebaja, abandona el orgullo. Quien está triste se ensi- misma, piensa. La tristeza es hija y madre de la meditación. Par- ticipe del concurso "Vacaciones Sunlight" enviando este cupón por correo.

14) Ahora que se fue el jabonero, aprovecharé para confesarle que suelo elegir a mis amigos entre la gente triste. Y no vaya a creer el ama de casa Sunlight que nuestras reuniones consisten en charlas lacrimógenas. Nada de eso: concurrimos a bailongos atorrantes, amanecemos en lugares desconocidos, cantamos canciones puercas, nos enamoramos de mujeres desvergonzadas que revolean el escote y hacemos sonar los timbres de las casas para luego darnos a la fuga. Los muchachos tristes nos reímos mucho, le aseguro. Pero eso sí: a veces, mientras corremos entre carcajadas, perseguidos por las víctimas de nuestras ingeniosas bromas, necesitamos ver un gesto sombrío y

fraternal en el amigo que marcha a nuestro lado. Es el gesto noble que lo salva a uno para siempre. Es el gesto que significa "atención, muchachos, que no me he olvidado de nada".

NOTA: Las instrucciones para abrir el paquete de jabón Sunlight fueron rechazadas.

Arena

Los paganos admitían la existencia de divinidades toscas, imperfectas, chapuceras.

Los dioses no sólo estaban sujetos a toda clase de vaivenes éticos sino que también cometían numerosos errores en el ejercicio de su profesión: creaban universos endebles, se dejaban engañar por los humanos, desconocían el futuro, fallaban en sus cálculos.

Las grandes religiones monoteístas acuñaron la idea de la infalibilidad divina, de un poder sin grietas.

No es nuestro propósito ejercitarnos ociosamente en la lógica para entretenernos con esas paradojas que tanto divierten a los gandules agnósticos. Ahorraremos al lector la modesta perplejidad de pensar si Dios es capaz de crear un objeto tan pesado que Él mismo no pueda levantar.

Sin embargo, la historia de la arena comienza con una distracción de un Dios omnipotente.

Las tradiciones islámicas dicen que, habiendo finalizado la creación, el Señor advirtió que faltaba la arena. Grave defecto, si bien se mira. Los hombres estarían privados de la deliciosa voluptuosidad que sienten al caminar junto a los mares. El fondo de los ríos sería siempre rispido, los arquitectos carecerían de un material indispensable, los caminos no podrían suavizarse, las huellas de los enamorados serían invisibles.

Dispuesto a remediar su olvido, Dios envió al arcángel Gabriel con una enorme bolsa de arena a que la desparramara allí donde fuera necesario.

Pero el Enemigo trabaja siempre para estropear la obra divina.
Mientras Gabriel volaba con su carga inconcebible, el diablo le agujereó la bolsa. Esto sucedió exactamente sobre la región que hoy es Arabia. Casi toda la arena se volcó en ese lugar, de modo tal que las nueve décimas partes del país quedaron convertidas para siempre en un desierto.

Advertido de esta catástrofe, Dios resolvió ofrecer a los árabes algunos dones compensatorios.

Les dio un cielo lleno de estrellas como no hay otro, para que miraran siempre hacia lo alto.

Les dio el turbante, que bajo el sol del desierto es mucho más valioso que una corona.

Les dio la tienda, que es mejor que un palacio.

Les dio la espada. Les dio el camello. Les dio el caballo.

Y les dio algo más precioso que todas las otras cosas juntas: la palabra, el oro de los árabes.

Otros pueblos modelan en la piedra o los metales. Los árabes modelan en el verbo.

El poeta (el chair) es sacerdote, juez, médico, jefe. El poeta es poderoso: puede traer alegría, tristeza, encono. Puede desencadenar la venganza y la guerra. Puede matar con la palabra.

Los errores de Dios, como los de los grandes artistas, como los de los verdaderos enamorados, desencadenan tantas reparaciones felices que cabe desearlos.

Espejos I

La antigüedad clásica no conoció los espejos. Los sirios inventaron el vidrio soplado cien años antes de Cristo. Pero se trataba de un vidrio opaco. Recién en el siglo XIII, en Venecia, se pudo obtener vidrio totalmente incoloro y transparente.

Las técnicas eran absolutamente secretas. Los artesanos trabajaban en una isla muy vigilada y las penas para los infidentes eran de la mayor severidad.

En 1291 los venecianos descubrieron que si se revestía el vidrio con una lámina de metal se obtenía una superficie cuyos reflejos eran nítidos y luminosos.

Durante muchos siglos, las personas sólo podían mirarse en el reflejo de las aguas quietas o en superficies de metal pulido.

Pero como la quietud de las aguas no era frecuente y el metal pulido era demasiado oneroso, casi nadie conocía su propio aspecto. Las noticias que uno tenía acerca de su fealdad o belleza provenían de testimonios ajenos, siempre teñidos de subjetividad, cuando no de malicia.

El padre Sallinger aseguró en el siglo XVIII que el mundo de los espejos y el mundo de los hombres no siempre estuvieron incomunicados. Hace muchos siglos ambos reinos vivían en paz y eran diversos, es decir, no coincidían como ahora sus formas y colores. Los espejos no eran sino puertas que comunicaban un reino con otro.

Pero un día la gente del espejo invadió la tierra. Hubo una larga lucha y finalmente el Emperador Amarillo derrotó a los invasores. El castigo que les impuso fue horroroso: los encarceló en los espejos y los obligó a repetir todos los actos de los hombres.

Así están las cosas ahora. Pero un día la gente del espejo volverá a rebelarse.

Primero advertiremos algunas imperfecciones en los reflejos. Después oiremos sonidos extraños hasta que un color no parecido a ningún otro señalará el comienzo de la nueva invasión. Las barreras de vidrio se romperán y esta vez la gente del espejo vencerá.

Es probable que los sucesores del Emperador Amarillo ejerzan vigilancia permanente sobre el mundo del espejo. Quién sabe qué clase de atentos guardianes estarán pendientes de la mínima hete-

rodoxia de las imágenes para dar la voz de alarma. Tal vez la rebelión esté próxima y también la venganza. Acaso pronto conozcamos la horrible condena de repetir servilmente los movimientos ajenos.

Pero en este último instante aparece una idea perturbadora. ¿Quién nos asegura cuál es exactamente nuestro lado en el espejo? ¿Quién puede jurar que decide sus movimientos?

Cabe la aciaga posibilidad de que otros estén tomando nuestras decisiones sin que nosotros lo sospechemos siquiera. Y quizá hasta nuestro más soberano grito de libertad no sea sino el cumplimiento de unas conductas que amos desconocidos nos imponen.

En ese caso el color misterioso no debe ser para nosotros una posibilidad alarmante sino una esperanza. ¡Que tiemble el Emperador Amarillo! La hora de la venganza suena sólo para los derrotados.

Espejos II

Algunos aficionados a la magia postulan la existencia de espejos memoriosos, que guardan las imágenes aun en ausencia de los objetos reflejados.

El músico Ives Castagnino jura que una tarde en La Perla de Flores le hizo gestos de simpatía a una jovencita que descubrió en el espejo. En cierto momento, anotó el número de su teléfono al revés en una servilleta que se puso luego en la frente. Ella tomó nota. Suponiéndose aceptado, se dio vuelta para proseguir la seducción en forma directa. La chica no estaba. Volvió a mirar el espejo y la vio ostensible y contundente, con un solero a lunares.

Agotados los experimentos ópticos, el músico calculó que aquel espejo conservaba imágenes del pasado y se fue tranquilamente.

La tarde siguiente, se cruzó en la puerta misma de La Perla con la jovencita del solero. Después de filosofar brevemente, creyó entender que el espejo no reflejaba el pasado, sino el futuro.

La confitería estaba desierta. La chica se sentó en la misma mesa del día anterior. Castagnino -por capricho- modificó su ubicación.

Al rato la buscó en el espejo y no la encontró. Se acercó entonces a la mesa y se disponía a hablarle, cuando vio que ella le hacía caritas al espejo mientras anotaba un número de teléfono.

Castagnino captó al fin la verdad: en el espejo de La Perla de Flores podía verse el pasado o el futuro, según donde uno se sentara.

Perplejo ante aquellas reflexiones, ganó la puerta y buscó una confitería sin espejos.

Magia

El mago Rizzuto no conocía ningún truco. Su número era bien sencillo: golpeaba su galera con una varita azul *y* luego esperaba que apareciera una paloma.

Naturalmente, la total ausencia de dobles fondos, de mangas hospitalarias y de juegos de manos conducía siempre al mismo resultado desalentador. La paloma no aparecía.

Rizzuto solía presentarse en teatros humildes y en festivales de barrio, de donde casi siempre lo echaban a patadas.

La verdad es que el hombre creía en la magia, en la verdadera magia. Y en cada actuación, en cada golpe de su varita azul estaba la fervorosa esperanza de un milagro. Él no se contentaba con las técnicas del engaño. Quería que su paloma apareciera redondamente.

Durante largo tiempo lo acompañaron la desilusión y los silbidos. Otro cualquiera hubiera abandonado la lucha. Pero Rizzuto confiaba.

Una noche se presentó en el club Fénix. Otros magos lo habían precedido. Cuando le llegó el turno, dio su clásico golpe con la varita azul. Y desde el fondo de la galera salió una paloma, una paloma blanca que voló hacia una ventana y se perdió en la noche.

Apenas si lo aplaudieron.

Las muchedumbres prefieren un arte hecho de trampas aparatosas a los milagros puros.

Rizzuto no volvió a los escenarios. Tal vez siga haciendo aparecer palomas en forma particular.

Teatro I

En cierta época de la tragedia clásica, se entendía que el personaje que aparecía por la izquierda venía desde lejos. Contrariamente, el que entraba en escena por la derecha, venía desde un lugar cercano o vivía allí mismo.

Este código ahorraba una serie de trámites palabreros. El director teatral Enrique Argenti, enemigo profesional de los textos, soñó con extender estas convenciones, de suerte que con sólo asomarse o situarse en un lugar determinado el personaje revelara su condición, su pasado, sus propósitos y aun su futuro.

Para ello dispuso en el escenario un número adecuado de puertas, ventanas, sillas y pasadizos, cada uno de los cuales garantizaba un destino.

Había una puerta para los enamorados, otra para los traidores, otra para los maridos engañados. Por la puerta azul entraban los valientes, por la blanca los cobardes. Asomarse a la ventana más alta era informar que uno estaba loco, por la más baja miraban los mentirosos.

Había una silla para que se sentaran los que morirían jóvenes, y un sillón para los espías de un rey enemigo. Los delincuentes se paraban bajo una luz roja. Los delatores, contra un muro gris.

El futuro y el pasado correspondían a la derecha y la izquierda respectivamente. En general, todos los actores iban desplazándose hacia la derecha, conforme avanzaba la obra. Cuando alguien marchaba en sentido contrario, se comprendía que estaba recordando.

Argenti quiso ser todavía más audaz: lo dicho bajo la luz de un determinado reflector debía entenderse de modo metafórico. Las luces generales alumbraban el sentido literal. Tachos luminosos velados por distintas gelatinas anunciaban metonimias, sinécdoques, anadiplosis o epanalepsis. Velos transparentes colgando de las alturas flameaban sobre las familias que arrastraban una maldición. Las críticas a las autoridades eran señaladas por un gong, cuyo sonido hacía estallar en aplausos a las muchedumbres opositoras de la platea.

Los diálogos se redujeron a lo imprescindible, y casi no era ne-

cesario ser actor para comunicar estados de conciencia. Bastaba con pararse en el lugar apropiado.

El público también decidió ubicarse en situaciones geográficas que denotaran su opinión. Quiero decir que no fue nadie.

Teatro II

El director Enrique Argenti estaba convencido de que la finalidad principal del arte era la sorpresa. Buscando el asombro general, su compañía realizó experiencias muy curiosas.

La primera de ellas fue el *Teatro a Oscuras.* Algunos historiadores sostienen que esta genial ocurrencia fue absolutamente casual y tuvo su origen en un corte de luz que se produjo mientras se representaba la obra *Esquina peligrosa.*

Sea como fuere, la compañía de Argenti empezó a trabajar sin luces. Desde el escenario surgían voces y cada espectador imaginaba caras y acciones según su propia fantasía.

La ventajas de este método de trabajo son innegables. Siempre es mejor lo imaginado que lo que realmente se ve. Por eso no nos sorprende enterarnos de que, en 1960, la compañía obtuvo un premio a la mejor escenografía en su versión de *Macbeth.* Un año después el teatro fue multado a causa de un audaz desnudo en *Se necesita un hombre con cara de infeliz.*

Siempre desde las tinieblas, Argenti dirigió también óperas y espectáculos de danza.

El lago de los cisnes fue calificada por los críticos como "la más fantástica interpretación jamás vista", lo cual era rigurosamente cierto.

Sin embargo, algunos enemigos de Argenti lo acusaron de engañar al público. Con toda malicia, sospechaban que el director se limitaba a poner un disco y que no existían en realidad bailarines ni decorados. Los más severos llegaron a afirmar que Argenti ni siquiera se molestaba en levantar el telón. Nada de esto fue demostrado jamás.

Los recursos de este creador no se agotaban en la oscuridad. En 1965 sorprendió a todos con su obra *El intervalo.* Intentaremos un breve resumen.

El público se instala en las butacas. Se levanta el telón y durante algo menos de tres minutos se desarrollan unos diálogos insustanciales. Baja el telón *y* la gente sale al pasillo a fumar.

Allí, inesperadamente, uno de los carameleros estrangula a un acomodador y hace saber a voz en cuello que se trataba del amante de su mujer. Intervienen el boletero y la chica del guardarropas. Entre todos van dando a conocer un drama complicadísimo. En

cierto momento, la chicharra anuncia que ha terminado el intervalo. El público pasa a la sala. Allí tiene lugar otro acto de dos minutos y luego se invita a la gente a un segundo intervalo.

En definitiva, la obra transcurre en el pasillo y finaliza con la muerte del caramelero.

Los espectadores no siempre supieron captar esta sutileza, especialmente aquellos que, por no ser fumadores, permanecían en sus butacas durante los sabrosos entreactos.

En un intento por complacer a los sectores populares, Enrique Argenti organizó representaciones en las que se accedía a los pedidos del público. Al comenzar la función, los actores enfrentaban a la concurrencia y escuchaban sus solicitudes.

—*¡Romeo y Julieta!*

—*¡Más allá del invierno!*

—*¡El rosal de las ruinas!*

Luego de un pequeño cambio de opiniones, la compañía se decidía por alguna de las obras y la representaba. Muchas veces, esto ocasionaba el descontento de los espectadores no complacidos, pero jamás hubo problemas demasiado graves.

Los enemigos de Argenti, siempre suspicaces, creyeron notar que siempre se representaba la misma obra *(Barranca abajó) y* que entre quienes la solicitaban desde la platea no costaba nada reconocer a algunos personajes secundarios de la pieza.

Como tantos artistas que se proponen únicamente el sobresalto, Enrique Argenti fue víctima de su propia perseverancia. La sorpresa constante no sorprende.

El arte de la ausencia

En el teatro oriental, sucede en ciertos momentos que un solo actor canta o baila y los demás permanecen sentados de espaldas al público. Kameko Kichizaemon, un famoso actor de kabuki del siglo XVIII, escribió que no era conveniente que el actor se relajara ni aun en la más pasiva de las situaciones. *"Cuando estoy sentado ejecuto toda la danza en mi mente. Si no lo hiciese, la vista de mi espalda aburriría al espectador".*

En occidente, las virtudes teatrales de la omisión fueron ejercidas del modo más sublime por el ya legendario lan Wilenski. Como todos sabemos, este artista continuaba desarrollando su energía actoral aun cuando su personaje no estuviera en el escenario. A decir verdad, era precisamente en esos momentos de ausencia cuando Wilenski hacía notar su increíble capacidad de no expresar.

Sus comienzos en la compañía del director Enrique Argenti no fueron muy prometedores. Se destacaba, eso sí, por su extraordinaria concentración: si tenía que disparar una flecha en el tercer acto, su arco ya estaba tenso una hora antes de la función; si moría en el primer acto, no había forma de hacerlo reaccionar hasta que los serenos que cuidaban el teatro lo arrojaban afuera.

En 1957, un crítico se refirió a su actuación diciendo que el público no veía la hora de que Wilenski se fuera del escenario. Los amigos del actor lograron convencerlo de que el dictamen estaba referido a la fuerte impresión que dejaba la ausencia de su personaje.

Después llegó la consagración. Los principales teatros se disputaban su participación para encarnar personajes que ya se habían ido o que todavía no habían llegado. Algunas veces, ni siquiera aparecía en escena. Eran sus interpretaciones predilectas. Pasaba largas horas maquillándose y encargaba costosos vestuarios. Los espectadores lo ovacionábamos cada vez que un actor nombraba al personaje ausente. Con el tiempo, Wilenski empezó a exigir que tales menciones fueran más frecuentes. Al terminar la función, todos aplaudíamos de pie y él agradecía inclinándose oculto detrás de la *coulisse.*

Su mayor éxito fue sin duda *Esperando a Godot.* Lamentablemente, una enfermedad lo mantuvo en cama largos meses y de-

bió ser reemplazado por Luis Pisano, un joven inexperto que el público no aceptó jamás.

Hay que reconocer que la fama lo alteró. Sabedor del brillo de sus ausencias, procedió a ejercerlas en su vida personal. Se hacía invitar a todas las fiestas del ambiente, solamente para no ir. En su casa, casi nunca lo veían. Sin embargo, la inasistencia absoluta es imposible. Uno siempre está en alguna parte.

El actor se rebelaba ante esta realidad y procuraba atenuar al máximo los efectos de su presencia. Empleaba toda su energía en omitirse. Durante algunas reuniones solía discutirse si Wilenski estaba o no estaba. Tales dudas, lamentablemente, invadieron su propio espíritu. Los parroquianos del bar "La Fragata" cuentan que algunas noches entraba con andar sigiloso y preguntaba a todos si no lo habían visto.

Siguió representando papeles de ausente, cada vez con más éxito y con más eficacia. Ya no solamente no podíamos verlo los espectadores, sino que ni siquiera sus compañeros de elenco alcanzaban a cruzárselo. Lidia Moreno, una actriz que fue su compañera durante diez años, confesó en una entrevista radial que nunca lo había visto. A decir verdad, sólo los viejos actores conservaban un recuerdo personal de Wilenski.

La compañía de Enrique Argenti siguió anunciando en los programas la participación del genial artista. En 1979, un periodista suspicaz pretendió acusar a Argenti de haber despedido a Wilenski años atrás, para ahorrarse los altos sueldos que el actor cobraba. Pero el público no creyó en tales denuncias. Sus admiradores continuamos llenando las salas.

Acostumbrados como estábamos a no verlo, ni nos dimos cuenta cuando se retiró. En 1992 le hicimos un homenaje. Nunca supimos si vino.

Didascalias

Personajes: Peter; Emma, su mujer; Adelia, la mucama.

El comedor de una lujosa casa. Al comenzar la acción, Emma está sentada en un sillón leyendo una novela. Entra Peter.

Peter: *(camina con el paso lento de los traidores, con la morosidad de los que habiendo decidido cometer un acto brutal esperan, sin embargo, que una circunstancia fortuita venga a redimirlos a último momento. Se va acercando a Emma como para decirle algo, pero luego retrocede, horrorizado ante sí mismo. Con ambas manos se toma la cabeza y se mira en un espejo francés, que otras veces lo ha reflejado en compañía de amantes ocasionales. Peter se retira del espejo, tal vez avergonzado de los innumerables adulterios que ha llegado a cometer en esa misma sala. Caviloso, mete las manos en los bolsillos de la chaqueta y vuelve a acercarse a Emma. De pronto se detiene. Con aire espantado saca del bolsillo derecho una cana. Comienza a romperla, pero luego se arrepiente y la guarda. Es evidente que se trata de la cana que esa misma tarde le ha escrito Adelia, la mucama. Como si temiera que Emma fuera a darse cuenta de que en aquella cana figura el plan detallado de su asesinato, Peter introduce el papel hasta el fondo del bolsillo de su chaqueta. Una chaqueta cara, típica de quienes habiendo tenido un origen humilde se han casado por dinero con una mujer a la que no amaban. Peter saca un pañuelo manchado de rouge y se seca la transpiración. De su bolsillo cae un cuatro de copas. Peter lo recoge apresuradamente, temiendo que Emma vaya a sospechar que ha estado jugando y perdiendo durante muchos años y que ahora solamente podría salvarlo una herencia afortunada. Disimulando su inquietud, sonríe).*

-Buenos días, Emma.

Emma: *(mira al público como expresando que ya está en antecedentes del siniestro plan que se prepara en su contra. Sonríe con la superioridad de las mujeres que han tomado hace poco un nuevo amante).*

-Buenos días, Peten

Adelia: *(entra con una bandeja y dos copas llenas. Tiene en su rostro la expresión inquieta de las mucamas que tienen con su patrón una historia demasiado profunda. Deja las bebidas sobre una mesita. Mira hacia todos lados, como si temiera que alguien pudiera des-*

cubrir que una de las dos copas está envenenada. Mete las manos en el bolsillo de su uniforme y suspira profundamente, como satisfecha de saber que allí tiene los dos pasajes del avión que a la mañana siguiente habrá de conducir al Caribe a ella y a Peter. Se retira).

Emma: *(con la crueldad soberbia de los que han ingerido un antídoto que los pone a cubierto de cualquier veneno).*

-¿Brindamos ?

Peter: —Salud. *(Bebe la copa hasta el fondo, con la ingenuidad de los que ignoran que el verdadero veneno ha sido puesto en la comida unas horas antes. Se acomoda la corbata que le ha regalado Adelia, en un gesto que le resultaría patético si supiera que ambos van a morir.)*

Emma: *(un poco lánguida porque no ha comido.)*

—Salud. *(Bebe poniendo los ojos en blanco, como quien piensa en un joven amante, que es además el cocinero.)*

TELÓN

Cine

En 1960, el director húngaro Laszlo Martok filmó la película *"Bajo la mesa".*

El obtuso cineasta estableció dos espacios diferentes, cada uno de ellos con su propia cadena de signos para llevar adelante el relato. La historia se desarrolla en el transcurso de una cena. En la parte superior de la pantalla, es decir, sobre la mesa, suceden los hechos evidentes, diurnos, racionales. Los personajes dialogan *y* se presentan de un modo mundano y superficial. El decorado, el vestuario, el discurso, el maquillaje y la iluminación son groseramente naturalistas.

Mientras tanto, en la parte inferior de la pantalla, se nos presentan unos sucesos oscuros, pasionales, nocturnos, que acaso desmienten lo que se dice en el distrito superior: las manos del protagonista acarician las piernas de su cuñada, en el mismo momento en que el hombre le dice a su esposa que jamás la ha engañado. Los personajes se mueven guiados por sus impulsos, sus actos provienen de fuentes irracionales y, en consecuencia, sus comportamientos son enigmáticos, en franca oposición con la moral burguesa.

La temporalidad, que al principio de la película está organizada en forma simultánea en ambos foros, acaba por quebrarse hasta fluir en diferentes direcciones: debajo de la mesa se ven las piernas de alguien que todavía no llegó. Hay *raccontos* que solamente abarcan la mitad de la pantalla. Cerca del final, la mitad inferior muestra la infancia de los personajes, con guardapolvos blancos, pantalones cortos y zapatos "Siete vidas".

Las marcas de autor de Laszlo Martok aparecen a cada momento, del modo más desagradable: la sinécdoque, hija de una cámara torcida, las célebres subjetivas del cameraman, la intertextualidad con los productos más deleznables de la industria del espectáculo.

Como es su costumbre, el director repite hasta la saciedad situaciones que a su criterio ejemplifican la organización estética de la obra. Finalmente, la dualidad de códigos es percibida no sólo por los espectadores sino también por los personajes. La joven adolescente, harta de la hipocresía de las clases dominantes, pide

a su novio que le hable de amor bajo la mesa. Una vez allí, ya sin que ninguna parte de ellos mismos esté en contacto con el mundo de las apariencias, los jóvenes hablan el idioma de la verdad o —mejor dicho— se revuelcan como bestias.

En oposición, cada vez que un personaje trata de sobreponerse a las gigantescas fuerzas del deseo *y* el automatismo inconsciente, se para sobre los platos y saluda el triunfo de la razón recitando olímpicos teoremas.

En el sorprendente desenlace, el mozo retira la mesa y desaparecen las fronteras entre la conciencia *y* la subconciencia. Los rincones más secretos del alma reciben una luz repentina, mientras caen abruptamente las máscaras cotidianas de la mentira. Ante semejante cataclismo, el restaurante se incendia *y* todos mueren en un fuego purificador.

La película exhibe algunos recursos de gran sutileza: el estudiante que formula la misma pregunta dos veces, primero arriba *y* después abajo; el extraño efecto del *racconto* inmediato, donde los personajes recuerdan lo que acaban de hacer.

Sin embargo, Martok no puede evitar la sospecha de no ser entendido, una sensación que es proverbial en los malos directores. Por ese motivo, el relato se demora en explicaciones superfluas que hallan su culminación en el discurso que el propio Martok recita en off al final de la película.

La censura de aquellos años no perdonó algunas audacias *y* resolvió prohibir la mitad inferior. La parte de arriba se estrenó en el cine Ocean y fue un éxito comercial. Quedó una película diurna, realista, convencional y finita.

El fantasma II

El primero de abril me presenté en la plaza de Devoto con algunos escritos antiguos que el decoro y la vanidad me habían impedido publicar. El fantasma ya me estaba esperando. Guardó los papeles en una carpeta, sin mirarlos. Su desinterés me molestó un poco.

—¿No los va a leer?

—Estarán bien, calculo. Disculpe si le digo que lo único que me importa es completar las doscientas páginas.

—¿ Usted cree que lo mandarán al cielo?

—No lo sé. Yo sólo quiero salir de esta situación. Para serle sincero, no sé cómo es el cielo.

—Se supone que es un establecimiento que produce agrados.

—Quién sabe. Hay distintas opiniones. Ahí tiene a los vikings. El paraíso estaba reservado a quienes encontraban la muerte en el combate. Morir de viejo, o en la cama, era un deshonor para esta gente. Al final de cada batalla, las walkirias recorrían el campo y trasladaban a los muertos al Valhalla. Era un vasto salón techado de escudos de oro, provisto de quinientas puertas. Cada mañana, los bienaventurados salían al campo y combatían. Al anochecer, todas las heridas se curaban, los miembros cercenados volvían a su lugar y quienes habían sido muertos, resucitaban. Y así día tras día, perpetuamente. ¿Usted sabe lo que es morir todos los días?

-Sí.

Adivinanzas

Hace muchos siglos, en los tiempos de la dinastía Sung, andaban por la ciudad de Hang-cheu los inventores de adivinanzas. Se sabe que todos vestían del mismo color, pero se discute cuál era ese color. Solían caminar por los jardines que estaban más allá de las murallas, o por la orilla de los canales, o por el barrio de los actores.

Todos conocían sus procedimientos: se jugaba por dinero. La honestidad de estos hombres era proverbial. Jamás se negaban a pagar cuando alguien daba con la solución de sus enigmas. De entre todos los artistas ambulantes, los inventores de adivinanzas eran los preferidos de las muchedumbres. Convocaban más curiosos que los acróbatas, los amaestradores de peces o los remontadores de barriletes.

Según se dice, las adivinanzas eran siempre distintas *y* jamás volvían a usarse una vez que alguien las resolvía. Los estudiosos pretenden reconocer distintas técnicas en la formulación de acertijos. La más usual consistía en la descripción concreta de una cosa que en lenguaje metafórico resultaba ser otra. El legendario Wang-li acuñó durante su vida alrededor de setenta mil adivinanzas obscenas cuya respuesta era siempre la misma.

La preferida del maestro Hsu-t'ang Chih-yu puede escribirse así:

Tiene patas, pero no es un pez. Tiene dientes, pero no es un gusano. Es insignificante, pero no es el emperador.

La respuesta, *Li, el vendedor de limones,* es imprevisible pero no inevitable.

Los emperadores solían favorecer a estos ingeniosos peregrinos instalándolos en la corte. Allí permanecían largos períodos, disfrutando del lujo y la molicie. Casi todas las mañanas el emperador se hacía formular una adivinanza. Hay que admitir que se trataba de una situación delicada, pues un enigma que el emperador no pudiera resolver trastornaba ciertamente las leyes de la naturaleza. Para evitar catástrofes, los inventores ideaban misterios sencillos o —mejor aún— daban por buena cualquier respuesta imperial. Durante siglos, fue señal de cautela en la China el contestar una indagatoria con la fórmula: "aquello que al emperador

pluguiere".

El dato más curioso es el que se anota a continuación: cada vez que alguien adivinaba, los formuladores saltaban de gozo y daban muestras de la más sincera alegría. No les importaba perder una moneda, si a cambio recibían el halago de ser comprendidos. Esta alegría era mayor cuanto más difícil era la adivinanza.

Aristóteles decía, o se olvidó de decir, que la vida del entendimiento es la vida más dichosa a la que el hombre puede aspirar.

Wang-li, en el prólogo del Libro de las Adivinanzas Obscenas, escribió: *"La adivinanza, el enigma, la prueba o el examen no se proponen dejar afuera al peregrino, sino hacer que entre mejor de lo que era. La puerta de la nobleza es difícil de abrir, pero se abre. Sólo las puertas de los tiranos son inexpugnables".*

Con la llegada de los mongoles, la estrella de los inventores de adivinanzas se fue apagando. Ya en tiempos de decadencia, los últimos formuladores reducían al mínimo las dificultades: *Brillo redondo soy de tus noches.* Algunos enigmas ya venían resueltos: *¿Qué es una cosa que brilla en el cielo y que se llama Luna?*

Según el maestro Yin-yüan Lung-ch'i, todo idioma es una colección de adivinanzas, ya que las palabras sustituyen a las cosas y los enigmas son sustituciones. Algunos hablan de la adivinanza de Tzu-fu. Los maestros del Zen creían que la recompensa por su adecuada resolución era nada menos que la comprensión cabal del sentido del universo. Su formulación usual era: *Tres, dos, uno, dime, adivinador, cuál es el sentido del mundo.*

Habla Laura

Yo que sostuve la agitada trama
del verso escrito al borde del abismo,
siempre volví la espalda al cataclismo.
Yo soy la que no está. La que no te ama.
Yo que alumbré con pertinaz ausencia
tu visión de poeta endemoniado
respondí a cada agónico llamado
con la misma estelar indiferencia.
Soy Hidra que venció, fiera salvaje
que al héroe despedaza y atormenta
pero recibe a cambio un beso tierno.
Te pregunto: ¿no es cruel el homenaje?
¿No esconde acaso la mayor afrenta?
Muchas puertas, mi amor, dan al infierno.

La murga del tiempo

Un rato antes de admitir la falsedad de un milagro, los Hombres Sabios se complacen en señalar el carácter metafórico del prodigio.

Ahora bien, un milagro es la negación de una metáfora. Cuando decimos que un hombre vuela milagrosamente estamos anulando toda referencia a la poesía, a la libertad o a la independencia de costumbres.

La explicación metafórica es una cobardía propia de quienes no se atreven ni a la fe ni a la incredulidad. Los hechos milagrosos que a continuación narraremos deben ser reputados verdaderos o falsos, pero no símbolos de otros hechos. Podrá objetarse que no existe en el universo objeto alguno que no sea un símbolo, ni dictamen que no gambetee la refutación presumiendo de metafórico. En tal caso podremos decir que la objeción misma es simbólica.

Los vecinos de Flores suelen hablar del Barrio Maldito. Al parecer, es un distrito de mala suerte donde siempre ocurre lo desatinado y horrible. Personajes monstruosos garantizan la perfección de las desgracias: hay allí brujas, demonios, ogros, dragones, basiliscos y quimeras. Se asegura que nadie sale vivo.

Espíritus barrocos han ido añadiendo detalles. Una pared de niebla que rodea la barriada. Un guardián implacable. Una calle donde no se puede cantar. Se discute asimismo el emplazamiento real y los límites exactos del Barrio Maldito. Al oeste de la vía todos juran que queda al este. Los del sur lo suponen en el norte. Algunos lo identifican con Parque Chas. Los pedantes garantizan que el Barrio Maldito está dentro de nosotros mismos, junto con el demonio, un niño, la persona amada, etcétera.

Por esas calles funestas anda la Murga del Tiempo, también llamada Comparsa del Devenir, un grupo de bailarines zaparrastrosos que se mueven sin la menor gracia. La Murga baila todo el año, sus apariciones son sorpresivas *y* su canto es imposible de ser recordado, ni aun por los mismos cantores, que se ven obligados a inventar letras nuevas perpetuamente.

Pero la principal cualidad de esta comparsa se escribe así: si al-

guien baila con ellos ya no puede dejar de bailar, ni abandonar la murga. De este modo, el número de sus integrantes aumenta cada día. Las madres aconsejan a los niños huir ni bien oigan los bombos y los intimidan con historias espantosas de niños raptados y condenados a la repetición perpetua de un paso murguero.

Cada vez que una persona deja de aparecer por los boliches de Flores, es elegante suponer que ha sido hechizada por la Murga.

Siendo que quien ve la Murga no puede evitar el baile y siendo que quien baila no puede dejar de hacerlo, está claro que la Murga no ha sido vista sino por sus propios integrantes. Esto tiñe de sospecha todos los testimonios, incluso éste. Sin embargo, la imposibilidad de cualquier desmentida permite afirmaciones audaces: las mujeres van desnudas, las carrozas vuelan, los disfraces son imposibles de quitar, los pomos lanzan Agua de Olvido.

El polígrafo de Flores Manuel Mandeb juró haber bailado durante horas con las chicas de la comparsa. Al parecer, un paso equivocado le permitió escapar. Hombre propenso, en el baile como en la vida, a salir por el lado opuesto, quedó solo levantando una pierna hacia el oriente cuando todos marchaban hacia occidente. El percance le dejó tiempo para pensar y así fue como salió rajando.

El mismo Mandeb hizo correr un rumor complicadísimo acerca de la marcha del tiempo en el interior de la Murga. Parece que hay un núcleo alrededor del cual giran los bailarines y donde suele caminar el Director. Según Mandeb, allí al tiempo marcha al revés, en dirección al pasado. Los cigarrillos crecen en los ceniceros. Las leyendas se transmiten de generación en generación, pero son los hijos los que las cuentan a los padres. Uno tiene el pelo cada vez más corto. Las historias de amor empiezan por el hastío. Los libertinos salen borrachos de su casa y regresan sobrios la noche anterior. Mandeb habla también de tiempos que marchan hacia el costado, con causas sin efecto, o con efectos pertenecientes a otra serie. También menciona una esquina en donde el tiempo pasa rápido y los soles del día son como guiños de luciérnaga.

Si tuviéramos la cobardía de buscar metáforas, muy pronto diríamos que la Murga es la vida, que todos bailamos en ella, que no hay modo de escapar a la sucesión, que el canto nunca se repite. Los agregados de Mandeb podrían interpretarse como contrapuntos de recuerdo en la melodía principal, y la huida del polígrafo como la eterna ilusión del hombre concreto de ser artífice de su propio destino.

Por suerte nos asiste el coraje de descreer de estas leyendas y no nos cansaremos de pregonar la inexistencia de murgas y comparsas, con toda la fuerza de nuestra voz, agitando nuestras matracas, soplando nuestras cornetas y bailando, bailando, bailando.

Naipes

El casamiento entre parientes demasiado cercanos fue causa de la decadencia de muchas casas reales europeas. A decir verdad, el número de personas pertenecientes a la alta nobleza fue siempre más bien reducido. Y a la vuelta de los casamientos y de las confluencias sanguíneas, casi todos eran parientes entre sí. De esta suerte, era una ardua cuestión para cualquier príncipe dar con una esposa adecuada que no fuera, digamos, su tía.

El caso es que esta estrechez de los horizontes conyugales fue degradando las estirpes y alcanzó a dotar a las naciones de algunos reyes de histórica estupidez.

Carlos VI de Francia fue, por cierto, el resultado de muchas generaciones de nobles que no salían de su casa. En verdad no era idiota sino loco, aunque supo beneficiar a su patria con una total falta de interés por los asuntos públicos. Por desgracia, ese interés fue asumido con el mayor entusiasmo por su mujer, Isabel de Baviera, quien no era ni loca ni estúpida, aunque sí perversa.

A finales del siglo XIV, el pobre Carlos había dado ya suficientes muestras de demencia como para ser alejado del poder.

Estando con su ejército en Le Mans, oyó caer la espada de uno de sus caballeros y tuvo un ataque de furia de tal naturaleza que durante una hora estuvo tirando estocadas a lo más selecto de sus tropas. Mató a cuatro, hirió a una docena, hasta que, por fin, se le rompió el sable.

Solía tener crisis terribles, durante las cuales no sabía quién era. Muchas veces pretendía ser soltero y llamarse Jorge. Recorría los pasillos bailando en forma grotesca. O llamaba a los guardias asegurando que lo perseguían para matarlo.

Durante algunos meses prohibió a los cortesanos que se le acercaran: creía ser de cristal y tenía miedo de que lo rompieran. Se recubría de frazadas y se movía con extrema lentitud.

Isabel de Baviera resolvió dejarlo solo y se fue con uno de sus amantes —el duque de Turena, hermano del rey— al castillo de Barbette.

Carlos VI quedó solo en la cerrazón de su locura. Nadie lo atendía. Yacía en medio de sus propias heces, lleno de piojos, las

uñas largas, vestido con harapos que no se cambiaba nunca.

Pero a Isabel no le bastaba con alejarlo del poder: deseaba matarlo para que accediera al trono su cuñado y amante. Y como resultaba riesgoso hacerlo en forma directa, concibió la idea de hacer que se consumiera de lujuria. Para ello le envió a una joven muy aparente, Odette de Chamdivert.

Pero a la niña le gustó el rey. Y además de complacerlo en la cama, lo limpió, lo atendió y lo cuidó amorosamente.

Odette conocía un juego que los mercaderes habían traído hacía muy poco del Oriente. Eran unos cartones pintados con figuras y números. Los árabes llamaban a este juego ***naib.*** Odette y Carlos pasaban las tardes muy entretenidos con esta diversión. El rey encargó al pintor Gringonieur que le hiciera tres juegos. Pagó por ellos cincuenta y tres soles. Las barajas se instalaban de este modo en Occidente. Son -como vemos- mucho más modernas que los dados, que fueron conocidos por todos los pueblos de la antigüedad clásica.

Sin embargo hay otras opiniones. Algunos hablan de un libro escrito por Toth, el dios egipcio con cabeza de ibis. Este libro sería tan viejo como la humanidad misma y en sus páginas estaba *"aquella cosa de la que se deriva el conocimiento de todas las demás".* Advertido Toth de la malicia de los hombres, pensó que no convenía impartirles nociones tan poderosas. Entonces metió el libro en una caja de oro, que puso luego dentro de otra de plata. Vinieron después sucesivas cajas de marfil, de cobre, de bronce y de hierro. Para culminar el procedimiento depositó el ingente envoltorio en el fondo del Nilo. Algunas láminas del libro cayeron misteriosamente en poder de Moisés, que al parecer las sacó de Egipto junto con vasos y adornos de oro.

Merced al examen de esas láminas habría nacido la ciencia de los cabalistas.

En el siglo XVII, el padre Athanasius Kircher consiguió una de esas láminas, tal vez en Alejandría. El obtuso jesuíta dijo haber resuelto a partir de ella el misterio de los jeroglíficos. Así publicó, dos siglos antes de Champollion, un libro llamado *La lengua egipcia restituida,* donde a través de centenares de páginas se revela el significado de todos los signos, con el milagroso resultado de no acertar siquiera uno.

La lámina pasó, según dicen, a poder del cardenal Bembo. Pero tratándose de Kircher, conviene dudar de todo.

Los aficionados a la magia afirman que del libro secreto de

Toth es hijo el tarot egipcio y que el tarot habría dado lugar a nuestras barajas cotidianas.

De donde podría conjeturarse que la revelación de los misterios del universo se ha ido degradando con los siglos hasta dar en el chinchón.

Carreras secretas

La teoría según la cual todos los objetos del universo se influyen mutuamente, aun más allá de la causalidad y el silogismo, ha sido sostenida por muchas civilizaciones.

Se sabe que la visión de un meteorito asegura el cumplimiento de un anhelo. La incompetencia de los emperadores chinos produce terremotos. El futuro imprime advertencias en las entrañas de las aves.

La adecuada pronunciación de una palabra puede destruir el mundo.

Yo, desde chico, he participado -sin admitirlo- de estas convicciones. Con toda frecuencia, me imponía sencillas maniobras y preveía unas módicas sanciones para el caso de su incumplimiento. Antes de acostarme, cerraba las puertas de los roperos, sabiendo que si no lo hacía debería soportar pesadillas. Bajaba de la cama con el pie derecho. Evitaba pisar baldosas celestes. Al interrumpir la lectura, cuidaba de hacerlo en una palabra terminada en *ese.*

Los castigos que imaginaba eran al principio leves. Pero después empecé a jugar fuerte. Si me cortaba las uñas por las noches, mi madre moriría; si hablaba con un japonés, quedaría mudo; si no alcanzaba a tocar las ramas de algunos árboles, dejaría de caminar para siempre.

Este repertorio legislativo fue creciendo con el tiempo y al llegar mi adolescencia, mi vida transcurría en medio de una intrincada red de obligaciones y prohibiciones, a menudo contradictorias.

Todo se hizo más simple -más dramático- cuando descubrí las carreras secretas.

Describiré sus reglas. Se trata de elegir en la calle a una persona de caminar ágil *y* proponerse alcanzarla antes de llegar a un punto establecido. Está rigurosamente prohibido correr.

Antes del comienzo de cada justa, se deciden las recompensas y penalidades: si llego a la esquina antes que el pelado, aprobaré el examen de lingüística.

Durante largos años, competí sin perder jamás. Me asistía una ventaja decisiva: mis adversarios no estaban enterados de su participación y por lo tanto, casi no oponían resistencia. Obtuve pre-

mios fabulosos. En Constitución, me aseguré vivir más de noventa años. En la calle Solís, garanticé la prosperidad de mis familiares y amigos. En el subterráneo de Palermo, por escaso margen, logré que Dios existiera.

Tantas victorias me volvieron imprudente. Cada vez elegía rivales más difíciles de alcanzar. Cada vez los castigos que me prometía eran más horrorosos.

Una tarde, al bajar del tren en Retiro, puse mis ojos en un marinero que marchaba unos veinte pasos delante de mí. Me hice el propósito de alcanzarlo antes de la puerta del andén.

Con el coraje y la generosidad que suelen ser hijos del aburrimiento, resolví jugármelo todo. Una vida feliz, si ganaba. Una existencia mezquina, si perdía. Y como una compadreada final, me vacié los bolsillos: aposté el amor de la mujer deseada.

Apuré la marcha. Poco a poco fui acortando las ventajas que el joven me llevaba. Las dificultades comenzaron pronto: un familión me cerró el camino y perdí segundos preciosos. Al borde del ridículo, ensayé el más veloz de los pasos gimnásticos. El infierno me envió unos changadores en sentido contrario. Después tuve que eludir a unas colegialas que se divertían empujándose. La carrera estaba difícil, tuve miedo.

Ya cerca de la meta, conseguí ponerme a la par del marinero.

Lo miré y descubrí algo escalofriante: él también competía. Y no estaba dispuesto a dejarse vencer. Había en sus ojos un desafío y una determinación que me llenaron de espanto.

En los últimos metros, perdimos toda compostura. Pedíamos permiso a los gritos y sin el menor pudor, empujábamos a cualquiera. Pensé en la mujer que amaba y estuve al borde del sollozo. En el último instante, cuando ya parecía perdido, una reserva misteriosa de fortaleza y valor me permitió cruzar la puerta con lo que yo creí una ínfima ventaja.

Sentí alivio y felicidad. Pensé que aquella misma noche mis sueños amorosos empezarían a cumplirse. No pude reprimir un ademán de victoria. Alcé los brazos y miré al cielo. Después, como en un gesto de cortesía, busqué al marinero. Lo que vi me llenó de perplejidad. También él festejaba con unos saltitos ridículos. Por un instante nos miramos y hubo entre nosotros un no expresado litigio.

Era evidente que aquel hombre creía haberme ganado. Sin embargo, yo estaba seguro de haberle sacado, al menos, una baldosa.

Entonces dudé. ¿Había calculado bien? ¿Cuál sería el precedi-

miento legal en esos casos? Desde luego, no me atreví a consultarlo con el marinero. Me alejé confundido y pensé que pronto conocería el veredicto. Una vida dichosa, un amor correspondido, darían fe de mi triunfo. La suerte aciaga, el rechazo terco, me harían comprender la derrota.

Pasaron los años y nunca supe si en verdad gané aquella carrera. Muchas veces fui afortunado, muchas otras conocí la desdicha.

La mujer de mis sueños me aceptó y rechazó sucesivamente.

Todas las noches pienso en buscar a aquel marinero y preguntarle cómo lo trata la suerte. Solamente él tiene la respuesta acerca de la exacta naturaleza de mi destino. Quizá, en alguna parte, también él me esté buscando.

Me niego a considerar una posibilidad que algunos amigos me han señalado: la inoperancia de los triunfos o derrotas obtenidos en carreras secretas.

Margaritas

Las margaritas tienen -como se sabe- la prodigiosa facultad de responder a consultas amorosas.

El enamorado curioso debe apoderarse de una margarita cualquiera. Acto seguido, pensará en aquella persona cuya disposición deseare conocer. Luego, arrancará los pétalos de la flor uno a uno. A cada pétalo corresponderá un dictamen recitado en voz alta.

Me quiere mucho, para el primero; poquito, para el segundo; nada en el tercero.

Allí termina la exigua serie de resultados posibles, que deberá reiniciarse una y otra vez hasta llegar al último pétalo: la elocución que a éste correspondiere, será la respuesta oracular de la flor.

Tal respuesta es infalible y señala una inapelable verdad, salvo que -como sucede con frecuencia— se haya cometido el más mínimo error en los procedimientos.

Aplicando a este trío de revelaciones las leyes de divisibilidad, el enamorado metódico podría calcular sus probabilidades.

Cuando el número de los pétalos es múltiplo de tres, la respuesta es nada.

Si al número de pétalos le falta uno para llegar a ser múltiplo de tres, la respuesta es poquito.

Si le sobra uno, la respuesta es mucho.

Algunos pretenden que las respuestas posibles son en realidad cuatro. Convierten el informe me quiere mucho, en dos respuestas diferentes:

A) me quiere.

B) mucho.

Esta astucia reduce la posibilidad del nada de un treinta y tres a un veinticinco por ciento.

Es imposible negar que entre el amor que sienten las personas y la morfología de estas flores existe un nexo inconmovible.

Pero admitido el vínculo, no hay acuerdo para explicar su naturaleza. Examinemos algunas teorías.

1) La flor influye sobre la persona en quien piensa el consultante: el número de pétalos impulsa a quien es pensado a amar mucho, poquito o nada al que deshoja.

2) La persona pensada influye sobre la flor: la margarita adecúa el número de sus pétalos a la intensidad de los sentimientos indagados.

3) Todo está escrito y el suplicante elegirá sólo aquellas margaritas cuyo número de pétalos asegure una respuesta exacta.

Las margaritas mucho son imposibles para un hombre al que quieren poquito.

4) Todo es mentira. No hay relación alguna entre las aparentes respuestas y la realidad. Esta es la opinión de los Refutadores de Leyendas, quienes sustentan su parecer con innumerables ejemplos de personas que alentadas por la flor son rechazadas luego, incluso de mal modo.

Los espíritus leguleyos señalan con insistencia algunos preceptos jurídicos.

•El arrancar o añadir pétalos, saltear respuestas o alterar su orden invalida la consulta.

•Está prohibida la indagación sucesiva y vana de diferentes margaritas.

Los cientistas sueñan con que la genética vendrá a resolver sus problemas sentimentales, creando margaritas que siempre responderán mucho.

También se ha pensado en la posibilidad de obtener respuestas más variadas mediante la creación de nuevos dictámenes: hasta decir basta, bastante, relativamente poco, vaya y pase, casi nada, menos que nada, ni loco que estuviera.

La fe en las margaritas va empalideciendo en estos días. Los últimos fieles son tal vez los amantes rechazados, esas personas que insisten en preguntar lo que ya se les contestó y que se contentan con las respuestas favorables de flores, brujas y horóscopos, mientras las mujeres que aman bailan con otros señores en La Enramada.

Margarita es *perla* en griego y en latín. Es *ojo del día* en inglés y es vegetal indagatorio en todo el mundo. Pasar de largo ante sus confidencias es un pecado imperdonable.

Las flores, las estrellas, los pájaros: el Universo quiere hablarnos.

Cada fenómeno de la naturaleza es una señal. Ante esos guiños cósmicos tenemos la obligación de considerarlos.

Es cierto que nos acompañará la perpetua sensación de que nunca comprenderemos o de que comprenderemos erróneamente. Pero el error es preferible a la indiferencia.

Cualquiera sea el mensaje que el cosmos prometa, por terrible y amenazador que nos pareciere, será mejor que la ausencia de

mensaje. Será mas consolador que una ominosa y absurda indiferencia de los astros.

Atlas del infierno

Enzo Lucione, el predicador, creía que la intimidación era el mejor recurso para que los pecadores se arrepintieran. Durante toda su vida había recorrido el barrio de Flores, casa por casa, anunciando que se venía el fin del mundo, que el Juicio Final nos iba a agarrar a todos inconfesos y que el Diablo se estaba frotando las manos.

Era un hombre brutal. Resuelto a defender la causa del bien, lo hacía sin misericordia. Muchas veces, agotados sus escasos argumentos, procedía a la conversión de impíos con una pistola Ballester-Molina que —según Lucione— era más eficaz que la Biblia.

Lo habían echado del Ejército de Salvación, de los Testigos de Jehová y de los mormones. Junto a un grupo de amigos aficionados al tango fundó la secta Los esparos del Ñorse. Todos los sábados recorrían las milongas y mientras bailaban les murmuraban amenazas bíblicas a las muchachas, tratando de redimirlas, o en todo caso, de seducirlas .

Lucione carecía de todo encanto. Su lenguaje era muy limitado y sus conocimientos casi nulos. Aconsejado por un chofer de camionetas, resolvió reemplazar sus discursos de compadrito por un folleto explicativo, cuya redacción encargó al bibliotecario Vicente Peluffo.

Peluffo, que era ateo, tardó seis años en terminar el trabajo. En realidad, lo que hizo fue un brevísimo atlas del Infierno, prolijo, austero, despojado de toda grandilocuencia. Lucione protestó alegando que las calles que él recorría eran tan horribles que se necesitaba un Infierno muy riguroso para que los vecinos no lo sintieran como una mejora. Peluffo prometió corregirlo, pero nunca lo hizo.

Transcribimos su texto completo.

Descripción del infierno

1) Ubicación

Las opiniones son muchísimas. Los romanos lo situaban bajo el Polo Sur. Gregorio Magno hablaba de un volcán de las islas Lí-

pari. Otros han señalado el Etna, o el centro de la Tierra, o las Antípodas, o el Sol, o el valle de Josafat.

En el Huon de Bordeaux se dice que el infierno es una isla llamada Moysant. Hugo de Auvernia jura que encontró la puerta del infierno en el lejano Oriente. Acerca de las puertas, se conocen varias: el pozo de San Patricio, en una de las islas del lago Derg, en Irlanda; el fondo de un lago cerca de Pozzuoli; la que se llama Averno, ubicada en el camino del cabo Tenaro, que fue la que utilizó Heracles para raptar a Cerbero; en la vecindad de Heraclea del Ponto, en Trecén; debajo de Jerusalem; en la boca de los volcanes; en Ceram, una de las islas Molucas. La principal de las entradas tiene nueve puertas: tres de bronce, tres de acero y tres de diamante.

En general se coincide en que el Infierno está bajo la corteza de la Tierra. Los sabios de la Antigüedad creían que bajo los ínfimos sótanos estaban las raíces del Árbol de la Vida y del Árbol del Conocimiento, cuyas ramas superiores rozan el Trono del Señor.

Los griegos decían que bajo el Infierno había otra instalación aún más profunda: el Tártaro. La distancia entre la Tierra y el Infierno era la misma que entre el Infierno y el Tártaro. Esta distancia fue precisada en distintas ocasiones y era exactamente la longitud recorrida en caída libre por un cuerpo al cabo de nueve días. Sin embargo, la palabra egea *tar* se relaciona siempre con la idea de occidentalidad, así como *salma* indica la orientalidad. De este modo *tar-tar* significaría "muy, muy al oeste".

2) Extensión

El propio Satanás midió una vez el Infierno, por orden de Cristo, y calculó que desde la puerta hasta el fondo había 100.000 millas. Resulta extraño que un establecimiento situado en el interior de la Tierra sea mucho más largo que el diámetro de ésta. Otra cuestión aparece: si el Infierno es eterno, la Tierra también debe serlo.

Pero hay dictámenes en disidencia: Milton no ubica al Infierno en el centro de la Tierra sino a una distancia tres veces mayor que la que nos separa del planeta más lejano (unos 990.000.000 de leguas); el jesuíta Cornelio Lapide calcula unos 200 nudos.

El ruso Salzman, que es jugador de dados, conjeturó que un lugar destinado a desagradar debía ser ante todo chico. Los reprobos debían estar amontonados unos sobre otros, sin privacidad, porque la privacidad es también la libertad. Salzman sostenía que así como en el cielo (o en el amor) el deleite está dado por quien

nos acompaña, en el infierno el principal tormento consiste en la vecindad de personas poco recomendables.

3) Centros urbanos

Emmanuel Swedenborg, que recorrió prolijamente el cielo y el infierno, declara que las ciudades terrestres tienen su doble en las alturas y su triple en el abismo. Existe una Londres celeste y una Montevideo infernal, para deleite de los bienaventurados ingleses y para tormento de los reprobos uruguayos. En todo caso, Swedenborg juraba que la vida de ultratumba no era una condena ni una recompensa, sino una elección. Los malvados elegían el infierno. O mejor dicho, el lugar que elegían los malvados se convertía por esa misma razón en el infierno.

Dante representa la ciudad de Dite, rodeada de fosos hediondos, torres de fuego y murallas de hierro. San Buenaventura cree que el infierno es enteramente urbano. Sin embargo, innumerables cronistas consignan la existencia del continente helado, al este del Orco. Allí viven las arpías, las hidras, las gorgonas y las quimeras. Es una región de tempestades perpetuas, de huracanes y de granizo.

La capital del infierno es Pandemónium, que más que una ciudad es el castillo y cuartel privado del Diablo. Esta construcción puede considerarse una criatura, pues responde a las órdenes de Satán. Con sólo decir una palabra aparecen o desaparecen habitaciones, se abren o cierran puertas, etc. El Pandemónium manifiesta el mayor de los lujos, pero también el más tremendo horror. Desde sus torres más altas es posible ver todo el Infierno.

Además de las habitaciones del Principe del Mal, están los aposentos de los demonios principales: Asmodeo, Abadón, Mammón, Belial, Leviatán, Mefistófeles, Belcebú, Astaroth. Se trata de antiguos Serafines y Querubines, que después de la Caída se convirtieron en ministros y alcahuetes de Satán.

A pesar de los esfuerzos que se hacen por conservarlo, el Pandemónium muestra un aspecto bastante ruinoso. Esto sucede en todas las construcciones del Infierno.

Otros hablan de la Babilonia infernal, perpetuamente incendiada, recorrida por aguas turbias y cubierta por un cielo de hierro y bronce. Los vientos son helados o abrasadores. Las plantas son siempre venenosas y los animales son monstruos cuya razón de existir es atormentar a los condenados.

4) Hidrografía

Hagamos mención de los principales ríos:

•Cocito: también llamado Río de los Lamentos, a causa de los lastimeros sonidos que en sus orillas resuenan. Su corriente es muy fría y se dice que sus aguas no son otra cosa que las lágrimas de los condenados. Se une con el Flegetonte, que es el río de las llamas, en una gran cascada de la que nace el Aqueronte.

•Aqueronte: es el río que atraviesan las almas para llegar al reino de los muertos. Es un río lento, negro y profundo, de aguas amargas y orillas imprecisas, cubiertas de cañaverales. Los romanos lo situaban en las cercanías del Polo Sur. El barquero Caronte se ocupa de cruzar a las almas hasta la orilla opuesta del río. Se trata de un viejo horripilante que conduce la barca, pero no rema. En verdad, obliga a las mismas almas a hacerlo. Por cada viaje cobra un óbolo y es por eso que los antiguos sepultaban a los muertos con una moneda en la boca. Cuando Heracles visitó los infiernos, le dio una soberana paliza y lo obligó a pasearlo.

• Leteo: es el río del que bebían los muertos para olvidar su vida terrestre. Se le llama también Fuente del Olvido. Algunos dicen que el famoso licor que limpia los ayeres no es otra cosa que agua del Leteo. Su curso es silencioso y apacible, aunque lleno de caprichosas sinuosidades. Los condenados procuran inútilmente mojarse siquiera con una gota de estas aguas para perder en dulce olvido el sentimiento de todos sus males. Pero jamás lo logran. La mismísima Medusa custodia esta corriente.

• Estigia: sus aguas tienen propiedades mágicas. Es el río en el que Tetis sumergió a su hijo Aquiles para hacerlo invulnerable. Los dioses lo usaban para comprometerse por juramento. El procedimiento usual era el siguiente: Zeus enviaba a Iris a llenar una jarra, ante la cual se juraba. Si el dios cometía luego perjurio le esperaba un castigo horroroso. Permanecía un año sin respiración. Tampoco podía comer ni beber. Finalizado ese año, quedaba durante otros nueve al margen de los dioses, sin participar de sus reuniones y festines.

El río Estigia tiene origen en una fuente de la Arcadia, cerca de Nonacris, que tal vez quiere decir "nueve precipicios". Sir James Frazer visitó el lugar en 1895 *y* explicó la descripción de Hesíodo, que habla de pilares de plata, observando que durante el invierno enormes carámbanos cuelgan sobre los desfiladeros.

La fuente brota de una roca y luego se pierde bajo la tierra. Sus aguas son venenosas, quiebran el hierro y los metales y no es po-

sible llenar con ella ninguna vasija o recipiente sin que se rompa. Sólo los cascos de los caballos la resisten.

Suele contarse que Alejandro de Macedonia murió envenenado por esa agua. Sin embargo, Frazer declaró que un análisis químico había revelado la ausencia de sustancias venenosas.

5) Población

La raza diabólica es muy numerosa. Algunos calculan que llegan a sumar 10.000 billones.

En 1273, el cardenal de Tusculum recibió una revelación divina, conforme a la cual los demonios serían 133.306.668. La tradición hebrea hablaba de una cantidad menor: apenas 200, según el libro de Enoc.

Además de los demonios viven en el Infierno numerosos monstruos adjuntos que ayudan en las torturas y —por supuesto— los condenados. El número de estos últimos se obtiene calculando la cantidad de personas que han muerto desde Adán y restando a la cifra obtenida la suma de los que han ido al Cielo y al Purgatorio.

6) Decadencia del Infierno

El poder del Diablo es limitado. No puede estar presente mucho tiempo en un lugar. Aparenta belleza, pero siempre alguna parte de su cuerpo presenta una deformación. Lo quema el agua bendita. Lo sigue siempre una estela de olor inmundo. Pero tal vez la peor de sus limitaciones sea la imposibilidad de ordenar y mantener una estructura tan enorme y compleja como el Infierno.

Todos están demasiado viejos. Los ministros se han vuelto perezosos. Los demonios más activos se cansaron ya. Las tentaciones tienden a la ineficacia. Los pactos diabólicos son cada vez más escasos. Esto no obedece a la derrota del Mal, sino más bien a su triunfo. Los hombres se condenan solos, por mera estupidez o malevolencia, sin que haga falta la intervención demoníaca. Una vez muertos, tampoco es necesario ocuparse de atormentarlos, pues ellos mismos cumplen esta tarea con insólita eficacia. De este modo, el Infierno está lleno de legiones ociosas que vagan entre las llamas sin saber qué hacer.

7) Ventajas del Infierno

Sin caer en el consuelo insolvente, hay que decir que el condenado puede hallar alivio a sus dolores merced al poder de adapta-

ción que es proverbial en la raza humana. Al cabo de mil años ardiendo, uno empieza a acostumbrarse. Es esencial en un gran dolor su carácter sorpresivo.

En otro orden de cosas, quien se halla en el abismo no puede ser amenazado, ya que la amenaza consiste en prometer un mal. El mismo razonamiento nos hace advertir que en el Infierno nadie tiene miedo. Y una cosa más: toda noticia es buena.

8) Caprichos jurídicos

Conviene que los espíritus leguleyos anoten estas normas extravagantes.

Es posible salir del Infierno, salvo que uno haya comido algo en él. Después del primer bocado, las puertas se cierran para siempre.

Los tormentos son perpetuos e incesantes, pero Dios concede recreos. Tal vez el Día de Navidad.

Una leyenda de finales del siglo IV relata la visita de San Pablo y el arcángel Miguel al reino de la perdición. Al ver el sufrimiento de los pecadores rogaron a Dios misericordia. Jesús se presentó en persona en el Infierno y concedió a todas las almas la gracia de no sufrir tormento alguno desde la hora nona del sábado hasta la prima del lunes.

San Pedro Damián cuenta que cerca de Pozzuoli hay unas aguas pestíferas desde donde surgen unos pájaros espantosos que sólo son visibles desde la noche del sábado a la mañana del lunes. Jamás se alimentan. No es posible cazarlos. Algunos creen que son almas de condenados que disfrutan del consuelo concedido por Cristo.

Sin embargo, los ruegos de los santos no deben ser muy frecuentes: suele afirmarse que los huéspedes del Paraíso hallan deleite en contemplar el sufrimiento de las almas en el Averno. Cualquiera puede imaginar la escena: una morralla de papanatas celestiales asomada al abismo, burlándose con gritos chuscos, arrojando porquerías y escupiendo. Abajo, entre las llamas, los condenados alzan puños como brasas, mientras gritan:

-¡Hijos de puta!

Dios mismo pone fin a la vergonzosa escena, echando a patadas a la patota de santurrones.

El hombre moderno, ansioso de mediciones exactas, desea saber qué posibilidades tiene de salvarse. Julián Loriot, célebre orador del siglo XVII, elaboró estadísticas consultando a un resucitado: de cada sesenta mil muertos, uno va al Paraíso, tres al

purgatorio y 59.996 almas marchan al Infierno. Juan Crisóstomo calculaba que no había más de cien elegidos en toda la población de Constantinopla. Un eremita se le apareció a San Bernardo en su lecho de muerte y le aseguró que de los treinta mil muertos de aquel día se salvarían sólo dos.

En cuanto al Juicio Final, debe recordarse que tendrá lugar en el valle de Josafat, no lejos de Jerusalem, y después de la resurrección, que habrá puesto a los condenados en posesión de sus hediondos y deformados cuerpos. Cristo dictará la sentencia en lengua siriaca.

En 1274, el Concilio de Lyon fundó el purgatorio. Allí van los que no son malos del todo y pueden beneficiarse con las oraciones y actos piadosos de los vivos.

Enzo Lucione repartió entre los vecinos el folleto creado por Peluffo pensando que una amenaza impresa es más eficaz que una verbal. Sin embargo, la gente siguió pecando.

Los vigilantes, que saben de amenazas, enseñan que el mal prometido debe parecer inminente. No importa tanto la aspereza de un castigo como la certeza y proximidad de su ejecución. Los delincuentes menos dotados sometidos a interrogatorio suelen confesar sus crímenes sólo para terminar con las presiones y los cachetazos. No calculan que el precio de ese alivio será una terrible condena. Las mentes pobres no reaccionan sino ante peligros inmediatos. El Infierno es lejano y acaso inexistente.

Agotados los folletos, Lucione abandonó su misión de salvar almas y se perdió en el olvido.

Saint Germain

Textos de distinta índole han sido hospitalarios con la historia del conde Saint Germain. Su nombre aparece en archivos oficiales, papeles de Estado e informes confidenciales de todos los países de Europa.

Pero también lo encontramos en la literatura, a veces con su propio nombre y otras veces oculto bajo la apariencia de un personaje de ficción.

Es de lamentar que también se hayan interesado en el conde toda clase de esoteristas, alquimistas aficionados y vendedores de elixir.

La interacción de estas tres fuentes produce como resultado un borroso panorama biográfico en donde la desconfianza y el tedio llegan antes que el conocimiento.

Puede decirse que nació el 26 de mayo de 1696 y que era hijo del último soberano de Transilvania, Ferencz II. Poco se sabe de su vida en esos años. Su padre murió en 1735 y un año después se produjo la muerte oficial del conde. Pero, como veremos enseguida, lo más interesante le sucede a Saint Germain después de muerto. Estuvo en Escocia hasta 1745. Estudió alquimia en Alemania y en Austria. Tuvo muchos nombres: marqués de Montferrat, conde Bellamare, caballero Schoenig, caballero Weldon, monsieur de Surmont, conde Soltikoff.

En 1758, el mariscal Belle Isle lo presenta a la Pompadour y luego al rey de Francia. En ese momento tenía sesenta y dos años pero representaba treinta. Era delgado, de mediana estatura y cabello oscuro.

Algunos dicen que tenía crédito ilimitado en todos los bancos del mundo y otros sostienen que no usaba bancos ni banqueros. Jamás pudo conocerse la verdadera fuente de sus recursos. Muchas veces fue perseguido por la policía, pero nunca fue apresado. Ante la menor dificultad, desaparecía misteriosamente.

Daba la impresión de haber viajado mucho. Ostentaba un cierto lujo y lo rodeaba un grupo de fieles sirvientes.

Nadie fue recibido jamás en su casa. Nunca lo vieron comer ni beber.

Decía haber sido inquilino de cuarenta cuerpos en forma suce-

siva. Fue San José, Cristóbal Colón, Roger Bacon, Francis Bacon y el Papa Bonifacio V. Relataba su amistad con Cleopatra, Jesucristo, la reina de Saba, Santa Isabel y Luis XIV.

A veces confesaba que un líquido especial lo había mantenido vivo mil años.

Saint Germain era músico y compositor. Tocaba el piano, el violín y cantaba con registro de barítono. Se le atribuye un aria bastante mediocre llamada *La pérfida inconstancia.*

También pintaba y esculpía. Era ambidiestro y hasta podía escribir con ambas manos a la vez. Hablaba sin acento el inglés, italiano, portugués, español, francés, griego, latín, árabe, hebreo, chino, caldeo, sirio y sánscrito. Leía de corrido la escritura cuneiforme babilónica y los jeroglíficos egipcios.

A veces entraba en trance profundo y se quedaba duro como una estatua durante largas horas. Conoció a Cagliostro, pero no simpatizaron. Volvió a morir en Suecia el 27 de febrero de 1784, pero no está enterrado en ninguna parte.

Por cierto, esta segunda muerte no le impidió conocer a Catalina de Rusia en 1785, ser visto en París en 1789 ni pasear por Roma en 1920.

Sus seguidores le atribuyen la invención del tren y del barco a vapor, dos bagatelas para alguien que ha sabido completar hazañas mucho mayores.

El lector razonable hará bien en desconfiar de todos estos datos, pero no podrá evitar un ingenuo e infantil deseo de que algo sea cierto. Si Saint Germain pudo vencer a la muerte y al tiempo es porque, después de todo, la muerte y el tiempo no son invencibles.

Libros extraños

Usando un criterio amplio bien se puede afirmar que un libro que enseña operaciones mágicas es un libro mágico. En horas más exigentes pediremos que su mera lectura, posesión o manipulación opere prodigios.

En este último sentido, la biblioteca resultante es más bien escasa. Daremos noticia de algunos de sus volúmenes.

Nicolás Flamel, un alquimista del siglo XIV, da cuenta de un libro que —según parece— había sido editado en el infierno.

Para el honrado buscador de extravagancias, los textos herméticos resultan menos ilustrativos que tediosos. Las obvias alegorías, las recurrentes sustituciones, las intimidaciones verbales, casi siempre se quedan en aprontes. El que cita Flamel era dorado y muy viejo. Las hojas no eran de papel ni de pergamino, sino de fina corteza de árboles jóvenes. Estaba encuadernado en cobre y la tapa estaba cubierta de unos caracteres indescifrables.

Se componía de tres fascículos de siete hojas cada uno, la séptima hoja de cada fascículo aparecía en blanco, en previsible metáfora del descanso Divino después de la creación. Los textos, adornados por bellísimas ilustraciones, estaban escritos en latín con la más rebuscada caligrafía.

En la portada se leía en grandes letras: *"El judío Abraham, príncipe, sacerdote, levita, astrólogo y filósofo, saluda y bendice al pueblo judío que la Ira de Dios dispersó por toda la Gaita"*. El resto de la página aparecía lleno de horribles maldiciones para quien osara leer el libro.

Esta truculencia es sospechosa. Cuesta imaginar un texto creado para no ser leído nunca, aunque yo conozco algunos. Las maldiciones son énfasis destinados a aumentar la fe del lector, más que a espantarlo.

Según Flamel, a partir de la tercera hoja se explicaba en sencillas palabras cómo transformar los metales en oro. Al parecer, esta revelación tenía por objeto ayudar al pueblo cautivo a pagar sus impuestos.

Durante ventiún años, el alquimista realizó miles de experimentos. Lo ayudaba en ellos —y en otros— una joven señora llamada Perenelle.

El 25 de abril de 1382 a las cinco de la tarde, Nicolás Flamel transformó una cantidad de mercurio en casi la misma cantidad de oro. La explicación que dejó de aquel hecho es perfectamente inútil y figura en otro libro, un libro convencional, que escribió el propio Flamel y que se llama *"Libro de las figuras jeroglíficas"*.

Contemos de una vez el verdadero hecho prodigioso que operó el viejo libro infernal: la maldición se cumplió y Flamel murió misteriosamente mientras buscaba la receta del arcano que prolonga la vida, o sea, el elixir de la eterna juventud.

Algunos aseguran, sin embargo, que Flamel no murió. El conde de Saint Germain decía que en el siglo XVIII era cosa común verlo caminar por París. Cierto es que el conde de Saint Germain era otro que bien bailaba después de muerto y sus adeptos aún hoy garantizan que se halla vivito y coleando.

Del libro fatal no volvieron a tenerse noticias.

La Sibila de Cumas se presentó en Roma durante el reinado de Tarquino, el soberbio. Traía nueve colecciones de oráculos milagrosos. Su propósito era vender estos libros al rey, pero Tarquino encontró excesivo el precio y no los quiso.

La Sibila insistió. A cada negativa de Tarquino, quemaba tres colecciones. Al fin el rey se decidió a comprar las tres últimas y las depositó en el templo de Júpiter Capitolino.

Durante la república y hasta la época de Augusto, estos libros fueron tenidos por milagrosos y se los consultaba en caso de graves dificultades o desgracias. El resultado de estas consultas era que las calamidades desaparecían como por encanto, salvo cuando se interpretaban erróneamente las respuestas, cosa que sucedía con la mayor frecuencia.

Me atrevo a opinar que el prestigio de estos rollos nace del hecho de haber sobrevivido al fuego.

Es inevitable una cierta devoción por los textos salvados de una catástrofe, de modo especial cuando los perdidos son mayoría.

Todos sabemos que las nueve décimas partes de los libros de la antigüedad están perdidos. Esa circunstancia nos hace venerar a los que han llegado hasta nosotros, aun cuando nadie nos asegure que se trata de los más meritorios.

Manuel Mandeb señalaba la posibilidad de una literatura nacida en ruinas. Es decir, nada se ha perdido, todo fue escrito así, con párrafos faltantes y mintiendo el extravío de palabras que nunca fueron escritas. El final de la teoría de Manuel Mandeb también se extravió.

Dicen que en el barrio de Flores hay dos libros mágicos. Uno es el libro de la verdad, el otro es el de la mentira.

El primero contiene toda clase de nociones exactas. Con la mayor precisión revela el origen del mundo, las fórmulas del arte, los procedimientos del amor. Quien alcanza a leerlo adquiere unos convencimientos verdaderos y unos criterios equilibrados y justos.

Por el contrario, el libro de la mentira sólo consigna falsedades. Quien tiene la desdicha de consultarlo se hace con la más obtusa colección de creencias erróneas.

Un detalle siniestro: el libro de la mentira es falso aun en su título y pasa por ser el libro de la verdad. De modo que sus desventurados lectores creen haber consultado el otro libro. Así, no hay nadie que piense que sus ideas provienen del libro de la mentira.

Se dice también que las influencias veraces o embusteras de estos libros van más allá de los meros datos enunciados en los textos. Al parecer, hasta los pensamientos y episodios más simples de la vida de los lectores se contaminan en un sentido o en otro. Para el lector del libro de la verdad no existen demasiados problemas. Pero el lector del libro de la mentira se convierte en una criatura de espanto. Los jóvenes creen que son viejos. Los rechazados se creen admitidos. Los que alguna vez viajaron al Paraguay piensan que no han ido nunca.

Señalo un matiz: la mentira no siempre es opuesta a la verdad. Para mentir el camino del norte no es necesario señalar el sur. El nor-noreste ya es mentira. La siguiente idea es inevitable. El universo de la mentira es mucho más grande que el de la verdad. El libro de la mentira debe tener muchas páginas.

Hablaré de otro libro: el legendario Libro del Olvido. Como ustedes sabrán, avanzar en su lectura es ir limpiando la mente de recuerdos. La última página nos deja limpios de ayeres. La leyenda asegura que el libro tiene un texto cualquiera. Tal vez no es sino un ejemplar de *Los miserables.* Pero ese ejemplar, y sólo ése, es en verdad el Libro del Olvido y el lector no lo sabe y mientras conoce las desventuras del protagonista se interna en el brumoso país de la desmemoria.

Sin embargo, no se sabe de nadie que haya completado su lectura. Desde luego, quienes lo hicieron lo olvidaron. Esta misma circunstancia impide la localización del libro, cuya apariencia, estado y ubicación también han sido olvidados.

Algunos dicen que hay más de un Libro del Olvido y que son

muchos los ejemplares mágicos que anulan los recuerdos. Hay también quienes leen para olvidar una pena y recorren bibliotecas enteras con la esperanza de hallar el Libro del Olvido. Y finalmente, están los que se preguntan si todos los libros no serán el Libro del Olvido, si no es cierto que toda memoria está destinada a borrarse, que toda pena desaparecerá del peor modo, que somos un relámpago en la noche eterna.

Tranvía

Tal vez fue en Villa Urquiza. Manuel Mandeb venía vaya a saber de dónde. En cierto momento, al llegar a un empedrado se encontró con los rieles del antiguo tranvía.

No es posible saber qué silogismos se trenzaron en su cabeza. El caso es que se detuvo en una esquina y se puso a esperar.

Ya era tarde. Pasaron horas. Un paseante curioso se le acercó.

—Lo veo desorientado ¿Puedo ayudarlo?

—No, gracias. Estoy esperando el tranvía.

El hombre le informó que hacía muchos años que ya no pasaban tranvías por allí.

—No importa. Esperaré.

Cada tanto se asomaba hasta el medio de la calle y un poco agachado escudriñaba el horizonte.

A veces caminaba algunos metros por la calle lateral, hasta que súbitamente volvía corriendo a la esquina, temeroso de que el tranvía apareciera justo en medio de sus modestas excursiones.

Más tarde, recordó que en este mundo las cosas se demoran cuando perciben que son esperadas. Resolvió ejercer el disimulo mirando en todas direcciones menos en aquella por la que podría aparecer el tranvía.

Llegó el amanecer. Vecinos madrugadores le sugirieron la conveniencia de tomar el colectivo 107 pero Mandeb ya había tomado una decisión.

Durante la mañana, hizo algunas amistades ocasionales. El tránsito era un poco más denso, lo que lo obligaba a prestar más atención.

Llegó la tarde y otra vez la noche. En verdad pasaron muchos días. Por momentos Manuel Mandeb sentía que su fe se quebrantaba. Muchas veces sintió la tentación de optar por otros medios de transporte que se le ofrecían seguros, concretos, convincentes. Pero él esperaba el tranvía.

Las gentes del lugar le cobraron cierta simpatía y le convidaban pan y vino. En cierta ocasión fue a comprar cigarrillos y al volver pensó que tal vez en su ausencia el tranvía había pasado. Algunas personas le aseguraron que no, pero un hombre que espera tranvías no confía en nadie.

A veces se engañaba con luces prometedoras que finalmente eran el desengaño de un camión. A veces sentía que el momento estaba cerca y hasta llegaba a contar las monedas.

Nadie puede saber cuándo sucedió. Pero una noche, en el fondo de la calle apareció una luciérnaga. Y luego se oyó un llanto mecánico. Poco después, amarillo y reluciente, un hermoso tranvía se detuvo frente a Manuel Mandeb. Desde el interior, un guarda fantasmagórico lo miró como convidándolo.

Mandeb permaneció quieto unos instantes y luego, sin decir nada, se alejó caminando lentamente. Un rato más tarde subió en un taxi y con voz firme ordenó:

—Artigas y Aranguren.

Los *Thugs*

Kali es una diosa compleja. Se la puede nombrar de distintas maneras: Bhava-Tarini, Durga, Parvati, La Negra, La Terrible.

Se dice que Agni, el dios del fuego, tiene siete lenguas de llamas. De estas, la más espantosa se denomina Kali. Pero en general se entiende que la diosa es la mujer de Siva, el dios de la disolución y la destrucción, cuyo símbolo es la linga.

Suele representársela de pie sobre el cuerpo tendido de su esposo. Lleva un cinto del que cuelgan brazos seccionados. Luce un collar de calaveras y tiene cuatro manos.

Cierta vez, apareció un demonio que se comía a los hombres a medida que iban siendo creados. Era tan enorme, que el mar profundo le llegaba apenas hasta la cintura. Dominaba toda la tierra.

Kali lo enfrentó. Lo hirió con su espada, pero de cada gota de sangre surgía un demonio nuevo. La diosa se apresuró entonces a chupar minuciosamente toda la sangre derramada. Después, con el sudor de sus brazos creó a unos hombres: los Thugs. Les dio un pañuelo a cada uno y les indicó que estrangularan a los demonios sin derramar sangre.

Así el mundo se libró de aquellos diablos espantosos.

Kali dejó a los Thugs sus pañuelos como distintivo de su colaboración y les indicó un deber religioso: el asesinato por estrangulación y sin derramamiento de sangre.

Así explicaban su origen los adeptos de esta secta de criminales hereditarios que durante ocho siglos anduvieron descalzos por todos los caminos de la India.

Parece que en los primeros tiempos, la diosa aparecía al final de las matanzas y se tragaba todos los cadáveres. Durante esa operación, los asesinos debían permanecer de espaldas, sin mirar. Pero un día, un novato se atrevió a espiar el banquete de la diosa.

Kali, herida en su pudor divino, declaró que ya no volvería a velar por la seguridad de sus fieles y les dejó a ellos la tarea de ocultar los sacrificios. Así los Thugs padecieron la indiscreción de los vecinos y más tarde la persecución de las autoridades inglesas.

Marchaban siempre en cuadrillas de entre quince y doscientos hombres que juraban valor, sumisión y secreto. Hablaban un idioma que se ha perdido, el ramasí, y tenían un sistema de señas

y gestos secretos.

Su escalafón presentaba cuatro jerarquías: los Soothas o Seductores, que atraían a los viajeros con cuentos y canciones; los Boothoes o Ejecutores, que se encargaban de la estrangulación; los Iniciados u Hospitalarios, que cavaban las tumbas y los Purificadores, cuya misión era despojar a los muertos.

Obedecían a un jefe de distrito, el Jemadar. Los asesinatos se realizaban con el mayor fanatismo, sin perdón ni piedad. Los Thugs estaban convencidos de que su salvación dependía de sus crímenes y creían que las víctimas viajaban a un mundo mejor que éste.

Eran maestros en el arte de la traición y el disfraz. Con toda frecuencia, se contrataban como escoltas contra ellos mismos. En tales casos, acompañaban a los incautos hasta el punto exacto en donde convenía efectuar la matanza. La ya citada prohibición de derramar sangre les obligaba a infinitos rodeos y trampas para dejar a la víctima indefensa. En realidad, Thug significa engañador.

No todas las personas podían ser asesinadas. Kali protegía a los orfebres, lavanderas, poetas, músicos, aceiteros, bailarines, carpinteros, faquires, barrenderos, mutilados y leprosos. También estaban a salvo los Sikhs, miembros de una comunidad religiosa que mezclaba el hinduismo con el Islam.

La presencia de uno solo de estos privilegiados en una caravana salvaba a todos los integrantes, pues era costumbre de los Thugs el no dejar testigos vivos.

Antes de cada asalto, realizaban el sacrificio de una oveja, cumplían con las oraciones rituales y esperaban señales. Después de los asesinatos, había un festín sobre las tumbas, con una sábana como mantel. Sólo podían participar los que ya habían matado alguna vez.

A partir de los diez años, se permitía a los niños acompañar a las partidas. Servían de cebo. A los dieciocho ya podían cometer crímenes.

En general, solía perdonarse la vida a los chicos para convertirlos en Thugs. A las niñas las vendían para el ejercicio de la prostitución. Jamás violaban a las mujeres y mostraban con ellas una notable cortesía.

Como los asesinatos no siempre eran suficientemente lucrativos, cada Thug tenía otras ocupaciones. Tratándose de gente sometida a una estricta moral, cabe suponer que eran padres afectuosos y vecinos serviciales.

En el siglo XIX aceptaron modernizarse y llegaron a reemplazar la estrangulación por el envenenamiento. El nuevo y expeditivo procedimiento dio origen a los Whatoorea, es decir, los grandes envenenadores ante el señor.

Los ingleses llegaron a creer que todos los años se inmolaban de treinta mil a cincuenta mil vidas humanas en el altar de la diosa fatal. El más célebre de los estranguladores, Buhram de Allahabad mató más de novecientas personas en cuarenta años de profesión. Otro señor llamado Ramson había alcanzado los seiscientos ocho asesinatos.

El capitán William Sleeman recibió en 1830 la comisión de exterminar a los Thugs. Animado por unos inversos entusiasmos, capturó y decapitó a unos dos mil Thugs por año. Estas matanzas se efectuaban no en nombre de la diosa Kali, sino en cumplimiento de la ley.

Otro militar, el capitán Patton, ofreció al gobierno inglés un informe con la localización de los lugares donde los Thugs habían estrangulado y sepultado a sus víctimas. Figuraban allí todas las sepulturas rituales de la provincia de Uda, donde vivían la mayor parte de los fieles de la diosa Kali.

Cuando eran apresados por los ingleses, los Thugs aceptaban su suerte con resignación. No temían a la muerte. Algunas veces se intentaba una rehabilitación, casi siempre de un modo infructuoso.

Un detalle delicado: la reina Victoria poseía una alfombra tejida por los Thugs.

Desaparecidos los estranguladores, el mundo moderno ha puesto otros peligros en sus caminos.

Ante la necesidad vulgar de una moraleja, puedo decir que siempre es preferible el que mata por despecho al que mata por ideología. Los meros criminales pueden arrepentirse, los que matan en nombre de unas convicciones son irredimibles. Un malandra en menos peligroso que un fanático.

Agencia de aventuras

El poeta Jorge Allen tenía por costumbre emplearse como amanuense en casas de comercio, menos para prosperar que para asegurarse la vecindad de señoritas de las que se enamoraba. Allá por sus treinta y tres años consiguió colocarse en una compañía de seguros en la que trabajaba Susana Ayerbe, una rubia de amplia pechuga y estrecho criterio que lo había rechazado en un bailongo. Después de algunos meses de insistencia, Allen se hizo novio de Susana.

Vencida su terquedad, la rubia perdió su virtud más estimulante. Pero Allen, como muchos hombres, persistía en amoríos sin valor por la sola razón de haber perdido mucho tiempo en concretarlos. Como no se atrevía a admitir que estaba aburrido, se arrastraba entre lastimosos conflictos cotidianos a los que procuraba inútilmente disfrazar de tragedias. Sin darse cuenta, había sido atrapado por los horarios y los escalafones. Llevaba una vida ordenada, en el peor de los sentidos. A veces, percibía el rumbo humillante de sus días. Entonces se justificaba hablando del milagro del amor.

La oficina le permitía además, el placer de ser cruel con una pobre muchacha que le andaba atrás. Margarita, secretaria sin novio, tímida y feúcha, jugaba con entusiasmo a la tragedia del amor imposible. Así transcurrían los días de Jorge Allen.

Una tarde un hombre lo abordó al salir de la oficina. Era un individuo dotado de una desagradable simpatía. Dijo llamarse Gilberto. Se acreditó como vendedor de la Agencia Tritón y le ofreció al poeta sacarlo del infierno de la vulgaridad. Le habló de las ventajas de lo incierto.

—Los cobardes pagan para que nada raro les suceda. Contratan seguros e instalan cerraduras. Yo lo convido a pagar para librarse de la protección del tedio.

—Dígame qué vende —lo apuró Allen—. Así voy pensando cómo negarme.

-Vendo aventuras. Vendo recuerdos para su futuro. Por una módica suma, la agencia que represento hará que su vida se llene de episodios emocionantes.

Jorge Allen declaró que las aventuras del amor eran las más fantásticas, que no tenía dinero y que no existían dichas mayores que

la suya.

—¿De dónde saca usted que vengo a ofrecerle dichas? Deje el optimismo para los timoratos. Yo le estoy vendiendo algo pernicioso, incompatible con la molicie de la vida mezquina. La grandeza es preferible a la felicidad. Si usted quiere, puedo mostrarle nuestros folletos.

Allen lo despidió prometiendo que su amor por la señorita Susana Ayerbe era al mismo tiempo generador de felicidad y grandeza.

El vendedor, antes de irse, le dijo que pronto iba a acercarle unas muestras gratuitas.

Pasó algún tiempo. Una noche, cuando el poeta llegaba a su casa, unos hombres de traje negro lo obligaron a subir a un auto y lo llevaron a una especie de casino gigantesco. Allí tuvo que apostar todo su patrimonio a una baraja. Perdió. Inmediatamente se le acercó una muchacha y le propuso que se revolcaran sobre una mesa de ruleta. Allen estaba por aceptar cuando apareció Gilberto, el vendedor aceitoso, para advertirle que todo aquello no era más que una mera demostración de los servicios que prestaba la agencia.

-Esto no es nada, caballero. Con nuestro plan "Ruinas Gloriosas" usted podrá perder lo que no tiene y pudrirse en una cárcel turca acusado de estafa.

Jorge Allen juró que lo pensaría y se fue corriendo a ver a su novia.

Desde entonces no pasaba una semana sin que los empleados de la agencia se presentaran con una muestra gratis de sus aventuras: mujeres desnudas escondidas en la heladera, jaurías de perros enloquecidos, asesinos coreanos que le perdonaban la vida en el último instante, padres sicilianos que exigían un casamiento perentorio con una hija deshonrada. Gilberto insistía, pero Allen no estaba interesado. Comentó el caso con Susana y, mientras miraban televisión, le aseguró que ella era su más grande aventura.

Es indispensable decir ahora que Allen odiaba la rutina, los escalafones y las seguridades. Pero para él, la última de las mujeres valía más que cualquier convicción. Así, por puro capricho, se hundía cada vez más en estúpidas intrigas de oficina, en odios miserables, en delaciones burocráticas.

Manuel Mandeb, Ives Castagnino y el ruso Salzman, sus amigos del barrio de Flores, trataban de rescatarlo de aquel mundo

vergonzoso para llevarlo por los viejos y nobles caminos de la holganza, la especulación filosófica, la música y la polifonía amorosa. Margarita, la feúcha, también hacía su patético esfuerzo por cambiar el destino.

El poeta apenas si le hablaba alguna vez.

-Margarita... ¿Ha visto a la señorita Susana?

Una tarde de verano, la chica resolvió jugar de una sola vez sus fichas escasas.

-Señor Allen, usted sólo parece tener ojos para la señorita Susana.

-Bueno... Sucede que ella y yo... Usted comprenderá...

-Yo sí comprendo, pero usted no.

Allen sintió el peligro de una confesión, pero invadido por una maldad forastera, la alentó.

—Explíqueme entonces.

Margarita empezó a hablar de alguien que oculto en las sombras esperaba. De alguien que velaba en secreto. De alguien que se reservaba deseos ardorosos. En resumen, hizo una explícita declaración fingidamente embozada.

Por suerte, en el mejor momento se presentó la mismísima Susana acompañando al señor Gilberto. Allen los hizo pasar inmediatamente a su escritorio.

El vendedor aceitoso se peinó las cejas con saliva.

-Señor Allen, he sabido que nuestros empleados le han acercado algunas pequeñas muestras. Ahora ya conoce el poder de Tritón. Le traje unos formularios por si desea firmar ya.

-Lo siento, creo que no firmaré.

Gilberto manifestó una cósmica sorpresa ante el inexplicable rechazo de un destino extravagante. El poeta lo frenó en seco.

—Yo ya tengo mi propia aventura... O mejor dicho, nuestra propia aventura. ¿No es cierto, Susana?

—No exactamente —dijo la rubia y bajó la vista.

Gilberto borró por un momento su sonrisa.

—No sé cómo decírselo, señor Allen, pero la señorita Susana fue parte de una de nuestras demostraciones.

Allen no podía creerlo.

-¿Muestra gratis? ¿El más grande amor de mi vida una muestra gratis? Por favor, díganme que todo esto es una broma.

Gilberto aseguró que la Agencia de Aventuras Tritón procedía siempre con seriedad proverbial.

Entonces el poeta empezó a maldecir en voz alta del modo más

soez. Después de pegar algunos golpes sobre el escritorio, declaró que no quería saber más nada de aventuras, de vendedores, ni de putas de cuatro pesos.

Sin perder la calma, Gilberto habló con acento de profeta.

-Señor Allen, nadie, absolutamente nadie puede dejar de contratar nuestros servicios. Todo lo que sucede en el mundo es obra nuestra. Si nosotros no existiéramos la historia permanecería inmóvil... Nadie amaría... nadie moriría... Decídase. ¿Qué plan quiere?

Susana Ayerbe se creyó en el caso de intervenir.

—Podría ser nuestro plan ejecutivo: países exóticos, premios, distinciones, honores.

Allen la fulminó con la mirada.

-Muéstreme lo más barato que tenga.

Gilberto sacó un formulario.

-Acertada elección. Si bien se mira, todas las aventuras son iguales: vivir sin esperar mucho y un día morirse. Son treinta pesos;

Allen firmó, pagó con billetes arrugados y adoptando un aire digno llamó a Margarita.

-Hágame el favor... Acompañe al señor Gilberto hasta la puerta. La señorita Susana creo que sale con él. Ah, otra cosa, Margarita... hoy cenaremos juntos. Usted tiene razón: a veces no nos damos cuenta de los afectos que tenemos cerca.

Gilberto intervino rápidamente.

—No se gaste, mi amigo. Margarita es también una de nuestras demostraciones.

Jorge Allen renunció a la oficina y arrastró sus penas por mejores rumbos. En el barrio de Flores, algunos empezaron a creer en la existencia de una empresa que vendía aventuras y que era el motor del mundo. Otros prefirieron pensar en una sencilla estafa de treinta pesos.

El fantasma III

Durante todos aquellos meses trabajé como nunca. La esperanza de conseguir la flor prodigiosa me había devuelto la energía. En agosto, el fantasma me preguntó por la Mujer Más Amada.

-¿La ha visto últimamente?

-Muy poco. Me han dicho que sale con un hombre vulgar y que se esfuerza por merecerlo.

El espectro sonrió con discreción y empezó a hablarme del paraíso musulmán.

-Por el Profeta sabemos que hay siete cielos. El primero es de plata y las estrellas cuelgan de la bóveda sostenidas por cadenas de oro.

El segundo cielo es de acero bruñido y Mahoma pudo conversar allí con Noé.

El tercero está hecho de piedras preciosas. Allí está el ángel de la muerte. Se trata de una criatura enorme. Sus ojos están separados por setenta mil jornadas de camino. Se ocupa de mantener al día un libro en el cual se anotan los nombres de quienes nacen y se borran los de quienes mueren.

El cuarto cielo es de plata fina. Un ángel, cuya altura es de quinientos días de camino, derrama ríos de lágrimas causadas, sin duda, por la maldad de los hombres.

En el quinto cielo, que es de oro, vive el ángel de la venganza, cuyo aspecto es adecuadamente horroroso.

El fantasma se puso de pie. Yo miraba la flor milagrosa.

-El sexto cielo es de piedra transparente. El ángel que atiende allí es mitad de nieve y mitad de fuego. Al parecer, se ocupa de tareas de vigilancia.

En el séptimo cielo Mahoma se encontró con una criatura angélica de increíble dimensión. Era más grande que la tierra. Tenía 70.000 cabezas. En cada una de ellas había 70.000 bocas y cada boca hablaba 70.000 lenguas que cantaban la gloria de Dios.

Yo me atreví a objetar que el número de idiomas que presuponía esa cosmología era 70.000 al cubo, lo que implicaba suponer que había más lenguajes que criaturas parlantes. El espectro ni se mosqueó.

—A la derecha del trono divino crece el árbol Cedrat. Sus ramas son más extensas que el espacio que separa el sol de la tierra. Multi-

tud de ángeles se recrean a su sombra y unos pájaros inmortales repiten versículos del Corán.

Sus frutos son suaves y dulces. Uno solo de ellos podría alimentar a todos los seres vivientes.

De sus semillas provienen las Huríes, unas jóvenes de altos senos, destinadas a complacer a los creyentes. Se dice que su virginidad se restaura después de cada acto amoroso. Otros sostienen que una sola gota de su saliva podría endulzar el agua del mar.

Por un instante, me pareció verlo suspendido en el aire.

—Hay también otro árbol que tiene tantas hojas como habitantes hay en el mundo. En cada una de ellas hay escrito un nombre. En la noche del Kadir el árbol se agita y caen algunas hojas. Las personas cuyos nombres estén escritos en tales hojas morirán durante el siguiente año.

Un detalle más: en el paraíso islámico todos visten de verde.

—¿Qué sucede con los enamorados rechazados?¿Alcanzan su amor en el cielo?

El fantasma pensó un poco y luego murmuró:

—No lo creo.

Tratado de música y afines

Es el título con que se conoce el método de enseñanza musical elaborado por Ives Castagnino. La obra debió tener una extensión desmesurada. Lo que hoy conocemos de ella es, seguramente, menos de la mitad.

El hallazgo del manuscrito es mérito de Manuel Mandeb, como también es suya la culpa del extravío de numerosos capítulos. Se sospecha que muchos fragmentos de importancia decisiva han sido utilizados por el polígrafo de Flores para encender la estufa, para realizar anotaciones del juego del chinchón, o para transmitir instrucciones al sifonero.

El libro comienza con una serie de amenazas destinadas a disuadir a los aspirantes, señalando las innumerables dificultades y las nulas alegrías que el estudio de la música depara. Transcribimos algunos párrafos:

• Capítulo I "Nociones Preliminares"

Es necesario evitar que el arte caiga en manos de los canallas. No hay peor desgracia para la humanidad que un artista perverso. Yo he conocido a algunos de ellos. Poseen la técnica y los secretos de la música. Son diestros, pero la maldad contamina toda su obra. Observe el alumno lo que voy a señalarle: la obra no puede ser mejor que el artista. Nuestros valsecitos se nos parecen. Una milonga tocada por un canalla es siempre canallesca, por más acordes que tuviere.

• Capítulo XV "Afinación de la Guitarra"

Tómese la guitarra y afínesela del siguiente modo: la primera cuerda será un mi, la segunda, un si y luego un sol, un re, un la y un mi.

Ahora deje la guitarra y salga a la calle. Empiece a mirar las cosas que suceden y trate de hallar un significado o una emoción en ellas. Hágase contar algunas historias del pasado. Después, enamórese. Incurra en ilusiones, padezca desengaños. Si se actúa con paciencia, no tardará en llegar la soledad y la melancolía. No se apresure. Al principio será un poco difícil, pero al cabo de un número indeterminado de años, se estará en condiciones de pasar al ejercicio siguiente.

• Capitulo XVI "Ejercicio Siguiente"

Cumplido el ejercicio anterior, vuelva donde dejó la guitarra, revise la afinación y con los dedos índice y mayor toque las cuerdas al aire hasta que se pudra.

• Capítulo V "Teoría de la Música"

a)¿Qué es música?

Música es el arte de combinar los sonidos. Bueno, algunos sonidos. Si usted combina el ladrido de un perro con el estruendo de una apisonadora de tierra, el resultado no tendrá mucho que ver con la música.

Alguien podría interpretar la definición del comienzo según un criterio restringido y protestar que los sonidos mentados deben ser notas musicales. Música es el arte de combinar notas: veamos. Combinemos las notas do, mi, do, do, re, re, mi. Hemos quedado en las puertas mismas de "Sobre el puente de Avignon". Pues bien, eso no es música.

b)¿Qué es ritmo?

Son sonidos que ocurren a intervalos regulares. El alumno pensará: "tocar el timbre de una casa todos los domingos es ritmo". "Quizá", es mi respuesta.

Haga el siguiente ejercicio. Tome un palo y comience a golpearlo sobre una mesa a intervalos regulares. "¿Estoy haciendo ritmo?", se pregunta el alumno mientras pega ferozmente. Quizá.

El método de Castagnino es arbitrario. Aspectos sin mayor importancia son examinados con insoportable minuciosidad. Y hay -por el contrario- puntos fundamentales que apenas se rozan. El sencillo concepto del silencio le demanda al autor noventa y dos carillas, asoladas de salvedades, arrepentimientos y contradicciones. En cambio, no es posible encontrar sobre el arte de la fuga otra cosa que una llamada en la página 15 que nos remite a la página 69. Desde allí se nos envía a la página 806, donde encontramos la indicación de regresar a la página 15.

Los estados de ánimo de Castagnino influyen poderosamente en sus explicaciones. El capítulo XXIV es repetido seis veces, por sospechar el autor que los lectores no lo han entendido. En la página 1040 hallamos una amarga queja en la que se expresa la sensación de la inutilidad de todo trabajo didáctico, para desembocar inmediatamente en el relato de un episodio sentimental con una

alumna.

El tratado no sirve evidentemente para aprender música. Pero nos permite conocer los extravagantes pensamientos de Castagnino.

• Capítulo CXVI "Inexistencia del Melómano"

Casi todas las personas garantizan, al ser interrogadas, su gusto por la música. Resulta muy difícil, por no decir imposible, dar con alguien que aborrezca cualquier expresión musical. Sin embargo, me atrevo a asegurar al alumno que la humanidad miente. La música no le gusta a casi nadie. Lo que en verdad gusta es aquello de lo que suele venir acompañada, las atracciones anexas de las que se vale para cautivar a las muchedumbres.

Estamos hablando de las luces que iluminan a los cantantes, de los trajes que éstos usan, de su apariencia seductora. Estamos hablando del efecto hipnótico del baile y de cualquier repetición de movimientos. Estamos hablando de las letras de las canciones, de la doctrina que suele acompañar a los géneros, de su simbolismo político. Estamos hablando de las mujeres que es posible conocer en los conciertos, de la fama que consiguen los que cantan, de los escándalos que protagonizan, del deseo que surge en nosotros de irnos a la cama con una estrella. Pues bien, son estas cosas y no la música lo que la gente ama.

Los maestros suelen enseñarnos a disfrutar de las grandes obras explicando el significado de ciertos efectos musicales. Esas notas graves en mitad de la Polonesa son en verdad los soldados rusos. En la obertura 1812, algunos críticos ven un parte de guerra de la batalla de Borodino. El tango El amanecer *está lleno de violines que imitan a los pajaritos. Tengo malas noticias, la música no consiste en relatos ruidosos. La música no alude a nada. Puede existir aun sin el Universo, no necesita nombrarlo ni dibujarlo. Puede existir sin espacio (¿quién puede señalar el costado izquierdo de un vals?). En realidad, sólo necesita tiempo.*

Adivino que el alumno lector ya se habrá puesto a la defensiva y pretenderá ocupar un lugar entre los escasísimos melómanos que existen. ¡No mienta, alumno! A usted tampoco le importa la música. Me imagino que el despecho habrá de despertar en el discípulo el deseo de acusar al autor de estas líneas de pertenecer él también a la oceánica legión de indiferentes. Pues es verdad, no me importa la música.

Amo, eso sí, el dulce llanto que me provoca. Los delicados razonamientos que me inspira. Amo la forma en que rima con mi tristeza. Amo la hermandad de los acordes y el aparente litigio entre escalas simultáneas. Amo leer como cartas de amigos muertos las antiguas par-

tituras. Estas cosas, claro, no son la música.

- Capítulo XXX "De la velocidad"

Las personas poco avisadas dan en creer que los mejores músicos son también los más veloces. Esta misma idea es mantenida por algunos músicos, quienes pasan la vida adiestrándose para tocar ligerito. Personalmente detesto la acrobacia musical. Sin embargo, el alumno deberá someterse a los más arduos rigores durante su aprendizaje. Y así ensayará complicadísimas escalas y arpegios, que después no tocará nunca.

El *Tratado de Música y Afines* no se publicó nunca. Es posible que Ives Castagnino haya copiado algunos capítulos para sus alumnos. En el original que llegó hasta nosotros, el texto se interrumpe bruscamente (no se sabe si por culpa de Castagnino o de Mandeb) en la página 2.159. La última entrada es sencilla y pintoresca.

• Capítulo DXI "De los Adornos"

Los adornos son como firuletes que tiene la música.

Olores

El pintor Lucio Cantini tenía la fuerte sensación de ser un artista marginal, inadaptado, beligerante y rebelde. Según sus vecinos de la calle Álvarez Jonte, Cantini se esforzaba en resaltar estas fogosidades de su temperamento para ocultar en la penumbra del segundo plano la torpeza innegable de su técnica.

Cada vez que alguien le hacía notar sus chambonadas, Cantini protestaba que esa era su manera de oponerse a un Universo cruel e injusto.

Junto a otros artistas, tan chucaros como él, organizaba unas animadas exposiciones en un club de la calle San Blas. Los vecinos, amantes quizá de formas pictóricas más clásicas, solían arrojar cohetes y buscapiés en medio de las muestras. Su exposición *Pintura Especular* le concedió un efímero renombre.

Los cuadros eran en realidad espejos. De este modo, cada persona veía una obra distinta. Esto puede explicar las sustanciales diferencias de opinión que los cuadros suscitaron. Allí donde el autor veía un autorretrato, los críticos se obstinaban en ver un crítico.

Pero el genio de Cantini alcanzó máxima expresión en la famosa *Exposición de Olores en* 1965.

El artista colocó, en distintos rincones del salón, sustancias que producían olores de toda índole.

Cerca de la puerta, una fragancia de rosas. Más allá, el hedor de los basurales. En el fondo, un exótico aroma de maderas de Oriente. A la izquierda, la fetidez de un perro mojado.

La interpretación y evaluación de estas creaciones no era cosa fácil.

Los espectadores no sabían cuándo la influencia de una obra era reemplazada por otra, para no hablar de la fragancia aportada por ellos mismos.

Algunos críticos progresistas objetaron el carácter realista e ingenuo de la exposición. Pedían la aparición de olores no convencionales: el olor de la angustia, el olor de la sabiduría, el perfume de la perplejidad. Cantini reaccionó y fue mucho más lejos: generó aromas abstractos, no alusivos. Olores puros sin causa aparente. Pero el público insistía en hallar semejanzas con los olores

vulgares de la vida cotidiana.

Un hecho notable: la exposición iba modificándose con los días y se hacía cada vez más ostensible y más fuerte. Por otra parte, las obras expuestas iban perdiendo sus diferencias, coincidiendo en un general olor a podrido.

Los vecinos intolerantes que antes mencionábamos entraron una noche e incendiaron la Exposición de Olores, pretextando defender el honor de sus familias.

Lucio Cantini, borracho y un poco chamuscado, gritaba enloquecido, mientras caminaba entre las llamas y aspiraba las humaredas, que aquel último olor era la coronación purificadera de un hecho artístico que había sido al mismo tiempo efímero e inmortal.

Venganza I

El rey Francisco I de Francia era un soberano muy galante. Los cronistas de la época aseguran que solía ejercitar su vigor hasta ocho veces en un día. Entre tantas queridas como tuvo figuraba la esposa de un abogado llamado Jean Feron. Usualmente, los esposos de las amantes del rey se mostraban complacientes y tal actitud era bien recompensada.

Pero Feron enloqueció de celos y resolvió vengarse de su mujer y de Francisco. Para ello empezó a frecuentar los burdeles tratando de contagiarse la sífilis. Era su propósito infectar a su esposa para que ésta contagiase luego al rey.

Algunos historiadores opinan que lo logró. Efectivamente, Francisco I fue uno de los sifilíticos más célebres de Europa, y en general suele creerse que murió a causa de esa enfermedad. Sin embargo, los médicos que le hicieron la autopsia hallaron un abceso en su estómago, los riñones deshechos y las entrañas podridas. Por otra parte, el diario íntimo de su madre, Luisa de Saboya, nos revela que Francisco había contraído el mal de Ñapóles en 1512, mucho antes de conocer a la mujer de Feron.

No sabemos si el abogado llegó a conocer la inutilidad de sus procedimientos. Algunos consideran que hubo aquí una segunda y definitiva venganza, ejercida previsiblemente por el destino. Otros, como Manuel Mandeb, opinan redondamente que la venganza amorosa es una institución inútil. Dice Mandeb: "El enamoramiento genera inferioridad. El amado ejerce un dominio, un poder sobre el amador. Es ese poder el que lo capacita para causar daño. Suele suceder que algunos actos del que domina lastiman al dominado. Los reclamos y argumentos legales son generalmente desoídos por el poderoso. Y es allí donde el herido siente deseos de vengarse. Pero las mismas circunstancias que lo empujan a la venganza son las que le impiden concretarla. Para vengarse de alguien hay que ejercer un poder. Muchas veces el amante despechado aguarda largos años un cambio en la situación, una modificación en los sentimientos del otro, y en los propios, que le permita situarse en una posición ventajosa. Si esto ocurre, si el dominado pasa a ser dominador, la venganza es posible. Pero entonces ya no es deseada."

Es decir, uno desea vengarse cuando no puede y cuando puede no lo desea. Por lo tanto, la venganza amorosa es imposible.

Venganza II

El actor y dramaturgo Enrique Argenti solía representar una obra que él mismo había escrito y que narraba la historia de un hombre que se vengaba de sí mismo. El comienzo era un lugar común de los relatos psicológicos: el protagonista odia su propia conducta y trata de castigarse.

Una noche, víctima de espantosos remordimientos, el individuo se rompe una botella en la cabeza y se desmaya.

Ya recuperado, da en pensar que el castigo que se propinó fue excesivo e injusto. Como se trata de un ser vengativo, resuelve devolverse el golpe y se da una puñalada en el costado.

Las venganzas sucesivas y crecientes prosiguen durante toda la obra. El hombre es al mismo tiempo Montesco y Capuleto. Y no hay en su compleja psique ni un solo personaje conciliador que ponga fin a las ofensas. Naturalmente, como toda cadena de venganzas, la historia termina con la muerte del protagonista, o mejor dicho, de los protagonistas.

Fuentes de la juventud

Envejecer es, antes que nada, injusto. Y el hombre noble no se resigna jamás ante la injusticia.

Varones eminentísimos han luchado contra el tiempo. El carácter inevitable de la derrota sólo desalienta a los cobardes.

A través de los siglos, se ha buscado la Fuente de la Juventud, que es también fuente de justicia y reparación para quienes han sufrido las consecuencias de un Universo mal hecho.

Los dioses del Olimpo renovaban su vigor con el néctar y la ambrosía.

El néctar es un licor dorado y transparente, que no emborracha pero inspira al bebedor maravillosas canciones, poesías, ideas y palabras inteligentes.

La ambrosía es una sustancia parecida a la tarta de queso. Su nombre tal vez proviene de *a brotas,* que en griego significa "no mortal".

Los dioses escandinavos lograban beneficios parecidos gracias a las Manzanas Doradas de la Juventud. La diosa Idunn las llevaba siempre consigo preservándolas de los extraños.

En una ocasión, el gigante Thiazi capturó a Loki, el más traicionero de los dioses, y lo utilizó para atraer a Idunn y sus manzanas hasta su cabana. Idunn cayó en poder del gigante y los dioses del Asgard empezaron a envejecer y a debilitarse. Finalmente, el mismo Loki rescató a Idunn convirtiéndola en una nuez y transportándola por los aires.

Entre los dioses chinos, la inmortalidad proviene de unos duraznos que crecen en el jardín de Hsi Wang Mu, reina del oeste del continente llamado Kun-lun. Su esposo es Tung Wang Kung, rey del este. Ella es el yang y él es el ying.

El Kun-lun es uno de los diez continentes de la cosmología taoísta. Tiene nueve pisos. Quien logra escalarlos llega a las puertas del cielo. Bajo la tierra también tiene nueve pisos, que conducen al infierno. Los estanques de la región son alimentados por un agua amarilla, que proviene de tres fuentes escarpadas: bebiendo de la primera, llamada *fresca brisa,* uno se hace inmortal. Si se escala la segunda, doblemente alta, que lleva el nombre de *jardín colgante,* se convierte uno en un espíritu dotado de poderes mágicos. Escalando la tercera, doblemente más alta que la anterior y

que se conoce como *vergel,* puede uno desde allí ascender al cielo y convertirse en un espíritu divino.

El jardín de la reina está alrededor de un espléndido palacio y allí pasan el tiempo los inmortales, en un interminable ciclo de juegos, fiestas y pasatiempos. De vez en cuando Hsi Wang Mu aumenta el número de inmortales regalando un durazno a algún humano meritorio. Estos obsequios son raros y en realidad los duraznos maduran sólo una vez cada seis mil años.

También se habla de tres islas de la inmortalidad. Son Fang-chang, Peng-lai y Ying-chou. La primera se encuentra precisamente en la mitad del mar oriental. Sus costas forman un cuadrado de cinco mil millas de lado. Hay palacios de oro, jade y cristal. Hay también dragones. Los inmortales que no quieren remontarse al cielo, se dirigen a la isla y reciben el documento de vida primordial. Hay varios cientos de miles de inmortales. Todos montan en grullas. Pueden sojuzgar demonios y hacerse invisibles. Mantienen siempre un aspecto juvenil, laboran los campos y cultivan la hierba de la inmortalidad.

En Peng-lai, crece el hongo de la inmortalidad, en busca del cual partieron muchas expediciones. Se trata de una isla donde crecen árboles de piedras y coral. Los habitantes son hadas e inmortales voladores. El emperador Si-huan-ti la buscó infructuosamente.

Los taoístas desarrollaron innumerables ejercicios físicos y espirituales para mantenerse jóvenes eternamente. Ancianos y muertos que han practicado estos ejercicios desmienten su eficacia.

En 1356, el viajero Jean de Mandeville escribió acerca de unas aguas milagrosas. Las situaba junto a una montaña y cerca de la ciudad llamada Polombe. La fuente curaba y rejuvenecía. Mandeville aseguraba haber bebido de ella por tres veces.

Dos siglos antes, Federico Barbarroja, el Papa, y otros reyes europeos, recibieron cartas del Preste Juan, el legendario emperador cristiano del Asia. Como se sabe, este príncipe inmortal gobernaba una tierra mágica y poseía anillos que lo hacían invisible, piedras que le permitían vivir bajo el agua y talismanes maravillosos gracias a los cuales podía decidir el devenir de la historia.

En aquellas cartas, el Preste Juan hablaba de dos fuentes de la eterna juventud: la primera volvía a los ancianos a la adolescencia. La segunda, menos asombrosa, se limitaba a mantener jóvenes a quienes lo eran todavía. El sabor de las aguas era dulce y oloroso, pero a nadie le importaba.

El Preste Juan tuvo la intención de marchar al oeste para ayudar a los cristianos en las cruzadas y para aliviar los sufrimientos de Europa con sus maravillas. Al frente de un pequeño ejército comenzó su viaje cuando Edessa cayó en manos del Islam. Al llegar a orillas del Tigris, comprendió que no podría cruzarlo, por falta de barcos. Se dirigió al norte, donde, según le habían dicho, el río se helaba en invierno. Esperó durante años un hielo que nunca llegó. Despareja dotación la de este hombre que desandaba las edades pero no podía cruzar un río.

Las últimas noticias del Preste Juan las recibió Carlos V en 1530. Pero eran otras épocas y nadie estaba interesado en perseguir fantasmas, con un mundo por descubrir.

En ese mundo, en América, también existían leyendas. En la región del Orinoco crecía el Guayacán, también llamado árbol de la inmortalidad. Los nativos hacían vasos con su madera y el agua con que los llenaban se volvía azul. Se decía que este líquido era un elixir de la juventud. No lejos de allí veneraban un árbol que actualmente se llama palmera Moriche y a la que los indios llamaban el árbol de la vida. Creían que de ese árbol había renacido el género humano tras un gran diluvio.

Pedro Mártir de Anglería hablaba de la isla de Boyacá, también llamada Ananeo, situada a 325 leguas de La Española. Esta isla tenía su propia fuente.

Ponce de León, gobernador de Puerto Rico, oyó hablar a los indios de Cuba de una fuente que estaba en la isla de Bímini. Después de obtener el permiso del rey para explorarla, partió con tres naves desde el puerto de San Germán. No encontró la fuente, pero el 2 de abril de 1513 descubrió la península de La Florida. Ponce de León creyó que era una isla y la recorrió prolijamente, bebiendo de todos sus charcos, bañándose en todos sus ríos, chapoteando en todos sus pantanos. Finalmente, se topó con unos indios que le atravesaron la pierna con una flecha. Apenas si le quedó tiempo para llegar a Cuba, donde murió.

Quince años más tarde, don Panfilo de Narváez, el enemigo de Cortés, organizó una nueva expedición a La Florida. Buscaba oro, pero también algún milagro. Llegó al mando de cinco navios el 12 de abril de 1528. Llevaba 80 jinetes y 400 hombres. Entre ellos estaba Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Llegaron hasta los Apalaches en extenuantes jornadas de mala sombra. Muertos de hambre y con las manos vacías regresaron como pudieron. Aparecieron en las costas de Texas. Perdidas sus naves, no les quedó más

remedio que construir unos barcos para cruzar el mar. No tenían nada: ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni betún, ni clavos. En cuarenta días hicieron cinco barcas. En ellas se metió todo el ejército. Naufragaron.

Sólo se salvaron cuatro hombres. Uno era Alvar Núñez.

Después de cruzar a pie la América del Norte, llegó a Los Ángeles. Tardó ocho años, durante los cuales fue esclavo, médico, hacedor de milagros y resucitador de muertos. Escribió un libro, "Naufragios", donde contó todas sus experiencias menos una: *"aquí sólo quedan apuntadas mis desventuras, pero hay algo que no le digo a nadie sino al rey".* Muchos creyeron que lo que Alvar Núñez reveló a Carlos V no fue otra cosa que la existencia de la Fuente de la Juventud.

Los Hombres Sensibles de Flores siempre creyeron en la existencia de la Fuente de la Juventud. Desde muy chicos, gastaron tiempo y energía en buscarla. A medida que pasaban los años, crecían sus esfuerzos. Puede decirse que muchas veces buscaban la Fuente sin saber que la buscaban. Y si uno tiene ganas de exagerar, puede sostener que jamás hacían otra cosa.

Hay que decir que las mágicas propiedades rejuvenecedoras no siempre eran atribuidas a una fuente. Los gitanos de Floresta decían que el pasaje Haití le quitaba un año a quien lo recorría hacia el este, y se lo agregaba al que marchaba hacia el oeste.

Los Brujos de Chiclana hablaban de Inés, una especie de hechicera cuyos besos quitaban años y de cuya cama se salía adolescente. El poeta Jorge Allen buscó a Inés por todas partes, hasta que comprendió que todas las mujeres eran Inés, especialmente una rubiecita llamada Julia.

Los vendedores de elixir tenían un licor engañoso que provocaba la sensación de ser joven. Algunos se contentaban con él y protestaban que la juventud es un estado de ánimo, mientras se pegaban la dentadura postiza. Había también un tónico de efímeros efectos: restituía por diez segundos la lozanía.

Manuel Mandeb creía en la existencia de las Fuentes de la Vejez, unos estanques fatales que era imposible no hallar. Sus aguas maléficas estaban en todas partes. El hombre que bebía de ellas iba envejeciendo, haciéndose más triste y más débil, hasta que -más tarde o más temprano— se moría.

Dejo para el final el obvio resultado de haber bebido en las fuentes vulgares de la verdad: nunca seremos más jóvenes que hoy; jamás volveremos a ver a nuestros muertos; el tiempo no re-

trocede; el amor perfecto no existe; hay un verso que está siempre a punto de revelársenos y que no escribiremos nunca. Para los hombres de verdad, este no es el final de sus sueños, sino más bien el principio.

Licor del error

En los armarios secretos de la literatura hay, por cierto, un enorme surtido de licores mágicos, de vinos prodigiosos, de brebajes milagrosos.

El catálogo es un género de cuya lectura se sale menos sabio que aburrido.

Sin embargo no ahorraremos la prolijidad de mentar algunos tragos ilustres.

El vino que Marón regaló a Odiseo, fraccionado en doce ánforas, que sirvió para emborrachar al cíclope Polifemo.

El elixir de la ópera de Donizetti, que provocaba impostergables pasiones.

El agua de la Fuente de la Juventud, que desmentía el tiempo, inútilmente buscada por Ponce de León, Hernando de Soto y Panfilo de Narváez.

El vino de Dioniso, que cuidaba Folo y que Heracles se hizo convidar antes de matar a diez centauros.

El suero que transformaba al Dr. Jeckyll en Mr. Hyde.

El vino que durmió a Tritón, antes de que lo mataran a hachazos.

El supuesto filtro que Neso entregó a Deyanira, que provocó la muerte de Heracles.

El agua del Estigia, que rompía todos los recipientes, excepto los cascos de los caballos.

El vino que los griegos prohibían tomar puro, bajo pena de muerte.

Los brujos de Chiclana tienen una pequeña destilería. Allí se elabora el vino del olvido y el del recuerdo. Pero también el abominable licor del error.

Al tomarlo, empieza uno a tener una falsa convicción, de cualquier índole.

Los brujos lo envasan en toda clase de botellas, de modo tal que la gente lo bebe sin saberlo. Puede uno creer que está tomando caña o pernod, cuando en realidad se está incorporando el más peligroso de los brebajes.

Bajo sus efectos, los cobardes se creen valientes, los rubios se ven morochos, las feas se suponen lindas y los tontos se piensan picaros.

Nuestros enemigos creen ser nuestros amigos y proceden como tales. Personas que no recuerdan su infancia creen recordarla. Los que fueron a San Luis juran que no han ido nunca y los que no fueron dicen haber ido.

Los ausentes creen que están presentes.

Y los presentes creen que están ausentes.

—¡Cómo me hubiera gustado estar en el faro de Punta Médanos! —dice alguien que está precisamente en el faro de Punta Médanos.

Se habla también del licor del acierto, que tiene efectos opuestos. Es decir, genera ideas correctas y exactas.

Sucede muchas veces que los bebedores del licor del error están convencidos de haber tomado el del acierto. Desde luego, los que toman el del acierto creen lo mismo.

Los dos grupos suelen darse la mano, creyendo que coinciden.

El redactor de este informe se pregunta qué licor habrá en su copa y siente el temor de mentir, creyendo que dice la verdad.

Más aún: ¿qué licor beberán los que escriben otros libros, los que hablan por la radio y la televisión, los príncipes del mundo?

Hay que cuidarse de todo, especialmente de quienes toman ambos licores.

Porque lo que mata es la mezcla.

Novia

Hace mucho tiempo, yo tenía una novia buena *y* hermosa. Me amaba con una devoción tal, que no pude resistir la tentación de ser malvado. Me solazaba en la traición, en el capricho, en la impuntualidad, en la mentira gratuita.

Ella lloraba en secreto, cuando yo no la veía, pues sabía que su llanto me irritaba. Pero un día, un incidente que ni siquiera recuerdo me despertó el temor de perderla.

El amor crece con el miedo. Mi conducta cambió. Me fui haciendo bueno. Quise pagar el daño que había hecho y empecé a vivir para ella.

Le hacía el amor en todos los zaguanes. Le cantaba valses de Héctor Pedro Blomberg. La llevaba a pasear por los lugares más hermosos del mundo. Le imponía aventuras inesperadas. Me hice sabio y generoso sólo para merecer su amor.

Pero un día me dejó.

—No te quiero más —me dijo, y se fue.

Supliqué un poco, sólo un poco, porque era bueno. Después me puse a esperar la muerte sentado en un umbral.

Al cabo de un tiempo, aparecieron los celos. Pensé que seguramente me había dejado por otro. Decidí averiguarlo.

Indagué a los amigos comunes, pero todos afectaban un aire de trabajosa indiferencia.

Resolví seguirla. Pasaba las noches acechando su puerta. Durante el día, me apostaba en la esquina de su trabajo. El resultado de mis pesquisas fue nulo. Mi novia se desplazaba por circuitos inocentes. Perdí mi empleo, mi salud y hasta mis amistades. Mi vida era una perpetua vigilancia.

Pasaron largos meses sin que nada ocurriera. Hasta que una noche la vi salir de su casa con aire decidido.

Tuve el presentimiento de que iba a encontrarse con un hombre, tal vez porque estaba demasiado linda.

La seguí entre las sombras y vi que se detenía en una esquina que yo conocía bien. Me escondí en un portal. Ella se detuvo y esperó, esperó mucho.

Cerca de una hora después, apareció un hombre alto, oscuro,

soberbio. Algo familiar había en su paso. Ella intentó una caricia, pero él la rechazó.

Inmediatamente comprendí que el hombre se complacía en verla sufrir y amar al mismo tiempo. Se trataba de un sujeto diabólico. Cada tanto, me llegaban ráfagas de una risa vulgar. No podía concebirse un individuo más vil y detestable.

Caminaron. Tomaron un rumbo que no me sorprendió.

Al llegar a la luz de una avenida, pude ver que aquel hombre era yo. Yo mismo, pero antes. Con el desdén cósmico que tanto me había costado borrar del alma, con la maldad de mis peores épocas. Con la impunidad de los necios.

No pude soportarlo. Pensé en cruzar la calle y pegarme una trompada, pero me tuve miedo. Quise gritar, ordenarme a mí mismo dejar tranquila a aquella muchacha. Pero el imperativo no tiene primera persona y no supe qué decirme.

Se detuvieron un instante y pasé delante de ellos. Ella no me vio. Yo sí me vi. Me miré con un gesto de advertencia.

Después los perdí de vista y me quedé llorando.

Murallas

Hay una ciencia que estudia los procedimientos para sitiar ciudades. Se llama poliorcética. El aprendiz de sitiador encontrará en ella consejos prácticos de los ingenieros, pero también ejemplos históricos de agudeza, valor y perseverancia.

Conocerá las trompetas demoledoras de Jericó.

El drama de Masada, con la cruel ingeniería de Flavio Silva y la determinación de Eleazar, que ordenó a los sitiados darse muerte unos a otros.

La aparición de Jesucristo ante el rey Enrique, durante el cerco de Lisboa y el reproche de éste: "Señor, hazte visible mejor ante los sarracenos, que no creen en ti."

La pertinacia de Tutmés ante Kadesh.

La traición de Teodorico en Ravena.

Y la mayor de estas aventuras: el sitio de Troya.

Me doy el gusto de recordar algunos datos.

Dante ubica a Ulises y Diomedes entre las llamas del infierno de los embaucadores. Los hace pagar allí la culpa de haber urdido la estratagema del Caballo de Troya para poder entrar a la ciudad sitiada.

La sanción dantesca es injusta. Aun siendo los dos héroes muy inclinados a la astucia y la ocultación, fueron inocentes del engaño que se les atribuye. En verdad, la diosa Atenea reveló a Prilis, un adivino de Lesbos, que los griegos sólo podrían entrar a Troya escondidos en el interior de un caballo de madera.

Cuando las naves aqueas pasaron por Lesbos, Prilis comunicó a los jefes el dictamen de la diosa.

Epeo, que había nacido cobarde y era artesano exquisito, se ofreció voluntariamente para construir el caballo.

Se dice que empleó tablones de pino. En uno de los costados estaba el escotillón que permitía el ingreso y egreso de los guerreros. Del otro lado se grabaron grandes letras que completaban la siguiente dedicatoria: *"En agradecida anticipación a nuestro regreso feliz, los griegos dedicamos este caballo a Atenea".*

El tamaño de la construcción sólo puede conjeturarse por el número de personas que era capaz de albergar. Sin embargo, los poetas e historiadores no terminan de ponerse de acuerdo al res-

pecto. Algunos hablan de veintitrés, otros de treinta, cincuenta y hasta tres mil. Conocemos —eso sí— el nombre de algunos de los que estuvieron dentro del caballo. Recordemos a Menelao, Acamante, Toante, Neoptólemo, Estéleno, Ulises y Diomedes. Epeo también formó parte del grupo. Lo subieron de prepotencia y lo sentaron junto a la cerradura, con el pretexto de que era el único que sabía hacerla funcionar.

Suele decirse en las conversaciones de las pizzerías que el caballo fue presentado a los troyanos como un obsequio. No fue así. En realidad los griegos incendiaron el campamento y se hicieron a la mar fingiendo que abandonaban el sitio.

Las naves se ocultaron detrás de una isla cercana y allí esperaron.

El caso es que al día siguiente, los troyanos encontraron la campiña desierta y en medio de las cenizas del campamento, muerto de risa, el absurdo caballo de Epeo.

El rey Príamo y los suyos se acercaron a examinarlo. Surgieron opiniones diferentes. Dimetes insistía en llevarlo a la ciudad. Capis propuso quemarlo. Laoconte recordó que no había que confiar en los griegos. Casandra, la hija del rey, que poseía el don de profetizar, reveló que el caballo estaba lleno de guerreros. Pero Casandra estaba condenada a que nadie le creyese.

Aquí entra a tallar un guapo de verdad: Sinón, el espía. Los griegos lo habían dejado en tierra y él no tardó en hacerse tomar prisionero. Conducido ante Príamo, soportó el interrogatorio del rey con fingida reserva. Se dice que no habló hasta que no le cortaron la nariz y las orejas.

Asegurada de este sangriento modo su credibilidad, engañó a los troyanos con la siguiente historia: dijo que los griegos estaban hartos de la guerra y que se habían ido para siempre. Explicó que lo habían dejado en tierra a causa de su enemistad con Ulises. Con respecto al caballo, dijo que era una ofrenda que los griegos hicieron a Atenea. Querían recuperar el favor de la diosa, muy mal dispuesta con ellos desde el robo del paladio.

Príamo preguntó por qué lo habían hecho tan grande.

Entonces Sinón habló de una predicción del adivino Calcante. Si los troyanos despreciaban la ofrenda, serían destruidos. En cambio, si lo introducían en Troya, se hallarían en condiciones de conquistar Micenas.

Para su desgracia el rey Príamo le creyó. Hizo agrandar las puertas para entrar el caballo, lo dedicó a la diosa y después los troyanos empezaron a festejar la victoria.

Cuando todos dormían la borrachera, Sinón encendió unos fuegos. Era la señal convenida con la flota griega. Los barcos se acercaron y los guerreros salieron del interior del caballo. El primero en hacerlo fue Equión, que se rompió el cuello. Después comenzó la matanza.

En todo cerco, se supone que el sitiador es dueño del territorio vecino, que está en situación de impedir el abastecimiento del sitiado y que es el que toma las decisiones.

Puede decirse que todas las plazas sitiadas caen más tarde o más temprano. El destino de toda muralla es ser derribada.

Ante semejante postulación, los espíritus prácticos podrán sostener la inutilidad de cualquier resistencia al asedio: si al fin habremos de capitular, ¿a qué demorarse en las tribulaciones del heroísmo?

La respuesta a tan liviana objeción es contundente y melancólica: vivir no es otra cosa que una resistencia inútil.

El rey Príamo sabía que el destino de Troya era el fuego. Pero combatió durante diez años.

El hombre sabio sabe que va a morir, pero vive y se resiste a la muerte tanto como puede. Es mortal en beligerancia.

Lector poliorcético: el que esto escribe defiende unas modestas murallitas de humo que ya se han derrumbado mil veces. Y guarda en su patio numerosos caballos de madera, obsequio de amados traidores.

Ahora, en este mismo momento, empiezan a salir de ellos los enemigos.

Relatores

Los griegos creían que las cosas ocurrían para que los hombres tuvieran algo que cantar. Las guerras, los desencuentros, los amores trágicos, los horrendos crímenes, las gestas heroicas: todo tenía para los dioses impíos el único fin de proporcionar tema a los cantores. La Historia pone al alcance del menos docto centenares de ejemplos de relatos que fueron más ilustres que los sucesos narrados.

Resulta difícil concebir una idea más triste del destino humano. Sin embargo, a los juglares, cantores, cronistas y narradores de cuentos, les complace pensar que el mundo se mueve para favorecerlos en su oficio.

Héctor Bandarelli, el relator deportivo de Flores, creyó pertenecer a la estirpe de Homero. Durante toda su vida se esforzó para que la narración deportiva alcanzara las alturas artísticas de la épica.

En sus comienzos, Bandarelli hizo algo que nadie había hecho antes. Siendo entreala izquierdo del equipo de Empalme San Vicente, acostumbraba relatar los partidos que él mismo jugaba. Era héroe y juglar, Aquiles y Hornero, Eneas y Virgilio.

Según dicen, no era del todo imparcial en sus narraciones. Cuando se hacía de la pelota, comenzaba a elogiar su propia jugada.

—*Extraordinario, Bandarelli avanza en forma espectacular.*

Muchas veces, por elegir las palabras e impostar la voz, se perdía goles cantados. Cantados incluso por él mismo.

A medida que pasaba el tiempo, el relator iba superando al jugador. Algunos viejos que lo vieron jugar cuentan que pasaba la mayor parte del tiempo parado en el medio de la cancha, relatando, casi sin tocar la pelota.

Finalmente fue excluido del equipo. Sin rencor ni tristeza, siguió acompañando las modestas giras del Empalme San Vicente, sólo para relatar desde un costado de la cancha el partido que jugaban sus antiguos compañeros. Lo hacía sin micrófono y sin radio, de modo que nadie lo escuchaba, salvo algún wing peregrino que alcanzaba a oír de paso su voz emocionada.

Después, según se sabe, el Empalme San Vicente dejó de jugar

y sus futbolistas pasaron a integrar otros equipos.

Y en ese momento, cuando todo hacía sospechar la decadencia de Bandarelli, el hombre dio un paso genial: descubrió que su narración no necesitaba de un partido real. Era posible relatar partidos imaginarios, hijos de su fantasía.

Parece una evolución previsible: los antiguos poetas cantaban hazañas más o menos reales. Después las inventaron.

Lo mismo sucedió con Bandarelli. Y al no tener que ceñirse al rigor de los hechos ciertos, los partidos que relataba empezaron a mejorar: se lograban goles estupendos, los delanteros eludían docenas de rivales, había disparos desde cincuenta metros, los arqueros volaban como pájaros, se producían incidentes cruentos, los arbitros cometían errores perversos.

De a poco, el artista fue incorporando elementos más complejos a su obra. El tiempo, por ejemplo, manejado en un principio de un modo convencional, pasó a tener durante el apogeo de Bandarelli un carácter artístico y psicológico. Los partidos podían durar un minuto o tres horas.

Algunas veces, el relator omitía cantar un gol, pero daba claves y mensajes sutiles para que el oyente descubriera la terrible existencia del gol no cantado. Aparecían, cada tanto, unas historias laterales que provocaban un falso aburrimiento, que no era sino una trampa para mejor asestar la alevosa puñalada del gol sorpresivo.

Todos recuerdan el famoso partido Boca-Alumni que Bandarelli relató en un asado del club Claridad de Ciudadela. En esta obra mezcló jugadores actuales con glorias de nuestro pasado futbolístico. Los viejos hacían fuerza por Alumni, los más jóvenes por Boca. Ganó Alumni, pero en su magistral narración, Bandarelli dejó caer —con toda sutileza— la sensación de que los boquenses, por respeto a la tradición, se habían dejado ganar.

Las audiencias de Bandarelli no siempre fueron numerosas. Algunos partidos los relató solo, en una mesa del bar La Perla de Flores, ante el estupor de los mozos y parroquianos. Pero poco a poco, los muchachones del barrio fueron descubriendo sus méritos y con el tiempo hubo quienes prefirieron escucharlo a él antes que ir a la cancha.

En 1965, Héctor Bandarelli organizó su campeonato paralelo de fútbol. Todos los domingos narraba el encuentro principal, mientras un colaborador lo interrumpía para comunicar lo que sucedía en el resto de los partidos.

Algunas firmas comerciales de Flores lo ayudaron a solventar

los nulos gastos del certamen a cambio de avisos publicitarios.

Las narraciones tenían lugar en la puerta de la casa de Bandarelli y, cuando llovía, en la cocina. Hay que decir que el relator poeta nunca trabajó para ninguna emisora y jamás utilizó micrófono, salvo en la grabación que realizara del segundo tiempo de Barracas Central-Barcelona, ya en el final de su carrera.

El campeonato paralelo terminó en un desastre. El artista no tuvo mejor ocurrencia que sacar campeón a Unión de Santa Fe y mandar al descenso a River, lo que irritó a muchas personas, que hasta llegaron a agredir a Bandarelli.

Pero todos los que saben algo del relator coinciden en afirmar que su mejor partido fue Alemania-Villa Dálmine, relatado en el Colegio Alemán de la calle José Hernández, a pedido de la Asociación Cooperadora.

Ese encuentro fue un verdadero canto a la hermandad entre los hombres. Los zagueros entregaban banderines a los delanteros rivales en cada jugada. El arbitro abrazaba llorando a los futbolistas que quedaban en off-side. Los de Villa Dálmine hicieron una suelta de palomas celestes y blancas a los quince minutos del segundo tiempo para celebrar el segundo gol de la selección alemana. En el final, todos se abrazaron e intercambiaron obsequios.

Fue inolvidable. En el Colegio Alemán, los padres lloraban de emoción añorando la tierra de sus antepasados. Algunos miembros de la Asociación Cooperadora pidieron a Bandarelli que volviera a relatar el encuentro en diferido, pero el artista se negó.

En el esplendor de su actividad, tal vez advirtiendo el carácter efímero de su obra, resolvió escribir libretos detallados que luego archivaba prolijamente. Desgraciadamente, sus familiares quemaron este valiosísimo corpus argumentando que juntaba mugre. Nos queda apenas un breve fragmento, correspondiente al encuentro Boca Juniors 3 - Vélez Sársfield 3.

"Solidario, agradecido, ayuno de envidias, Javier Ambrois entrega la pelota a Nardiello. El viento agita las banderas en los mástiles de la Vuelta de Rocha. Nardiello tira un centro rasante... Arremete]. J. Rodríguez, pero ya es tarde... tarde para remediar los errores del pasado... tarde para volver a unos brazos que ya no nos esperan... Ya es tarde para todo. "

Según sus seguidores, el libreto le quitaba frescura a Bandarelli y -como hemos visto— recargaba un tanto su estilo.

Un día desapareció. Algunos dicen que se mudó, o que se murió, es lo mismo. La gente volvió a preferir los partidos sonantes

y contantes de la radio.

Los relatores de hoy tienen la posibilidad de seguir al maestro e intentar la ficción y la fantasía en sus narraciones. ¿Por qué depender de la actuación, muchas veces mediocre, de los futbolistas? ¿Por qué no crear con la voz jugadas más perfectas? ¿Por qué no dar nacimiento a deportistas nobles, diestros y mágicos que nos emocionen más que los reales?

Se puede ir más allá. Todo el periodismo podría tener un carácter fantástico y abandonar los vulgares hechos de la realidad para aludir a sucesos imaginarios: conflictos, tratados, discursos, crímenes e inauguraciones de ilusión.

En este último instante comprendo que nadie me asegura que estos artistas no existen ya. Tal vez, todo cuanto uno lee en los diarios no es otra cosa que un invento del periodismo de ficción.

Sin embargo, esta clase de incredulidad conduce a sospechar la falsedad del Universo mismo. Suspendamos semejante astucia porque algunos hasta podrían pensar que el propio Bandarelli es imaginario y sus partidos sombras de una sombra.

Halagos insuficientes

En 1619, el falso alquimista polaco Mikael Sendivogius se presentó ante el emperador Fernando II diciendo que era capaz de convertir la plata en oro. Para demostrarlo presentó una moneda de plata, la que sometida a ciertos procedimientos se hizo de oro. Muy pronto se descubrió el fraude: la moneda era en verdad de oro y había sido revestida con un fino baño de plata que desapareció al ser calentada.

Esta moneda sirve para pagar una sencilla alegoría. Deben existir personas excelentes que por discreción, por pudor o por el horror de lucirse, atenúan levemente sus virtudes. No fingen maldad ni estupidez. Se limitan a descender un peldaño.

Nos sobra para una última idea. Ante esa clase de seres, los imbéciles emiten halagos que son en realidad afrentas: "el señor Newton tiene ocurrencias muy ingeniosas"; "el señor Alighieri tiene facilidad para escribir"; "en toda Genova no hay viajero como el señor Colón".

Los que confunden la plata con oro van sin duda al infierno de los ingratos, o a otro construido especialmente para ellos, donde las llamas parecen peores de lo que son.

Bovarismo

Se ha admitido siempre que el bovarismo es la actitud del individuo que por falta de autocrítica se imagina superior a su entorno social y reclama consideración a la personalidad idealizada que él mismo se ha forjado.

La definición no me complace. No creo que la falta de autocrítica sea causa única y exclusiva del bovarismo. Tampoco creo que un bovarista se imagine superior a su entorno social, sino más bien a sí mismo. Y para terminar, la diferencia que el bovarista imagina con su verdadero ser no siempre señala una superioridad.

Podríamos hablar de un bovarismo ascendente, en el que el individuo se cree mejor de lo que es; un bovarismo descendente, en el que se siente peor y un bovarismo horizontal, en el que lo imaginado y lo real no se sacan ventaja.

Emma Bovary encarnaba la primera y más frecuente de estas patologías. Me atrevo a llamar la atención en este trabajo sobre la peligrosidad social del bovarista descendente.

Ortega y Gasset relaciona la nobleza con la elección de un destino. El habla de la criatura selecta, que no halla placer en la vida si no la hace consistir en continuos intentos de alcanzar metas difíciles. En el otro extremo, Ortega ubica al hombre-masa, que elige siempre lo más sencillo, lo menos exigente, lo menos comprometedor. La criatura vulgar no se remite jamás a instancias superiores y ejerce una aparente soberanía vital, que en el fondo no es más que la terca negativa a la búsqueda de la excelencia. Lo más frecuente es que el hombre-masa se crea noble y reclame las prerrogativas de las criaturas de selección.

Pero en ocasiones sucede lo contrario. Personas bien dotadas se inventan una personalidad mediocre y buscan el destino correspondiente a esa idea que tienen de sí mismos.

A veces se trata de una mera comodidad: ocupar posiciones inferiores al propio merecimiento, tentarse con las baratijas del triunfo pequeño. Casi siempre —y esto es lo peor— el bovarista descendente se rodea de personas que le son inferiores. Entre ellas suele lograr fáciles renombres. Las pandillas, los grupos violentos, las hinchadas del fútbol, resultan ámbitos hospitalarios para la

persona empeñada en elegir lo peor de sí misma. Y así como el bovarista ascendente procura imitar los hábitos de la clase social o del grupo intelectual al que desea pertenecer, el bovarista descendente se esfuerza para no desentonar entre las personas más groseras, viles o deshonestas.

No hay que confundir el bovarismo con la mera hipocresía: el bovarista no finge. Cree legítimamente en la actitud que se construye. Emma Bovary no trataba de presumir. Estaba convencida de la naturaleza excelsa de sus amoríos de pacotilla.

También puede inducir a confusión la indudable influencia que los grupos cerrados imponen a sus miembros. El que trabaja en una oficina, salvo en el caso de poseer una clara conciencia de lo que es, sufre una presión continua que lo va despojando de sus características personales hasta imponerle unos rasgos que son los que el grupo espera de un oficinista. El bovarista descendente ni siquiera sufre esa transformación. Más bien cree que la sufre y actúa en consecuencia.

El filósofo John Rawls dice que los seres humanos disfrutan con el ejercicio de sus capacidades realizadas y que este disfrute es mayor cuantas más capacidades se realizan o cuanto mayor es su complejidad.

Los vendedores de baratijas ocultan esta verdad, niegan el placer de lo complejo y prefieren defender el carácter subjetivo del goce, las propiedades festivas de las cosas simples y, en último caso, los ejercicios de satisfacción mínima pero inmediata y de alcance ecuménico.

Poseedor acaso de la competencia necesaria para altas voluptuosidades, el bovarista descendente mira televisión, escucha música banal y comparte su cama con personas a las que no admira en lo más mínimo.

Me atrevo a decir que este fenómeno está esperando su Flaubert. Ya puedo imaginar la degradación creciente, la elección de conductas canallescas y al final la más impensable y absurda de las traiciones. En algún punto el bovarista choca con la verdad. Emma Bovary no pudo soportar la revelación de su propia vulgaridad. Ahora bien: ¿cuándo se le revela su excelencia negada al bovarista descendente? Un buen lugar es el infierno, donde el protagonista descubre demasiado tarde que es un ángel, o mejor dicho, cualquier lugar se transforma en el infierno cuando uno descubre que es un ángel que se ha comportado como un imbécil.

Un final feliz, que yo elegiría si padeciera el bovarismo descen-

dente que estoy glosando, es el de la salvación por el amor: a último momento un ángel no bovarista rescata a la víctima y la conduce al cielo.

La musa

Los antiguos creían que los artistas no eran sino instrumentos de los dioses. La inteligencia, la destreza, el rigor de los aprendizajes, de poco servían sin la intervención de las musas. Por eso al comienzo de cada canto pedían explícitamente una ayuda sobrenatural, invocando a la diosa:

Canta, diosa, la venganza fatal
de Aquiles de Peleo.

O más recientemente:

Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento.

Sin la diosa, un poeta no era nada. La poesía es en verdad una invocación religiosa de la Musa. Y la recompensa del arte no es otra que la experiencia mágica de dicha y horror que la aparición de la diosa provoca.

Los griegos contaban que las musas eran nueve hermanas, hijas de Zeus, y fruto de otras tantas noches de amor con Mnemósine, que era la personificación de la memoria. Antes que nada eran cantoras. Las convidaban a las grandes fiestas del Olimpo y sus himnos deleitaban a Zeus. Vivían en un bosque sagrado, cercano al monte Helicón. Solían reunirse alrededor de Hipocrene, es decir la Fuente del Caballo, un manantial abierto por Pegaso, al dar sus cascos contra una roca. El agua de aquella fuente favorecía la inspiración poética.

Con el tiempo, cada una de las hermanas vino a tener una función determinada: Calíope se ocupó de la poesía épica; Clío, de la historia; Polimnia, de la pantomima; Euterpe, de la flauta; Terpsícore, de la danza; Erato, de la lírica coral; Melpómene, de la tragedia; Talía, de la comedia; Urania, de la astronomía.

En los mitos escandinavos, Odín consiguió hacerse con unos frascos de miel y de sangre fabricados por los enanos y que son el secreto de la poesía. Por eso habla siempre en verso.

La psicología, esa colección de mitos de nuestro tiempo, desmiente la intervención de la diosa y la reemplaza por otros estímulos menos convincentes.

Lo cierto es que el artista siente, a veces, que le dictan o le can-

tan en el oído. O mejor todavía, siente que una fuerza que le es exterior lo impulsa a cumplir los arduos trabajos del arte. Se trata —es necesario decir— de fuerzas mucho más poderosas que las encarnadas por el ansia de fama, dinero o distinciones.

En rigor, no puede hablarse del placer de la creación artística, porque esta creación no siempre es placentera y la mayoría de las veces está rodeada de unas penurias tales que es necesario un enorme valor para evitar el desaliento.

Algunos deterministas sostienen que —a falta de musa— el artista es el inevitable resultado de las circunstancias sociales, económicas y políticas. Es decir, que examinadas las condiciones de una región en un momento histórico determinado, es posible conjeturar qué clase de obras se acuñarán allí. Así, se ha señalado que la vida pastoril, típica de la Pampa, produjo el *Martín Fierro.* Borges objeta que esta misma vida pastoril ha sido típica de muchas regiones de América, desde Montana y Oregón hasta Chile, pese a lo cual estos territorios se abstuvieron enérgicamente de redactar *El gaucho Martín Fierro.* Ciertamente, lo social y lo económico influyen en el arte. Pero es imposible saber de qué modo. El artista puede acompañar a su época o resistirla. Un régimen autoritario puede engendrar un riguroso arte oficial o una indignada rebelión romántica, o cualquier otra cosa.

Durante mucho tiempo me ha gustado creer que el verso perfecto estaba al final de un camino lleno de espantos y pena.

El puente Chinvat de los persas prometía un tránsito fácil para los justos e imposible para los malvados. Este sendero poético que me atreví a imaginar conducía a un lugar más glorioso cuanto mayores eran los sufrimientos del camino. Y allí los malvados elegían el camino fácil, el que no llevaba a ninguna parte.

Más tarde, Robert Graves me reveló una verdad: la musa es la mujer que uno ama. El poeta inspirado se conecta con la diosa sólo a través de una mujer en la que ella reside hasta cierto punto. Un poeta verdadero se enamora absolutamente y su amor sincero es para él la encarnación de la musa.

Desventuras de última hora me hicieron ver que tal vez ambas intuiciones son ciertas. El camino difícil es el camino del enamorado y del poeta. Ese camino es el que conduce a la diosa, que es la mujer amada y la única que conoce —o nos hace conocer- la música buscada.

El fantasma IV

Pasó el tiempo y mis recursos empezaron a agotarse. A veces, entregaba trabajos ajenos con la mayor desvergüenza. Otras veces, faltaba redondamente a la cita. El fantasma nunca hacía reproches. Era un ser reservado y sereno. En todas nuestras citas me hablaba de algún distrito celestial.

—Los indios pampas no podían llegar al paraíso. El camino entre el cielo y la tierra, que en verdad era la Vía Láctea, fue cerrado para siempre. Escuche bien.

Chachao, el Viejo, el creador del mundo, solía bajar del cielo a entretenerse en la Pampa. Una tarde, de puro aburrido, amasó con barro unos muñecos que se le parecían lejanamente, como si fueran una caricatura de la divinidad. Su hermano Walichu —el espíritu del mal— resolvió jugarle una broma y sopló sobre aquellas figuras irrisorias. Con ese soplo les dio vida y así nacieron los hombres. Cuando advirtió lo sucedido, Chachao se espantó y huyó al cielo. Con su facón cortó la galaxia y aisló para siempre la región celestial.

Desde entonces, Chachao vive solo, sin que parezca importarle demasiado el género humano. En cambio Walichu se quedó en el mundo con los hombres y recibe de ellos toda clase de homenajes.

Mire el cielo: aún quedan señales de aquel episodio. En el firmamento austral se ve la huella de un ñandú que en la confusión quiso seguir a Chachao. Esa huella es la Cruz del Sur. Y también puede verse la marca de las boleadoras que el dios indiferente le arrojó. Allá está: es la constelación del centauro.

-¿ Usted cree que ella volverá a quererme?

Túnel

La isla de San Martín es una más en el modesto archipiélago frente a las Costas Bajas. No está lejos de tierra firme *y* es fácil identificarla: el alto muro de piedra de la cárcel es inevitable mojón de referencia para los escasos pescadores de la región.

El exiguo litoral de la isla fue vigilado perpetuamente durante siglos. Los guardias celosos de la prisión se apresuraban a balear cualquier objeto flotante. Peces voladores, ballenatos, náufragos, han sido a través de los años víctimas del plomo de los carceleros. Una vez por mes, un barquito del gobierno atracaba en el viejo muelle. Llevaba provisiones baratas, algún empleado, algún preso.

Siendo legendaria la seguridad del penal, las autoridades enviaban allí a los convictos más temibles, especialmente a los que habían intentado fugarse de otras cárceles.

Nadie escapó jamás de San Martín. Es verdad que un buen nadador podría alcanzar la costa vecina sin demasiado esfuerzo. Lo difícil era arrojarse al agua. Los muros eran impenetrables. No había ventanas ni respiraderos. Los presos de la isla nunca veían el mar.

La administración central casi no se ocupaba de esta cárcel. Los directores no eran removidos casi nunca, salvo por muerte o jubilación. Un cierto descuido burocrático provocaba dificultades en el abastecimiento y en algunas oficinas de la capital ni siquiera sabían si la prisión seguía funcionando.

Se dice que el régimen interno era severísimo. Todos hemos oído alguna historia acerca del extravagante sadismo de los carceleros de San Martín. Se trataba de personas solitarias que carecían de cualquier solaz. Durante un tiempo, el barquito arrimó algunas prostitutas para recreo de la guarnición. Pero con los años vino a observarse un creciente desinterés de los hombres. Al parecer, mejor los complacía la crueldad que la lujuria.

La isla estaba completamente ocupada por la cárcel. Fuera de ella no había nada. Apenas unos metros de arena entre las paredes y el mar. A pesar de no medir más de un kilómetro en su punto más ancho, los intrincados pasillos y las tortuosas galerías de los absurdos edificios producían en sus habitantes una penosa sensación de infinitud. Los sectores al aire libre eran también deprimentes: una laguna pantanosa donde los penados pescaban

renacuajos, una loma pelada que ocupaba el centro de la isla, un patio empedrado. Los pocos árboles que existían ocupaban el distrito destinado a las autoridades.

No se sabe cuándo, alguien pensó en hacer un túnel. Un túnel bajo los muros y bajo el mar, que condujera directamente a tierra firme. Describiré la magnitud de los trabajos necesarios.

La distancia entre la isla San Martín y la costa es de unos 6500 metros. La profundidad del mar es escasa: unos 30 pies como máximo. Los sedimentos cuya acumulación ha dado origen a las islas son relativamente fáciles de remover. Ingenieros comedidos han calculado que una cuadrilla de convictos trabajando con herramientas elementales, en horarios reducidos por la prudencia y mermado su rendimiento por el sigilo, podrían avanzar un metro cada tres días en un corredor de un metro de diámetro.

Los mismos ingenieros, o quizá otros, podrían continuar el cálculo: diez metros en un mes. Poco más de una cuadra en un año. 1200 metros en una década. Y el recorrido completo en unos 65 años.

Tal vez ignorando estas cifras incorruptibles, cautivos ingenuos empezaron el túnel.

Los datos que siguen son inevitablemente dudosos. Esta clase de obras progresa en la clandestinidad. Hemos consultado a funcionarios policiales, antiguos presos, pobladores de la zona y proveedores de la prisión y las noticias resultantes están desfiguradas por el olvido, el temor, la suspicacia o el mero desconocimiento.

Algunos dicen que el túnel tenía tres bocas. Dos de ellas eran falsas y se procuraba que las autoridades descubrieran los fingidos trabajos que allí se realizaban. La verdadera entrada pudo haber estado en la quinta letrina del más antiguo de los baños.

El célebre delincuente Tony Musante estuvo recluido cinco años en San Martín. Allí escribió unos textos, bajo la forma de memorias, cuyo propósito se vinculaba menos con el ejercicio de la literatura que con el de la venganza. En esas páginas se menciona el túnel varias veces.

"La Hermandad del Túnel me pidió ayuda en la excavación. Les hice saber que no estaba dispuesto a ningún trabajo manual. Los mensajeros prometieron que jamás habían pensado en ello. Más bien me necesitaban para amenazar a los renuentes y, llegado el caso, para eliminar a los traidores. Quise saber quiénes eran los jefes de la Hermandad, pero los mensajeros no lo sabían.

"Al parecer, el túnel mide ya cerca de dos kilómetros. Me convi-

daron a recorrerlo. No acepté. Según pude saber, se trata de un agujero muy estrecho por el que se circula en cuatro patas. Cada cien metros hay tramos más anchos y más altos para el descanso y para que puedan cruzarse personas que marchan en dirección opuesta. "

Musante escribía esto en 1930. Todo hace suponer que jamás vio el túnel. Tampoco llegó a saber quiénes dirigían la Hermandad. Es casi seguro que no prestó su servicio. En 1934 lo trasladaron a otra cárcel menos rigurosa, en atención a su buena conducta.

Sin duda el testimonio escrito de mayor importancia fue el que surgió de la confesión del arquitecto Bompiani.

Marcos Bompiani fue un asesino serial, que acostumbraba a emparedar a sus víctimas en los muros de los edificios que construía su empresa. Condenado a prisión perpetua, estuvo en San Martín más de diez años. Allí también cometió algunos crímenes. Obligado a confesarlos, admitió -de paso- haber dirigido personalmente las obras del túnel y haber sido el jefe de la Hermandad. Sin embargo, Bompiani jamás reveló la ubicación de los accesos verdaderos.

El arquitecto señaló unos gravísimos problemas. El desconocimiento de la profundidad exacta del mar obligaba a cavar muy profundo, por precaución. El aire era escaso y era imposible construir respiraderos. Además, cuanto más progresaba el emprendimiento, más se tardaba en llegar gateando hasta el punto de excavación. Bompiani estimó que el tiempo empleado en el trayecto (unos 3000 metros en 1946) era de casi tres horas. Esto hacen seis horas entre la ida y la vuelta. Ante la dificultad de justificar las prolongadas ausencias de los presos, hubo que reducir al mínimo la duración de los turnos. Tal vez nadie cavara más de quince minutos por jornada.

En los primeros años, el clásico problema de deshacerse de la tierra removida parecía más o menos resuelto. La loma pelada fue creciendo de a poco. Los presos llenaban sus bolsillos en el túnel y los vaciaban allí. Pero Bompiani comprendió que tarde o temprano las autoridades iban a extrañarse de aquel fenómeno. El arquitecto calculó que la obra completa implicaría el desalojo de siete mil toneladas de tierra, cuyo volumen sería aproximadamente el de un edificio de catorce pisos. Resolvió entonces designar a un grupo de especialistas para que procediera a capturar toda clase de pájaros, con preferencia de buen tamaño. Esta tarea se realizaba con el permiso y hasta con el beneplácito de las auto-

ridades. A cada ave capturada se le ataba a la pata una pequeña bolsa de papel llena de tierra y agujereada. En esas condiciones los pájaros abandonaban la isla con vuelo esforzado, desparramando la tierra del túnel por todo el océano. Bompiani se extendía en explicaciones tediosas acerca de las dificultades para conseguir bolsas de papel o para evitar que los guardianes se dieran cuenta de estas maniobras.

En medio de nuestro trabajo de investigación, encontramos numerosas menciones del túnel, en fechas remotísimas. La más antigua data del año 1790.

¿Cuándo comenzó realmente la excavación del túnel? ¿Hace doscientos años? ¿Hace trescientos? ¿Por qué nunca fue terminado?

Puede conjeturarse que no estamos hablando de uno, sino de varios túneles, que fueron comenzados en distintas épocas. Es probable que los carceleros hayan descubierto y clausurado la mayoría de ellos. De hecho, todos los directores han conocido los rumores sobre un misterioso plan de fuga.

Se sabe que la policía solía infiltrar a algunos de sus agentes entre los prisioneros. Eran maniobras muy discretas: ni siquiera los carceleros podían diferenciar a los falsos criminales de los verdaderos. Sin embargo las negligencias administrativas, que ya hemos señalado, generaban errores inconcebibles. Muchos policías han terminado su vida en la cárcel de San Martín, ante el olvido de sus superiores, gritando a los impasibles carceleros nombres, direcciones e inútiles referencias.

En 1940, el periodista inglés Andrew Harrison obtuvo permiso del director de la cárcel para fingirse presidiario e investigar por su cuenta. Los resultados de más de un año de sacrificio fueron pobrísimos. Nadie sabía nada del túnel, ni de la Hermandad. A Bompiani, ni siquiera lo conoció. Muchas veces fue víctima de las bromas de los convictos, que se complacían en señalar supuestas entradas del túnel en los lugares más indignos. Años después, se reveló que todo el mundo sabía que Harrison era un periodista encubierto y que se consideraba de buen tono el contarle mentiras para su posterior publicación. En 1942, apareció el libro *Mejor que no hable,* en el que se divulgaban las confidencias íntimas de los penados. Allí se sostuvo que el túnel no existía. Esta cómoda opinión fue ovacionada por los Refutadores de Leyendas de todo el mundo. Durante décadas el asunto fue olvidado.

En 1974, la cárcel de San Martín fue clausurada y en 1977, se demolieron los siniestros edificios. Al parecer, no se hallaron ras-

tros de túnel alguno.

Pero en 1980, en su libro *Túneles del mundo,* el viajero francés Jean Luc Toinette razonó que los rastros de una obra tan elemental desaparecían fácilmente y que la ausencia de vestigios no garantizaba la inexistencia del famoso túnel.

Dejo para el final el testimonio del último director de la prisión, el odontólogo Antón Garat:

"El túnel existió y fue la obra más noble de la que yo haya tenido noticia. Los presos preparaban una vía de escape que ellos mismos no iban a ver terminada. Estaban trabajando para la fuga de hombres que ni siquiera habían cometido aún el delito que los iba a condenar.

"El túnel era la esperanza. Era necesario para unos hombres embrutecidos por el sufrimiento. Por eso nunca me esforcé demasiado en encontrarlo. La excavación ocupaba sus energías y los mantenía alejados de motines y reclamos. "

Me atrevo a postular que la existencia real del túnel es asunto secundario. La ilusión de la fuga no fue jamás una promesa concreta. Las ilusiones grandes nunca lo son. Quizá la verdadera función de la Hermandad haya sido esa: mantener vivo un sueño imposible. Tal vez las autoridades no hayan estado lejos de la cofradía. El informe termina aquí, apresuradamente, cuando se oye el ya cercano trote de las alegorías.

Espectro I

En el baño de la estación La Paternal hay un fantasma. Los empleados del ferrocarril dicen que las cadenas de los inodoros se tiran solas; que desde los retretes desiertos llegan quejidos lastimeros y que si alguien se encierra en alguno de los fétidos compartimientos, manos invisibles golpean con desesperación.

Los viejos jubilados explican que estas perturbaciones son causadas por un alma en pena. En 1958, una locomotora fuera de control se estrelló contra el baño de hombres y causó la muerte de Benicio Ferraro, un señalero que se hallaba dando uso a las melancólicas instalaciones. Desde entonces, el espectro del señalero ronda el lugar.

Algunos pasajeros apurados juran haber visto salir llamas desde el fondo de los inodoros. Otros hablan de garras diabólicas, o de pasos en las tinieblas, o de carcajadas espeluznantes. Acerca del olor nauseabundo que siempre está presente, se prefieren las explicaciones naturales.

Las viejas brujas del cementerio dicen que el fantasma del señalero sólo hallará descanso cuando una joven doncella llore por él en el último de los mingitorios.

Espectro II

Antiguas tradiciones europeas aseguran que el espectro de un decapitado va siempre sin cabeza. De esta certidumbre podríamos inferir que un cuerpo incompleto genera eventualmente un fantasma incompleto.

Se ha discutido, sin embargo, el destino de ultratumba de las partes faltantes. Abundan ejemplos de cabezas espectrales, pero en estos casos lo que viene faltando es el cuerpo.

El general mexicano Santa Ana perdió su pierna en 1862, durante la llamada "Guerra de los Pasteleros". Como se trataba de un hombre muy ceremonioso, mandó sepultar su pierna e hizo que le rindieran honores. Las viejas de aquel entonces asustaban a los niños, prometiendo la aparición de la pierna de Santa Ana y el castigo de toda inconducta con oportunas patadas espectrales.

En el barrio de Flores, todos conocen la historia del billarista Lito Díaz, también llamado El Gitano. El hombre jugaba por dinero y tenía por costumbre hacer trampas al anotar las carambolas. Según los que lo conocieron bien, El Gitano hacía cinco, decía diez y anotaba quince.

Una noche, en el Odeón de Flores, un forastero lo sorprendió en una de estas maniobras y lo mató a cuchilladas. Resuelto a que su crimen tuviera un colofón edificante, cortó un dedo del Gitano y lo dejó sobre la mesa de billar.

El Gitano fue sepultado, pero el dedo fue arrojado a la basura por los mozos del Odeón.

Si ha de creerse a los vecinos, el dedo, o quizá el fantasma de ese dedo, se pasea por las calles del barrio, como suele suceder cuando hay de por medio una muerte violenta, una venganza incumplida o un cadáver insepulto.

Las travesuras que se le atribuyen son innumerables.

Rasca la nuca de las personas que esperan el colectivo.

Escribe malas palabras en los vidrios húmedos del bar Tío Fritz.

Marca números equivocados en los teléfonos públicos de la estación.

Hurga las narices de los niños sucios.

Se apoya en la boca de los charlatanes pidiendo silencio.

Gira alrededor de las orejas de los locos.

Toca los timbres y sale corriendo.

Se mete en el bolsillo de los caballeros y en las carteras de las damas.

Abre los pianos en la alta noche y toca "La Cumparsita".

Llama a los ascensores en vano.

Revuelve el café de los pocilios en La Perla de Flores.

Se mete en la boca de las damas que leen novelas, se moja en su saliva y da vuelta las hojas antes de tiempo.

Toca las narices de los mentirosos para ver si la tienen blanda.

Se discute si el dedo pertenece a la mano izquierda o a la mano derecha. En el mismo sentido, no se sabe si se trata de un índice, un mayor, un anular o incluso un meñique. Aun los que lo han visto dudan, ya que lo que permite identificar a un dedo es su situación relativa respecto de los otros. La opinión mayoritaria quiere que sea el índice de la mano derecha, por ser éste el dedo utilizado por los billaristas para anotar sus carambolas.

En 1967, el principal Gestoso declaró que como buen racionalista no iba a tolerar fantasmas en su jurisdicción. Dispuso entonces la captura del dedo de Lito Díaz. Cuatro vigilantes recorrieron el barrio durante largas noches sin resultado alguno. Hay quienes dicen que para calmar a Gestoso los vigilantes le llevaron otro dedo, que consiguieron vaya a saber cómo. La historia de este segundo dedo no merece crédito alguno.

Los espíritus románticos han elegido creer que el dedo hallará paz cuando una doncella piadosa le ponga un anillo de oro, en el que deberán estar grabadas las iniciales del billarista muerto.

Juego

El obtuso polígrafo árabe Manuel Mandeb solía rodearse de una runfla de aficionados al arte y al heroísmo. Se trataba de individuos que estando disconformes con sus propias personas, presumían de estar en desacuerdo con el universo.

Hacían toda clase de esfuerzos por resultar interesantes. Buscaban, por ejemplo, la desdicha y el fracaso, tal vez por ser metas siempre más cercanas que el triunfo y la felicidad.

Estos sujetos vivían en el barrio de Flores y se hacían llamar los Hombres Sensibles. Entre sus maniobras de fácil audacia figuraba el juego. Las frugales apuestas les dejaban una grata sensación de desinterés por los bienes materiales y un baratísimo motivo de jactancia.

Jugaban a todo: al póquer, al pase inglés, al siete y medio, al monte con puerta, al nueve, al codillo, al tute, al tres sietes, al truco, al mus, al chinchón, al chorizo, a la brisca, a la escoba, al rummy, a la canasta, a la loba, al chancho, al chincuín, al gofo, al peludo, al black jack, al punto y banca, a la generala, a la montaña, al bidú, al unito, al desconfío, al culo sucio, al pinchanúmeros, al perro colorado, a la guerra, al diez mil, al siete le va, al cinquito, a la ruleta, al correquetecagas, a la taba, a la crapé, al backgammon, al whist, al bridge, al mirame y no me toques y a la viborita.

A veces, afectando inocencia infantil, jugaban a la escondida, a la esquinita, al balero, a las figuritas, a la biyarda, al vigilante y ladrón, al hoyo pelota, a las bolitas, al triángulo, al gallito, al rango, a la gata parida, a la rayuela, a la monedita, al tejo, al sapito, al gallo ciego, a la mancha venenosa, al patrón de la montaña, al huevo podrido, al pisa pisuela, a la murra, al pase y no vuelva, a la zapatilla, a la bruja de los colores, a la musaraña, al yo-yo, al dinenti, al Antón Pirulero, al hospital, al por qué y al abuelita me das dulce.

Según algunos supersticiosos, el Ángel Gris de Flores enciende la pasión por el juego en todos los habitantes del barrio.

—El que no arriesga no pierde —dice con voz de espectro.

Quien recorra el barrio en las noches de invierno podrá ver patotas de muchachones, muertos de frío, jugando a adivinar el número de las patentes de los autos. En la estación, suele jugarse a acertar la cantidad de personas que descienden de los trenes. Muchos jugadores tramposos tienen cómplices que pasan en autos

con patentes propicias a la hora estipulada o bajan de los trenes junto con catorce amigos a las dos de la mañana.

Esta gente haría mejor en sentir miedo. Hay demonios que gobiernan el azar y que tienden terribles trampas a los jugadores, de modo que a veces ganar es perder y perder es ganar.

Una noche de 1970, Ricardo Ventura, un petiso de Caseros, empezó a recibir poker de reyes mano tras mano. El hombre amontonaba fichas. Los otros jugadores empezaron a sospechar. Ventura recibió un cuarto, un quinto y un séptimo póquer. Lo mataron en el décimo y nunca se supo si guardaba reyes en su manga o si tenía esa noche una suerte desmesurada.

En ambos casos su castigo es merecido. Hacer trampas no es más canallesco que ligar demasiado.

Caso parecido fue el de Osear Piluso que, en una mesa de pase inglés, supo hacer catorce sietes consecutivos, todos con un cuatro y un tres. Sospechando algo raro, los damnificados le quitaron los dados y los hicieron rodar varias veces: en todas ellas apareció el siete, formado por un cuatro y un tres.

A Piluso lo tiraron por la ventana. Pero el ruso Salzman, que se robó los dados, declaró mucho después que, habiéndolos examinado con el mayor escrúpulo, comprobó que no estaban cargados. Estos son los chistes que se gastan los demonios de la suerte.

Tal vez sea inevitable hablar del libro del doctor Australio Barbará *Refutación del azar.* Allí se sostiene que las cartas, los dados y las ruletas van formando en su devenir una figura o cifra secreta, que ya existe para alguien.

"El azar —grita el doctor Barbará— *no es más que una consecuencia de la ignorancia. Quien conoce la posición inicial de un par de dados, la fuerza con que se los arroja, la altura y las características del tapete, puede deducir —si tiene suerte— el número que saldrá.*

"Y quien conoce la cifra final que van completando los distintos juegos a través de los tiempos, sabe también todas las cifras parciales".

Barbará no conocía, seguramente, ninguno de estos datos, pues según cuentan en Flores, siempre perdió como un señor.

Pero perder es lo que hace que el juego sea apasionante. Saber perder es creer que el Día de la Justicia llegará solamente para los perdedores.

Se ha dicho que los Hombres Sensibles no sólo saben perder, sino que, además, lo desean. Esta impresión ha sido avalada por infinidad de jugadores de dados, cebadores de mate, mirones y otras personas que frecuentan las timbas por una u otra razón.

Puede ser que sea cierto. Algunos hombres sienten miedo cuando ganan. Temen que todo éxito es el presagio de un desastre. O quizá padecen la angustia moral de no merecer lo ganado.

Se puede ir más lejos. Según una cosmogonía bastante difundida entre los espíritus melancólicos, el universo es una organización perversa, donde siempre ocurre lo que uno no desea y donde todo acaba siempre en tragedia. Las fuerzas del bien son minoría y el destino apoya descaradamente a los malvados.

Conforme a este pensamiento, cualquier victoria parece una traición.

Si hemos de creer en la leyenda, el Ángel Gris comparte este criterio y suele regalar a sus protegidos largas rachas de naipes adversos.

Podríamos decir que Manuel Mandeb escribió un libro acerca de estos asuntos. En realidad no es un libro, sino apenas un cuaderno donde el hombre anotaba sus deudas y acreencias de origen lúdico. Hay, eso sí, comentarios y anécdotas de póquer, todas iguales. Sin embargo, vale la pena transcribir un episodio que deja entrever el terror cósmico ante el misterio del juego.

"Cuando yo era chico había unas figuritas llamadas Pelusa. Una de ellas, la doscientos ochenta y dos, resultaba imposible de conseguir. Era la única que me faltaba para llenar el álbum.

Un día, alguien me sopló que un pibe de la calle Condarco la tenía. Fui hasta su casa.

Era un chico extraño. Su cara, a los diez años, parecía tener huellas de desengaños muy antiguos. También me llamó la atención que se mostrara ansioso por cambiar la figurita. Era la difícil. Yo en su lugar no la hubiera aflojado por nada del mundo. El pibe aceptó diez figuritas —una miseria— sin discutir ni un minuto.

Después de entregármela, rajó enseguida para adentro. Por un momento sospeché que me había engañado... pero no: ahí estaba la cifra. Doscientos ochenta y dos. Miré la cara estampada en la cartulina y entonces comprendí todo. No era un jugador de fútbol, ni un boxeador, ni un automovilista.

Era el diablo, el mismo Mandinga, me di cuenta ni bien lo miré.

Espantado, la tiré a cualquier parte y salí corriendo. Pero al día siguiente apareció de nuevo entre las otras figuritas que yo tenía. La quise quemar, pero no ardía. La jugué de mil maneras diferentes, pero siempre la ganaba. Al final, se la cambié por dos al colorado Catena, un pibe que murió al invierno siguiente. Ese fue el último año que junté figuritas ".

Dicen algunos que ángeles, demonios y duendes se mezclan con los jugadores en las timbas de Flores. Por eso son diferentes a todas las otras mesas de la ciudad. No se trata solamente de perder dinero. Se trata de asomarse a leer de ojito en el libro del destino. Se trata de creer —no sin espanto— que el mundo es mucho más extraño de lo que parece.

Estos no son sino embelecos de almas desesperadas por su propia vulgaridad. Buscando milagros de cartón juegan cada noche al treinta y cuarenta, a la obligada, al pase la chancha, al veo - veo, a la seguidilla, al ahorcado, al bacará, al casino, al veinticinco, a la hormiguita, al piedra - papel - tijera, al muchas gracias y a la carta mayor.

Instrucciones para buscar aventuras

Se puede afirmar, sin temor a la indignación de los sabios, que en los tiempos que corren es cada vez más improbable tropezar con la aventura.

Lo imprevisto, lo extraño, lo misterioso no sucede nunca.

Curiosamente, parecen existir muchísimas personas con espíritu aventurero. Todos los días conversa uno con señores que desean vivamente una vida más interesante y un teatro de acontecimientos más rico y más amplio.

Esta gente sale de su casa cada mañana esperando que algo ocurra y buscando, como decía Whitman, *"algo pernicioso y temible, algo incompatible con una vida mezquina, algo desconocido, algo absorbente, desprendido de su anclaje y bogando en libertad"*.

Pero la búsqueda es siempre inútil y casi todos los hombres, en el ocaso de sus vidas, confiesan que no han vivido jamás una aventura.

¿Dónde están —se pregunta uno— las doncellas atormentadas por un gigante que desde la torre de algún castillo esperan nuestra intervención salvadora?

En ninguna parte. Ya no quedan gigantes, ni castillos, ni -mucho menos— doncellas.

La actual civilización parece pensada para evitar las aventuras. Porque en realidad la aventura es el riesgo. Y nadie quiere arriesgarse.

Siendo la seguridad un valor cuya admiración se promueve de continuo, es inevitable que la mayor parte del esfuerzo tecnológico que se realiza esté destinado a evitar sucesos imprevistos. Las cerraduras Yale, los despertadores, los semáforos, las pildoras anticonceptivas, las alarmas, los preservativos, los cierres de cremallera, las agendas, los paracaídas. Todos estos inventos alejan el sobresalto.

Naturalmente, siempre queda alguna grieta como para que se introduzca lo extraordinario. Pero no es suficiente. Para demostrarlo, vale la pena realizar una sencilla experiencia: pidamos a nuestros conocidos que refieran los hechos más curiosos que han

vivido. Los resultados serán entre aburridos y penosos.

Alguien quedó encerrado en el ascensor durante una hora. Otro dice haber ganado un jarrón en una kermesse. Un tercero obtuvo un boleto capicúa.

Se trata de aventuras miserables.

Los griegos pensaban que las cosas ocurrían sólo para que los hombres pudieran contarlas luego. Si esto es cierto, el futuro de nuestras conversaciones es poco prometedor. ¿Qué les contaremos a nuestros nietos? ¿Que una vez vimos un choque? ¿Que se nos reventó un sifón? Pobre será la épica que surja de estos modestos cataclismos.

El aventurero actual ha aprendido a contentarse con sombras de emoción. La televisión y el cine son sus melancólicos proveedores de asombro.

Chesterton había inventado una solución genial: la *Agencia de Aventuras.*

Era una empresa que atendía a los caballeros que experimentaban el deseo de una vida variada.

Mediante la satisfacción de una suma anual, el cliente se veía rodeado de acontecimientos fantásticos y sorprendentes provocados por la Agencia.

El hombre salía de su casa y se le acercaba un chino excitadísimo quien le aseguraba que existía un complot contra su vida. Si tomaba un coche, era conducido al Barrio del Invierno, donde cunden las riñas, los marineros egipcios y las mujeres peligrosas. Gracias a esta eficiente organización, el aventurero se veía obligado a saltar tapias, a pelear con extraños o a huir de desconocidos perseguidores.

Pero la realidad, aun cuando ha sido capaz de depararnos empresas tan absurdas como las que investigan mercados o gestionan transferencias de automóviles, no nos ha brindado una Agencia de Aventuras.

¿Qué puede hacerse entonces?

Pues hay que actuar. No podemos pensar que las aventuras vendrán a nosotros. De nada sirve esperar lo imprevisto mirando vidrieras o sentados en el umbral. Es necesario que uno mismo provoque sucesos extraordinarios.

Para demostrar que esto es posible, abandonaremos las anchas avenidas de los Enunciados Generales para ingresar en el Laberinto de los Ejemplos Concretos. Para decirlo de una vez, nos proponemos impartir instrucciones precisas para vivir aventuras.

Aventura de la mujer rubia

Antes de comenzar a vivir este episodio, usted debe elegir a una mujer rubia. Desde luego, es preferible que sea hermosa. Y desconocida.

Una vez que usted se haya decidido por una rubia determinada, comience a seguirla. Pero, atención. No se trata de escoltarla durante un par de cuadras murmurándole frases ingeniosas. Hay que seguirla silenciosamente y en forma perpetua. Hasta su casa. Hasta su trabajo. Hasta donde fuere necesario.

Esto no debe interrumpirse jamás. Cada vez que ella entre en un edificio, usted deberá permanecer afuera esperando su salida.

No hay que disimular. La idea es que la mujer rubia advierta cabalmente que usted la está siguiendo. Esto la pondrá muy nerviosa y hasta es probable que llame al vigilante.

Pasaran días, semanas, y tal vez meses. Usted se convertirá en una sombra familiar y silenciosa. Si la mujer rubia tiene novio, no abandone la empresa. Después de todo, usted solamente quiere que algo ocurra. Y tarde o temprano algo ocurrirá.

Aventura del timbre que suena en la noche

Usted camina por una calle oscura. Son las cuatro de la mañana. Tal vez llueve. De pronto, frente a una casa cualquiera, usted resuelve tocar el timbre. Pasan los minutos. Usted vuelve a tocar. Un hombre consternado abre la puerta.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

-Ando en busca de una aventura -contesta usted.

Aventura de la novia perdida

Un día usted resuelve encontrar a su Primera Novia.

Si usted ha tenido el descaro de casarse con ella, es evidente que la cosa no constituye una aventura sino una fatalidad.

Pero supongamos que usted no la ve desde hace veinte años. No sabe qué ha sido de ella. Apenas recuerda su nombre y su cara ha tomado ya la forma de los sueños y el recuerdo.

Usted hace averiguaciones. Indaga entre quienes la han conocido. Investiga en los lugares en los que ella trabajó o estudió. Recorre calles al acaso, cree reconocerla dos o tres veces. Alguien le pasa un dato cierto.

Mientras todo esto ocurre, usted se vuelve a enamorar de la Primera Novia y sueña todas las noches con ella, como solía hacer veinte años atrás.

Un día usted descubre su paradero. Sabe exactamente dónde encontrarla. Tiene la dirección, el número de su teléfono y conoce los horarios en que es apropiado llegar a ella.

Usted piensa que la aventura ya puede comenzar, pero en realidad es aquí donde debe terminar.

Aventura del túnel que va a cualquier parte

Usted y un grupo de amigos aventureros comienzan a excavar un túnel en el fondo de una casa, que puede ser la suya.

La tarea deberá acometerse con el mayor vigor.

Durante la excavación se irán descubriendo objetos extraños, tales como huesos, cascotes, tapitas de cerveza, zapatillas fósiles y antiguos pozos ciegos.

El trabajo durará meses y meses. Durante ese lapso surgirá una deliciosa camaradería entre los integrantes del grupo. Es muy probable que todos sean despedidos de sus trabajos habituales, en razón de las inasistencias, la impuntualidad y la suciedad, inevitables cuando uno excava un túnel. Por las mismas razones, los que tuvieren novia serán abandonados.

Así las cosas, la única preocupación del grupo será cavar y cavar. Un día cualquiera, cuando el túnel ya tenga una extensión considerable, se comenzará a excavar hacia la superficie. Y aquí viene el momento fundamental de la aventura. ¿Dónde aparecerán los viajeros subterráneos? ¿En el hall de una casa habitada por señoritas solteras? ¿En una panadería? ¿En un convento?

Hay otras aventuras posibles: la del que se embarca en un carguero sueco, la del viaje subterráneo a través del arroyo Maldonado, la del que investiga a los mendigos para descubrir que son ricos, la del que se mete en el baño de damas, la del que se agacha a ver por qué no explota el cohete... Hay que elegir.

Salgamos de una vez. Salgamos a buscar camorra, a defender causas nobles, a recobrar tiempos olvidados, a despilfarrar lo que hemos ahorrado, a luchar por amores imposibles. A que nos peguen, a que nos derroten, a que nos traicionen.

Cualquier cosa es preferible a esa mediocridad eficiente, a esa miserable resignación que algunos llaman madurez.

Diablo

Todos sabemos que el túnel que pasa bajo las vías en la estación de Flores es una de las entradas del infierno.

Cierta noche de otoño, el ruso Salzman, uno de los tahúres más prometedores del barrio, estaba haciendo un solitario en uno de los bares mugrientos que existen por allí. Vino a interrumpirlo un individuo alto y flaco, vestido con ropas elegantes, pero un poco sucias.

—Buenas noches, señor, soy el Diablo.

Salzman saludó tímidamente. Estaba seguro de haber visto al Diablo otras veces, pero le pareció inadecuado mencionarlo. El hombre se acomodó en una silla y sonrió con dientes verdosos.

-Un solitario es poca cosa para un jugador como usted. Sepa que le está hablando el dueño de todas las fichas del mundo... Conozco de memoria todas las manos que se han repartido en la historia de los naipes. También conozco las que se repartirán en el futuro. Los dados y las ruletas me obedecen... Mi cara está en todas las barajas... Poseo la cifra secreta y fatal que han de sumar sus generalas cuando llegue el fin de su vida...

Salzman no podía soportar aquella clase de discursos. Para ver si se callaba, lo invitó a jugar al chinchón.

—No comprende, amigo. Le estoy ofreciendo el triunfo perpetuo. Puedo hacer de sus palpitos leyes de acero. Por el precio de su alma -una bicoca, si me permite- le haré ganar fortunas.

—No puedo aceptar —dijo Salzman en el mismo momento en que se le trababa el solitario.

—¿Acaso le gusta perder?

—Me gusta jugar.

—Usted es un imbécil... Tiene ganado el cielo. En fin, disculpe la molestia. Si no es su alma, será cualquier otra.

Salzman sintió la tentación de humillarlo.

—¿Quiere un consejo? Vayase por donde vino... Aquí no conseguirá nada.

El hombre alto lo miró sobrándolo.

—Olvida con quién está hablando. Siempre consigo lo que me propongo.

—Vea, supongo que lo que usted pretende es corromper un al-

ma pura. Por aquí hay muy pocas. Y además, éste es el barrio de la mala suerte. Todo sale mal.

—Hagamos una apuesta. Si consigo un alma antes del amanecer, me llevaré también la suya. Si pierdo, usted podrá pedirme lo que quiera.

Salzman juntó las cartas desparramadas.

-Usted sabe que lo que me propone es inaceptable... Pero acepto. Desde luego, tendré que acompañarlo para asegurarme de que no haga trampa.

Los dos personajes caminaron juntos por la oscuridad. Anduvieron por la plaza desierta. En la avenida se cruzaron con algunos paseantes que no sirvieron de nada porque ya estaban condenados.

Salzman estaba un poco perturbado: es que su acompañante matizaba el paseo con pequeñas y crueles travesuras. En la calle Yerbal le quitó la gorra a un pobre viejo y en Bacacay le dio una feroz patada a un perrito negro. Cada tanto, cantaba un estribillo con voz de barítono.

—Almas, quién me vende el alma...

Caminaron hacia el norte y en Aranguren se encontraron con una prostituta de increíble hermosura. Era muy joven, casi una niña. Salzman estaba asombrado.

-Mire...

—Esto será fácil. La chica tiene hambre y aunque usted no lo crea, ésta es su primera noche. Puedo asegurarle que seré su primer cliente.

—Si usted lo dice... Pero recuerde que en este barrio todo sale mal.

El hombre alto dejó a Salzman esperando en la esquina y se acercó a la chica. Después se metieron en un oscuro zaguán.

—Me llamo Lilí —dijo ella—. Tráteme bien. Tengo mucho miedo.

Pasaron largas horas. La chica se derrumbó, extenuada y sonriente.

-Ya no tengo miedo.

Al rato salieron los dos abrazados. En medio de la calle, el hombre sacó la billetera. Salzman escuchaba escondido detrás de un árbol.

—Fue maravilloso. Este dinero es tuyo.

—No quiero nada. Lo hice por amor.

El sujeto dio media vuelta y con paso indignado se acercó a

Salzman.

-Apúrese que es tarde.

Anduvieron por el Odeón, por Tío Fritz y por La Perla de Flores, donde un grupo de racionalistas les explicó que el pecado no existía, que el verdadero demonio es el que todos llevamos dentro y que en realidad no hay hombres malvados sino psicóticos, perversos, sádicos, fóbicos o histéricos. Al salir, el hombre rompió la vidriera de un ladrillazo. Después volvió a cantar.

—*Almas, quién me vende el alma...*

En la puerta de Bamboche vieron a Jorge Allen, el poeta, que por fin había encontrado la pena de amor definitiva. Salzman indicó que se trataba de un amigo y pidió que no se lo molestara con la condenación eterna. El hombre se rió a carcajadas.

—No está en mis manos condenar a ese muchacho. Los enamorados hallan el cielo o el infierno en el objeto de su amor.

—Tiene razón —dijo el poeta sonriendo.

Salzman los presentó.

—Jorge Allen... el Demonio.

—Ya nos conocemos, pero ya que está: ¿por qué no compra mi alma? Sólo pido el amor de la mujer que me enloquece. Se llama Laura.

—Ya lo sé. Se la entregué hace un tiempo a otro fulano. Por eso no lo ama.

—Con razón, con razón...

—Puedo darle el amor de cualquier otra.

-Ya lo tengo, gracias.

Allen se fue sin saludar. El hombre le mostró el culo a una vieja que pasaba.

Cerca de las cinco de la mañana, hartos de caminar, fueron a dar al Quitapenas de Nazca y Rivadavia. El hombre alto estaba deprimido por los fracasos de aquella noche. Se tomó cuatro cañas y empezó a contar chistes puercos.

-¿Conoce el del japonés que va al infierno?

Salzman estaba a punto de regalarle el alma para que se callara.

Apareció un hombre con una guitarra. Se largó con un paso de milonga en mi menor y al rato se puso a improvisar un canto.

—*Al ver a toda esta gente*
en esta amable reunión
convoco a mi inspiración
con el carácter de urgente.
Si entre el público presente

se encontrara un payador,
lo desafio, señor,
a tratar cualquier asunto,
en versos de contrapunto
para ver quién es mejor.
El hombre alto le quitó la guitarra y contestó en la menor.
—Soy el diablo y por lo tanto
acepto su desafio,
sepa que este canto mío
ya ha vencido al viejo Santos.
Pero yo gratis no canto,
quiero una apuesta ambiciosa.
Pregúnteme cualquier cosa,
mas, si contesto, le digo:
llevaré su alma conmigo
a la Región Tenebrosa.
El payador no se achicó.
—Por mi alma yo se lo aceto
o si no por una copa,
no me asusta Juan Sin Ropa
pues ya ni al diablo respeto.
Pero seamos concretos,
el tema será profundo:
diga de un modo rotundo
qué siente usté en el amor
y si no invite, señor,
la vuelta pa' todo el mundo.

El diablo hizo una mueca de asco y pagó la vuelta.

A las seis en punto, pasó por el lugar Manuel Mandeb. Con aliento de azufre, el hombre alto le habló al oído.

—Le compro el alma, jefe.

-Vea, no hay nada en el mundo que me interese, salvo tener un alma. De modo que estamos ante una paradoja.

Empezó a amanecer.

—Oiga, Salzman... De hombre a hombre se lo digo... Esto no es justo: todas esas personas que hemos visto son cien veces más perversas que usted y yo juntos. Quizá sea hora de retirarme de este estúpido negocio.

—No se desespere, amigo.

—No me consuele. No olvide quién soy. Pídame lo que quiera.

Salieron a Nazca y vieron venir por la vereda a Lilí, la joven

prostituta. Las luces del día la hacían todavía más hermosa. El hombre se peinó las cejas con escupida.

—De sólo verla se me encienden los siete fuegos del infierno. Tal vez no me lleve ningún alma, pero le juro que no perderé esta noche.

Salió corriendo y la encaró junto a un portón.

-Creo que estuve un poco brusco hace un rato y por eso he resuelto compensarla.

Ella lo miró con frialdad.

-¿A qué se refiere?

—Le daré poder. Poder sobre mí.

Ahora ella miraba un cartel lejano.

—Perdón, creo que no entiendo.

—Vea, no acostumbro a hacer estas cosas. Pero debo reconocer que estoy excepcionalmente impresionado por usted. Antes la traté como a todas. Ahora me gustaría tratarla como a ninguna.

La chica empezó a caminar.

-No tengo nada que ver con todo eso.

—No se vaya. Quiero estar con usted. ¿Puede entender eso?

—Sí lo entiendo, pero... Lo llamaré otro día.

—Lilí, soy yo... el del zaguán. Y para mí el único día de la eternidad es hoy.

—Pero para mí no.

—Está bien. Quizás ahora no. Digamos mañana.

-Creo que no. Estoy un poco confundida. Necesito tiempo.

El hombre encendió los ojos.

—¿Tiempo? ¿A mí me hablas de tiempo? ¿Acaso te olvidas de quién soy?

-No sé... si no me lo explica.

—No estoy acostumbrado a dar explicaciones. Mi identidad es ostensible. Has estado conmigo y no te has dado cuenta...

-No.

El empezó a sacudirla, mientras gritaba como un loco.

-Soy Satanás, el Señor de las Tinieblas, el Príncipe de las Naciones, Lucifer, El Portador de Luz, el Adversario, el Tentador, Moloch, Belcebú, Mefistófeles, Ahrimán, Iblis... ¿Entiendes? ¡Soy el Diablo!

Hubo un trueno que hizo temblar la barriada. Ella lo apartó y lo miró con desprecio.

—Cállate de una vez, miserable gusano enamorado. ¿No ves que te estás humillando ante mí? ¿No comprendes que podría llevar-

te a donde yo quisiera? ¿No comprendes que podría hacerte mi esclavo, que podría obligarte a adorarme?... ¿Y sabes por qué?... Porque el Demonio, el verdadero Demonio... soy yo.

Lilí se fue canturreando una milonguita.

—*Almas, quién me vende el alma...*

Salzman se acercó al hombre alto.

-¿Un cigarrillo, maestro?

—Gracias... A propósito... ¿Le debo algo?

—Por favor... Vaya con Dios.

Estatuas

Egestes era un sacerdote de Lanuvio a quien le habían encargado trasladar unas estatuas a la recién fundada ciudad de Alba. El trabajo vino a tornarse imposible porque las estatuas regresaban durante la noche y se instalaban en sus emplazamientos originales. Egestes perseveró durante un tiempo, pero finalmente resolvió no contrariar los deseos de las estatuas y las dejó definitivamente en Lanuvio.

A lo largo de la historia hay algunos otros ejemplos de estatuas semovientes, cuando no parlantes, cantoras, oraculares o concupiscentes: la caprichosa Hera de Argos; la vengativa Artemis Ortia, que volvió locos a los hijos de Irbo; la fecunda estatua que esculpió Pigmalión, a quien le dio una hija; el célebre Paladium, que garantizaba la victoria a sus poseedores.

Los Brujos de Chiclana afirman que las posturas de las estatuas del rosedal varían imperceptiblemente cada noche. Desde luego, se trata de levísimas modificaciones: una sonrisa acentuada, un abrazo más estrecho, un ojo guiñado, una túnica más arrugada.

Hasta el presente nadie ha realizado mediciones comparativas. Tampoco ha sido sorprendida estatua alguna en el momento de moverse. Los Brujos declaran que los movimientos los hacen cuando nadie las mira y agregan que hay estatuas que salen a caminar todas las noches. Parece que durante sus paseos besan a las jóvenes que duermen y les contagian la frialdad. Las vecinas supersticiosas piensan que la maldad de las estatuas es innegable y cierran sus puertas con llave para que no invadan sus casas a la madrugada.

Las viejas de. Palermo cuentan historias de niños raptados que luego son convertidos en estatuas. Un grupo de iconoclastas de Villa Crespo asegura que desde hace años se prepara una sublevación de estatuas destinada a poner el mundo bajo su dominio y a condenar a los humanos a una existencia inmóvil y ornamental. El grupo se complace en destrozar toda clase de esculturas para preservar los clásicos privilegios de los hombres.

Hay algunas cosas que los Brujos de Chiclana han llegado a establecer: la personalidad de cada estatua es independiente de la figura que representa. San Martín no es San Martín y Belgrano no es Belgrano. Eso sí: todas se comportan conforme a su especie y a

su sexo. Las mujeres son mujeres y los perros son perros.

¿Realizan las estatuas el acto sexual? Podría conjeturarse que no, si se piensa que no nacen de un vientre materno. Sin embargo, los Brujos creen que son capaces de sentir deseo. En cuanto a las estatuas que han sido esculpidas representando precisamente una fornicación, es razonable suponer que aprovechan la ausencia de testigos para descansar un poco de sus abrazos.

Los Brujos dicen preparar una especie de polenta que convierte en estatua a quien la come. Dejan sospechar además, que les espera el mismo destino a los que espían a una gitana bañándose, a los que miran fijo un eclipse, a los vigilantes que se quedan dormidos, a los que se desnudan en las plazas, a los que piensan siempre en la misma cosa y a los que se ponen bizcos de cara al Pampero.

Algunas de las historias que se cuentan sobre las estatuas vivientes tienen su origen en sucesos que nada tienen de prodigioso.

Los jubilados de la Plaza Flores oían muchas veces los dictámenes de una estatua oracular que con voz clara respondía a toda clase de interrogaciones. Al fin vino a descubrirse que todo era un fraude y que las consultas eran satisfechas en verdad por el ruso Salzman, escondido en las ramas de un árbol vecino. A pesar de todo, los jubilados siguen creyendo en la estatua y le hacen preguntas cuyas respuestas inventan ellos mismos.

El viejo Helios, un escultor de Santos Lugares, es experto en el fundido de caballos de bronce. Para su desgracia, su taller linda con los fondos del club Sporting. En horas de aburrimiento los socios se entretienen saqueando los corrales del viejo. Para rubricar la hazaña, los cuatreros juran a su víctima que los caballos se escapan por su cuenta *y* que los vecinos de la calle Rodríguez Peña los ven galopar cada noche en dirección a Villa Progreso.

Los muchachones impíos del barrio del Pilar se llevan los caballos de los monumentos, dejando a los proceres de a pie. Los guardianes de las plazas, compadecidos, se esfuerzan por ubicar al patriota desmontado en ancas de algún otro.

Algunos vendedores de elixir opinan que la rebelión de las estatuas es obra de los propios Brujos de Chiclana, que están preparando un ejército de piedra, mármol y bronce para atacarnos en el momento menos pensado. Si triunfan los Brujos, todos seremos estatuas *y* el tiempo pasará inútil sobre una historia encallada.

O acaso los Brujos ya triunfaron y ya somos estatuas y el movimiento no es más que una ilusión y no hay almas en nuestros pechos de piedra.

Ultimas palabras

Viendo que Karl Marx se moría, Hellen, su ama de llaves, le pidió que le dictara unas últimas palabras para publicarlas.

Marx se negó redondamente:

—Las últimas palabras son para los tontos que no han dicho en su vida lo suficiente.

Sin embargo, una muchedumbre de ilustres personajes se han creído en el caso de cerrar su existencia con unas frases.

Cabe observar que no siempre es la voluntad del agonizante la que divulga estos discursos finales, sino más bien la memoria o la inventiva de los testigos. El *"tú también, Bruto" de* Julio César no parece destinado a impresionar a la posteridad y debe su fama al testimonio de los asesinos.

Distinto es el caso de Sócrates. Antes de beber la cicuta, el maestro pidió a un amigo que se encargara de devolver un gallo que le estaba debiendo a un tal Asclepius. Uno simpatiza con este gesto y con este hombre capaz de recordar sus pequeñas deudas cuando estaban por matarlo. Sin embargo, es posible sospechar un oculto deseo de lucirse. Tal vez Sócrates quería hacer inolvidable aquella escena y juzgó elegante adornarla con una demostración de desdén metafísico. En realidad no le importaba pagar sus deudas sino mostrar la grandeza de su espíritu.

En cierto sentido, puede afirmarse que el de las últimas palabras es un género literario. Anotemos algunos preceptos básicos. El principal de ellos exige morir después de completar el texto.

También es indispensable la presencia de testigos. Estaríamos entonces ante una disciplina artística imposible de ejercer en soledad.

Por lo general, conviene la utilización de un estilo solemne y pomposo, como si cada palabra estuviera grabada en mármol.

Algunas cuestiones inquietantes: ¿Cómo sabe alguien que está diciendo sus últimas palabras? Para el caso, hay que elegir una muerte más bien lenta y previsible. Los asesinatos, los accidentes, y cualquier fallecimiento repentino, pueden dejarnos fuera del catálogo. Acaso sea posible prevenirse y decir unas frases adecuadas antes de correr algún peligro, por las dudas. Enfrentar lo desconocido con las últimas palabras ya dichas.

El arquitecto Hugo Zambrano estaba muy satisfecho de sí mis-

mo. Constantemente se postulaba a la admiración general con pequeñas proezas mundanas. Rara vez dejaba pasar la ocasión de lucirse. Aun estando solo, respondía a las preguntas de los programas de la televisión o completaba crucigramas.

Con los años se le hizo costumbre pensar en su muerte. Y resolvió adornarla con unas palabras que hicieran reventar de envidia a los vecinos. Las preparó cuidadosamente con fragmentos de discursos escolares. Después esperó.

Pasó el tiempo, llegaron la vejez y los achaques.

Una noche, creyéndose morir, Zambrano soltó su parlamento:

—Perdono a mis ofensores ahora que me dispongo a atravesar la puerta oscura...

Hubo una larga espera silenciosa. La muerte no llegaba. El trato de sus familiares lo obligó a decir otras cosas. Las últimas palabras se le habían vuelto penúltimas.

El arquitecto se salvó pero creció en él el temor de que las circunstancias le dejaran como últimas unas palabras vulgares.

Para evitarlo repetía su despedida cada tanto. Los vecinos de la calle Granaderos lo oían murmurar antes de cruzar la ardua avenida Avellaneda:

-Perdono a mis ofensores...

Finalmente, Zambrano ya no decía otra cosa que sus últimas palabras.

Ante cualquier pregunta cotidiana el hombre respondía:

—Perdono a mis ofensores...

El arquitecto murió una mañana de junio y los vecinos sospechan que fue asesinado por sus familiares, después de obligarlo a decir algo humillante.

Sin llegar a los extremos transitados por Zambrano, es razonable prevenir esa falta de imaginación que es tan corriente en la agonía, alistando de antemano un batallón de frases de clausura.

Llegado el caso, es posible encargarle el trabajo a otras personas. Pancho Villa tenía un secretario norteamericano que le escribía sus discursos. Herido de muerte, Villa le preguntaba desesperado qué últimas palabras debía decir.

Sábato ha dicho que hay que ser muy vanidoso y frivolo para esforzarse en la oratoria en un momento semejante.

Me impresiona esta escena: son los últimos momentos de una larga enfermedad. Los familiares están exhaustos después de semanas de desvelos. Los médicos se empeñan en unas últimas e inútiles diligencias. La mujer solloza. La miseria se avecina. Y el

moribundo comienza una arenga... No hay derecho.

Un detalle final: la muerte golpea impaciente su talón en el suelo.

Manuel Mandeb sostenía que los oradores *in artículo monis* iban directamente al infierno, donde los demonios los atormentaban con agradecimientos de premios, con brindis de fin de año y descripciones de tardes soleadas a cargo de periodistas deportivos.

El hombre austero y digno debe irse silenciosamente de todas partes. En las fiestas no insistirá en interminables despedidas. Al ser exonerado de un empleo, no pedirá explicaciones. Expulsado por una novia, se abstendrá de todo reproche. Y llegado el caso, se morirá sin conferencia de prensa.

Las tetas de Devoto

Los Narradores de Historias han inventado muchas mentiras.

Por culpa de ellos, la gente ha llegado a dudar de la existencia de cosas tan evidentes como el Ángel Gris de Flores y -por otro lado— hay quienes creen en leyendas tan fantásticas como la del ferrocarril que corría entre Sáenz Peña y Villa Luro.

Sin embargo, los Hombres Sensibles de Flores creían en la palabra de los Narradores e iban todas las noches a la casa en ruinas que está frente a la estación a hacerse referir cuentos por unas monedas.

Allí oyeron hablar de Isabel, la tetona de Devoto.

La primera vez que escucharon la historia no se sorprendieron demasiado: al parecer, en Villa Devoto había una muchacha un poco rara que tenía una nube en el pecho.

Pero los Narradores se complacían repitiendo sus relatos y cada vez agregaban detalles nuevos. En una segunda versión se supo que quien veía a Isabel no podía dejar de pensar en sus tetas. Mas adelante se indicó que la mujer se escapaba de los hombres y que nadie había conseguido enamorarla jamás.

Algunos meses más tarde, ya eran varios los hombres de Flores que juraban haberla visto. Bernardo Salzman, el jugador de dados, creyó reconocerla desde la ventanilla del tranvía Lacroze, en una visión fugaz pero imborrable. Jorge Allen, el poeta, pretendía haber visto su sombra en la calle Simbrón. Manuel Mandeb la había sospechado a sus espaldas en el subterráneo pero no se había animado a darse vuelta.

En ese entonces, para los muchachos del Ángel Gris aquello era apenas un asunto picaresco. Pero una noche de noviembre, el más codicioso de los narradores, un individuo maloliente al que llamaban Letrina, contó la historia de Isabel sin ocultar nada. Y allí estaba oyendo -para su desgracia- Manuel Mandeb.

—Las tetas de Isabel son las más portentosas de la Tierra. Pero eso no es todo: el hombre que alcance a contemplarlas conocerá el Gran Secreto. Entrará en posesión de las terribles verdades de la vida, el arte y el amor. Pero las tetas de Devoto no están hechas para cualquiera. Hay un sólo hombre señalado por el destino para asomarse a todos los misterios del Universo. Si otro caballero se atreviera a espiar lo que

no debe, moriría en el acto. Nadie sabe quién es el hombre indicado. Isabel, sin embargo, lo espera y está segura de reconocerlo. Se dice que el hombre le dejará como regalo una herradura.

Manuel Mandeb preguntó enseguida dónde vivía semejante hembra. Pero el Narrador exigió un nuevo aporte de dinero para continuar. Ante la insolvencia general, decidió retirarse.

Para el pensador, el caso se transformó en una obsesión. Anduvo inspeccionando pechugas por todos los barrios y siguiendo los pasos de cuanta tetona se le atravesaba. Amigos desocupados lo ayudaban en su búsqueda: Ives Castagnino, el músico de Palermo; el ruso Salzman; Allen, el poeta, y Jaime Gorriti, el quinielero de Caseros.

Una tarde de diciembre, Mandeb dio con una muchacha que conocía la leyenda. Ella no pudo aportarle datos nuevos pero le dejó una pregunta inquietante:

—¿Qué pasaría si usted no fuera el Hombre Elegido?

-No vale la pena vivir si uno no es el Hombre Elegido -contestó Mandeb, y le arrancó la blusa.

Desde otros barrios comenzaron a llegar rumores.

Alguien sabía algo sobre una gitana de la calle Sanabria. Otros hablaban de una morocha de Villa Crespo. Pero lo más interesante fue la noticia de la extraña muerte de Lorenzo Lugo, un renombrado picaflor de José Ingenieros. Lo encontraron tirado bajo un puente de la General Paz, agonizante. Antes de morir en el hospital Pirovano, dijo cosas incomprensibles acerca de unas tetas.

Algunas semanas después, el Narrador Sucio lo aclaró todo. Lugo había pasado casualmente frente a la casa de Isabel y alcanzó a verla baldeando el patio. De pronto, en un movimiento brusco, uno de los Colosos de Devoto saltó fuera del batón y desató la tragedia.

Varias muertes y desapariciones fueron atribuidas al pecho fatal, pero era casi seguro que los Narradores exageraban.

Durante todo el verano, los Hombres Sensibles buscaron indicios y esperaron señales.

El seis de marzo, Manuel Mandeb encontró una herradura de plata.

Entonces perdió toda compostura. Andaba todo el día por Villa Devoto y tocaba los timbres de las casas haciéndose pasar por vendedor de rifas. Cada noche soñaba con Tetas Ciclópeas que nunca alcanzaban a descubrírsele totalmente: velos, sábanas y breteles le negaban la sabiduría.

Hasta que una tarde, durmiendo la siesta, tuvo un sueño diferente: vio una casa con una verja muy alta y un yuyal selvático en el frente. Era una casa espantosa y el miedo lo despertó.

Dando por suficiente el dato soñado, Mandeb hizo un anuncio solemne en la esquina de Artigas y Aranguren.

-Llegó la hora -recitó- la noche es fresca, el viento sopla desde Liniers, la luna es brillante. Y yo ya sé dónde encontrar a Isabel.

Eran cinco: Manuel Mandeb, Jorge Allen, Bernardo Salzman, Ives Castagnino y Jaime Gorriti.

—Esta noche, si tenemos suerte, vamos a ver las tetas más hermosas del mundo y sabremos el secreto del amor y de la vida.

Salzman, el hombre de los dados, se atrevió a una objeción:

—Si no entendí mal el cuento, aquí venimos sobrando cuatro.

—Es cierto —admitió Mandeb— solamente un hombre ha sido señalado para este asunto. Pero si entre nosotros está el elegido, ya habrá tiempo de conversar. Y tal vez la visión de uno será la visión de todos.

Los muchachos de Flores partieron rumbo a Devoto. Atravesaron todo Villa del Parque. Cruzaron las vías del Pacífico. Manuel Mandeb olisqueaba el aire y trataba de orientarse.

Anduvieron dando vueltas cerca de una hora más. A veces, interrogaban a los caminantes, pero nadie supo decirles nada. Finalmente, el olfato de Mandeb -o la casualidad- los condujo hasta una calle que iba agonizando hacia la General Paz. En el rincón más oscuro de la cuadra, Manuel Mandeb pegó un salto.

-Es aquí... es aquí. Esta es la casa que soñé. Aquí vive Isabel.

Tocaron el timbre y esperaron. Pasaron como cinco minutos.

-No hay nadie...

—Tal vez no funcione el timbre... —Ives Castagnino empezó a golpear las manos. Gorriti se lució con un silbido agudísimo.

A lo lejos se abrió una puerta. Un momento después, una figura lamentable se fue acercando entre los yuyos.

El espectro llegó a la puerta. Era una vieja flaca y desencajada. El batón le llegaba hasta los pies. En la cabeza llevaba un pañuelo negro.

-¿Qué buscan aquí?

-Buscamos a Isabel.

-Aquí no hay nadie. Vayanse...

-No mienta, señora... Sabemos que Isabel vive aquí.

-No. Aquí no hay nadie... -La vieja dio media vuelta y se fue alejando hacia la casa.

Una lechuza cantó en lo alto. Jorge Allen se santiguó.

—Es aquí —insistió Mandeb—. Esa vieja no nos quiere dejar entrar, pero es aquí.

Desde la casa llegó el sonido de un piano que tocaba el vals "Lágrimas y sonrisas".

Allen volvió a tocar el timbre. El piano calló. Manuel Mandeb tomó una decisión.

—Por una vieja loca no me voy a perder la ocasión de conocer el Gran Secreto... Vamos a saltar la verja.

Ayudándose unos a otros, los hombres de Flores salvaron los fierros oxidados y saltaron al yuyal. Caminaron despacio, sin hablar. Cada tanto, alguno se reía de puro miedo.

En algún lugar se abrió una puerta. Enseguida aparecieron ocho perros, como sombras negras y aullantes.

Mandeb trataba de razonar con los animales mediante silbidos y palabras tranquilizadoras.

—Chiquito, chiquito... bueno, bueno...

Un perro le tiró un terrible tarascón. El ruso Salzman consiguió un palo y empezó a repartir golpes a ciegas. Jorge Allen pegaba patadas con sus enormes zapatones y recibía mordiscos en los tobillos. Los hombres estaban aterrorizados. Ya casi no podían defenderse.

Desde la casa se oyó un silbido. Los perros se pararon en seco y un momento después corrieron hacia el lugar de donde habían salido.

Los muchachos de Flores quedaron tendidos en el yuyal, sucios, exhaustos, mordidos y con olor a perro.

Una sombra se acercó al grupo.

—¿Qué quieren aquí?

Era un sujeto inmenso. Un gigante. Estaba armado con un viejo trabuco naranjero.

El ruso Salzman tuvo ánimo para contestar.

—Quédese tranquilo, maestro. Venimos a ver a Isabel.

—Aquí no hay nadie —dijo el gigante—. Y vayanse, a ver si no les meto un perdigón en el balero.

Mandeb metió la mano en el bolsillo y sacó trabajosamente la herradura de plata.

—Tome, tome. Esto le va a interesar.

El gigante tomó la *herradura y* la examinó con cuidado.

-Usted puede pasar —dijo mirando a Mandeb—. Los otros se rajan.

—Los señores vienen conmigo. Yo me hago responsable.

-Está bien. Vamos.

Guiados desde atrás por el trabuco, entraron a un pasillo con olor a humedad. Después pasaron a una sala grande y oscura. El gigante los hizo sentar en unos sillones mugrientos. Volvieron a escuchar el piano.

—Esperen aquí quietitos.

El gigante se esfumó.

Al rato apareció una figura que ocultaba su cara con una gorra de enorme visera. Sin decir nada los guió por un sinnúmero de pasillos. En uno de los corredores vieron a un perro atado. Gorriti creyó reconocer a uno de los monstruos del yuyal y le acomodó un zapatazo brutal. El animal lanzó un horrible aullido. El hombre de la gorra no dijo nada.

Durante todo el trayecto los incomodaba un hedor pestilente.

-Qué olor a podrido...

—A mí me resulta familiar.

Salzman tuvo una revelación. Con la mayor rapidez arrancó la gorra del guía.

—Miren a quién tenemos aquí...

Era el Narrador sucio, el llamado Letrina.

—¿Qué hace usted en este lugar?

-Ya lo ve. Estoy terminando de contar una historia.

Al final del último pasillo había una puerta roja. El roñoso la abrió con una llave enorme.

-Adelante.

Entraron en una habitación llena de tapices y cortinados. En el centro había una cama inmensa. Los hombres de Flores se acomodaron en unas banquetas forradas en terciopelo. El Narrador los dejó solos.

Gorriti convidó cigarrillos. Esperaron un rato en silencio, concentrados en sus heridas y en sus dolores. Ya habían dejado de fumar, cuando apareció una mujer espléndida.

-¡Isabel! -gritó el ruso Salzman-. Miren... miren qué mina.

Era en realidad una hembra notable.

-No soy Isabel -confesó-. Apenas soy Ivette.

-¿Dónde está Isabel? -preguntó Mandeb.

-Ya vendrá, ya vendrá. Depende de ustedes. Presten atención.

La mujer adelantó sus manos con elegancia y recitó:

Miren mis manos. Dicen que una de ellas
es la salud y cura las heridas.
Quien la roce tendrá valor y fuerza

en todos los momentos de su vida.
La otra mano es la peste y quien la toque
padecerá tormentos y dolores.
Ahora hay que elegir: no se equivoquen.
¿Quién se atreve a arriesgar? Jueguen, señores.

Castagnino se levantó y besó la mano derecha.

Los hombres de Flores sintieron un extraño bienestar y las mordeduras desaparecieron en ese mismo instante.

La mujer tiró de una cinta y su vestido se abrió.

Miren mis pechos: son como dos lunas
que de otras brindan pálida noticia.
Uno es la buena suerte y da fortuna
por siete años al que lo acaricia.
El otro es la desgracia, ya lo saben.
Tocarlo es desacierto y es derrota.
Vamos, señores, que en sus manos caben
la sombra y la ventura. ¿Quién se anota?

Jorge Allen se adelantó temblando. Dudó un instante y luego acarició suavemente el pecho izquierdo de Ivette.

-Acertó también el poeta.

Hubo una pequeña ovación. Los amigos se abrazaron. Ivette volvió a recitar.

Ahora les digo: miren mis mejillas
—Y aquí es dónde se empieza a jugar fuerte—
Se puede besar una, que es la vida...
se puede besar otra, que es la muerte.

Manuel Mandeb se levantó rápidamente. Se acercó a Ivette y le puso las manos sobre las mejillas. Entonces recitó.

Nadie vaya a copar. A mí me toca.
Yo soy el que ha venido para eso.
El jugador que apostará en tu boca
a la vida y la muerte con un beso.

Y la besó.

-Vamos, Ivette -dijo Manuel tiernamente-, Isabel espera.

Ivette lo miró con cierta melancolía. Se cerró el vestido y se fue para siempre.

Los Hombres del Ángel Gris quedaron solos de nuevo. Otra vez volvió a escucharse el piano.

Una cortina se descorrió y apareció Isabel.

Todos temblaron. Todos supieron que era ella.

Manuel Mandeb lloró de emoción o tal vez de alarma: los ojos

de aquella mujer conocían —lo supo enseguida— toda su vida. Ahora no tenía ninguna duda: el elegido era él.

Isabel fue directamente hacia el pensador de Flores.

—Será un momento nada más —anunció.

—No importa.

-Tus amigos deben irse.

-Mis amigos se quedan. Han sufrido mucho para llegar aquí.

—Está bien... todos merecen el don. Pero no sé si enseñando mis pechos no los haré más desgraciados.

—Más vale ser sabio que dichoso... ¡A ver esas tetas!...

La mujer caminó hacia el centro de la habitación. Mandeb miraba ansioso. Isabel lo llamó. Lo besó en la frente y observándolo con aquellos ojos que lo sabían todo, le acarició la cabeza.

-Pobrecito...

Después, lentamente, fue desabotonándose la camisa. Los hombres de Flores temblaban. Los pechos fueron apareciendo de a poco, como lunas de verano, como soles en el mar. En un amanecer de tetas saltó el último botón.

En ese momento, Mandeb comprendió que algo terrible iba a ocurrir y trató de detenerla. Pero ya era tarde: las Tetas de Devoto estaban desnudas y brillantes como estrellas.

Pero fueron estrellas fugaces.

Por un instante los hombres sintieron un dolor dulce, como una puñalada de felicidad.

Pero enseguida, un segundo después, como palomas heridas, las Tetas se marchitaron y cayeron.

La hembra fantástica envejeció de golpe y se convirtió en la vieja que habían visto antes. Las arrugas brotaron en la piel y las piernas se arquearon. La sonrisa piadosa fue una risotada de burla. Pero peor fue lo que ocurrió con los ojos. Aquellos ojos lo sabían todo, pero ya no les importaba nada.

La habitación se llenó de un vapor oloroso. Por una puerta aparecieron unos sujetos atléticos con la piel untada de aceite y armados con enormes cuchillos. Gritaban o quizá cantaban en una lengua desconocida. La vieja empezó una danza repugnante, moviéndose con lujuria y agitando las piernas surcadas de venas moradas.

Los hombres armados, sin dejar de gritar, se fueron acercando a los hombres de Flores. Uno de ellos desgarró la camisa de Mandeb y trató de besarlo en el hombro.

El pensador retrocedió rápidamente y soltó una voz de mando

firme y decidida.

-Rajemos.

Castagnino apenas pudo esquivar a la vieja que le mostraba una lengua de color violeta. Los amigos huyeron por los corredores. El Narrador de Historias trató de cerrarles el paso, pero no lo consiguió. Por suerte, el gigante no apareció.

Cuando llegaron al yuyal, los cinco muchachos vieron que ya nadie los perseguía. De todas maneras, siguieron a la gran carrera hasta la verja. Mientras saltaban los fierros, oyeron el piano que seguía tocando "Lágrimas y sonrisas".

Siempre corriendo, cruzaron Villa Devoto y llegaron medio muertos a Floresta. Con los ojos llenos de lágrimas siguieron caminando en silencio hasta Flores.

Sin hablar, se fueron separando. Castagnino tomó un taxi hasta Palermo. Gorriti se subió al 53 para ir a Caseros. Salzman se despidió en la puerta de su casa.

En la esquina de Artigas y Aranguren, Jorge Allen le dijo al pensador:

—Por un momento creí que de verdad íbamos a conocer el Gran Secreto... y me aterroricé.

-Quién sabe -contestó Manuel Mandeb-. Yo tengo miedo de que realmente lo hayamos conocido.

El fantasma V

Fueron tiempos duros. La Mujer Amada estaba cada vez más lejos. Todo esfuerzo por despertar su interés fue perfectamente inútil. El libro era la única esperanza. Lo fui escribiendo penosamente. Casi dos años después del primer encuentro, el fantasma revisó la carpeta y contó 198 páginas.

—Falta muy poco. No vale la pena que lo haga esperar hasta el mes que viene. Si me promete que traerá las últimas hojas, le daré la flor hoy mismo.

—Prometido.

El fantasma sacó de su ojal la flor roja, y me la alcanzó ceremoniosamente. Ya oscurecía y la plaza estaba más triste que nunca.

—Vaya —me dijo, y se esfumó.

Aquella misma noche, la Mujer Amada me rechazó de un modo definitivo.

El fantasma VI

-Le traje Las dos últimas páginas. Pero quiero decirle que todo salió mal.

Me pareció adivinarle una lágrima fantasmal.

—Lea. Lea lo que me ha traído.

—¿Para qué? A usted no le interesa.

—Esta noche sí. Lea.

Le leí la anteúltima página.

—El pensador de Flores Manuel Mandeb razonaba que un Paraíso general era absolutamente inapropiado para encontrar la dicha. Es evidente que lo que hace la felicidad de unos promueve la desdicha de otros.

En su extenso libro "Proyectos para la reforma del cielo", Mandeb confiesa que la promesa del Edén se le convierte en amenaza, ante la posibilidad de encontrarse allí con toda clase de sujetos desagradables. También especula con la casi segura ausencia de sus mejores amigos.

Al cabo de una interminable serie de ejemplos, el hombre de Flores se decide a postular que deben existir tantos paraísos como almas que los merezcan.

Las objeciones son inevitables. Puede suponerse que ciertas dulces presencias han de ser reclamadas en más de un cielo. Mandeb sugiere lisa y llanamente la creación de fantasmas cuyas conductas garanticen la felicidad de cada bienaventurado.

-No está mal —dijo el fantasma.

—La flor no sirvió.

—Ya lo sé. Ella no lo querrá nunca.

—Usted hizo trampa.

—No. La flor fue inútil porque ella no es la Mujer Amada. Además usted no la necesita a ella. Usted necesita la flor. Usted es la flor.

Le arrojé en la cara la última página.

—Tome, ahora podrá entrar al cielo.

—No hay cielo ni hay infierno. Nunca volverá a ver a su padre muerto. El amor no renace. La juventud no regresa. No hay milagros. Los fantasmas no existen y este libro que soñamos no es más que un fastidio de textos que otros pensaron.

—¿Quién es usted?

El fantasma me devolvió la última hoja,

—Leé, leé para mí.

—Yo he soñado con un cielo. Contaré lo que vi en mi sueño, agregando algunos goces que faltaban.

Me vi saliendo con mis amigos más queridos de la Universidad de Salamanca. Don Miguel de Unamuno acababa de darnos clase, Caminamos por un sendero arbolado. A cada instante nos saludaban señoritas maravillosas. Una de ellas nos invitó a una fiesta para esa misma noche. Supe el nombre de algunos invitados: el hermano Platón, el hermano Shakespeare, el hermano Osear Wilde, el hermano Miguel Ángel.

Al cabo de un rato comprendí que el paraíso estaba lleno de deliciosos problemas. Que existía la incertidumbre y la esperanza y aun el desengaño. Pero que todo asumía la más noble de sus formas.

Me crucé con mi tío Pedro Balbi, que manejaba el enorme auto de mi abuelo Colombo. Iba a buscar a mi padre para ir al Hipódromo.

Supe que la noche anterior habíamos visto cantar a Carlos Gardel.

Ya cerca del despertar, al final del camino arbolado, me esperaban unos ojos que ya no existen. Y entonces tuve la certeza de que ese era el paraíso que Alguien había pensado para mí, el único posible.

El fantasma, llorando, se fue para siempre.